



Narraciones y Leyendas

Recopilación de las
Escuelas Waldorf

ANTROPOSÓFICA

NARRACIONES Y LEYENDAS



ANTROPOSÓFICA

Título original: NARRACIONES Y LEYENDAS
AUTOR: (Recopilación)
TRADUCTOR: Juan Berlin
DIBUJO DE TAPA: Christiane Lesch.

PRIMERA EDICION EN CASTELLANO:
Editorial Antroposófica Argentina 2004.

Derechos reservados a favor de Editorial Antroposófica.
ISBN: 987-9066-53-7
Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina en Julio de 2019

Editorial Antroposófica
Buenos Aires, Argentina

E-mail: info@editorialantroposofica.com
www.editorialantroposofica.com

INDICE

Jakob Streit, Cuentos de animales

El petirrojo y el topo.....	5
La luciérnaga y el sapo.....	7
El grillo y la mariposa.....	9
El despertar de la marmota.....	10
La hormiga y el caracol.....	12
El pez y la almeja.....	13
El bosque en invierno.....	14
El joven conejo.....	17
El saltamontes y la oruga.....	20
El águila y la marmota.....	22
El tábano y el cerdo.....	23
La abeja y el abejorro.....	23
La golondrina, la carpa y el bagre.....	25
La hormiga y el piojo.....	27
El hámster y el gusano.....	29
La ardilla y el sapo.....	31
La mariposa.....	32

Dorothy Harrer

El niño y el árbol.....	35
El príncipe de las mariposas.....	37
La princesa de las escaleras doradas.....	42

Isabel Wyatt

Pienso para mi buey.....	50
El hermano buey y el hermano asno.....	53
El príncipe que cuidaba cerdos.....	55
La cojita del bosque.....	59
El árbol que soñó una flor.....	65
El árbol encantado.....	70
Las estrellas gemelas.....	73
El rey parlanchín.....	78

Franz van Anroy

El tesoro dorado.....	80
El caballito de mar.....	84

Henry Van Dike

La señal celeste.....	87
El relato del otro rey mago.....	88
Cerca de las aguas de Babilonia.....	97
Todo sea por un pequeñín.....	104
En la senda oscura de la tristeza.....	107
Una perla de gran precio.....	111

John Ruskin

El rey del río dorado o los hermanos negros.....	116
--	-----

Jakob Streit

EL PETIRROJO Y EL TOPO

El topo cava profundos túneles debajo de la tierra.

Sus pies como palas, rápidamente rascan, removiendo la tierra. Su puntiaguda nariz está siempre extirpando gusanos o escarabajos que viven en las profundidades del suelo. ¡Es difícil imaginar lo que puede comer un topo! ¡Los numerosos túneles que excava bajo prados y lechos de flores son trampas para los gusanos! Muchos de estos gusanos piensan, al caer en un túnel, que por fin han encontrado un camino ancho, espacioso, por el que pueden fácilmente arrastrarse. Pobrecillos, la realidad es otra; el topo se acerca buscando su presa por los corredores!

En otoño abarrota sus cuevas con gusanos e insectos, tal como la ardilla guarda sus nueces. No le gusta dormir todo el invierno, pues mientras duerme, no se alimenta con gusanos! Para que estos animalitos no se le escapen, el Topo les quita la cabeza de un mordisco. Si el Topo cava un nuevo túnel, empuja la tierra hacia arriba, con fuerza, y así forma pequeños montículos llamados "montículos de topos".

Una vez, mientras un Topo estaba ocupado en cavar su túnel, un Petirrojo posado sobre la rama de un árbol cantaba su canción matutina. Era poco antes de la aurora. De pronto se detuvo en medio de un bello trino, mirando asombrado hacia la tierra. Vio que la tierra se movía, que algo subía, queriendo salir al aire libre. "Qué podrá ser", pensó. "¿Qué quiere salir del gran-huevo-de-la-tierra?". Días antes, el Petirrojo había visto a sus polluelos salir del cascarón y, naturalmente, supuso que algo similar estaba ocurriendo. La tierra dejó de moverse, nuestro Petirrojo sin bajar de su rama reanudó su

canto. No había terminado sus complicados trinos cuando la tierra empezó a moverse otra vez. "Alguien quiere salir", pensó el pajarillo; y voló hacia el suelo para ayudar a ese extraño ser a salir de su supuesto cascarón. Rascó con sus patitas, picoteó la tierra. "¿Cómo será ese pájaro?", se preguntaba. "Quizá tenga el pecho amarillo como yo". Con entusiasmo removía la tierra; la misma que el Topo empujaba desde abajo. El Topo había decidido salir a tomar un poco de aire puro antes de continuar sus excavaciones. Con un fuerte empujón sacó el Topo su hociquito; al lograr hacer ésto, aventó la tierra de tal manera que casi cubre al Petirrojo, que se apartó asustado, sin creer lo que veían sus ojos: ¡una bola de piel negra que respiraba agitadamente!

Al fin, el Petirrojo se atrevió a hablar. "Eres un pájaro de la tierra? -preguntó-. "Creí que tratabas de salir del cascarón y quería ayudarte, incluso traerte algo para comer" Al oír la voz del Petirrojo, el topo hizo un esfuerzo para abrir sus ojillos. Al ver al Petirrojo gruñó: "Tú tienes dos ojos muy grandes, sin duda podrás verme y saber quien soy!"... "Estas son mis patas, en forma de palas, y ésta es mi nariz puntiaguda!" Atemorizado el Petirrojo, observó a la extraña criatura y le dijo: "Yo creía que los pájaros salían del cascarón y tenían alas!" "El topo gruñó: "Huevos! Alas! Pájaros! Eso no me concierne. Yo sólo sé lo que es Gusano, Insecto! De todos los Topos del bosque soy sin duda el más glotón. No tengo tiempo de charlar sobre pájaros; vete ahora y déjame trabajar en paz".

El Topo dijo estas palabras levantando su naricilla y cerrando fuertemente sus ojitos. El Petirrojo se dio cuenta de cuán insólito era el pájaro que había empollado. El pajarito agitó sus alas y se rió. "¡Ah! eres un excavador que piensa que los gusanos son lo mejor del mundo". "Eso es exactamente lo que pienso", repuso el Topo ofendido por el tono burlón del Petirrojo. El pajarillo dejó de reír y dijo: "Por tener la mala costumbre de husmear todo lo que te rodea, tienes esa nariz tan

larga. Tus ojos no ven por la oscuridad en que vives. ¿Acaso puedes tú ver la estrella de la mañana surgiendo sobre las pálidas montañas? ¿O admirar las gotas de rocío sobre las flores y hierbas en espera de los primeros rayos de sol que las hará brillar?"

El Topo inclinó la cabeza tímidamente y trató de dirigir su mirada por debajo de su larga y estorbosa nariz. En verdad no vió nada de lo que decía el Petirrojo. "Mira, la primera alondra vuela", volvió a decir el Petirrojo. "Ahora yo también cantaré el Himno al Sol". Diciendo estas palabras revoloteó en el aire y se remontó hacia el pino más alto. Desde ahí lanzó sus trinos en la flamígera aurora. A él se unieron, formando coro, todos los pajarillos del bosque.

Por un momento el asombrado Topo permaneció inmóvil sobre su montecillo. De pronto, con furiosa energía, empezó a cavar hundiéndose rápidamente en la tierra. Primeramente su nariz, luego su cuerpecillo y, finalmente, su colita desaparecieron en el agujero.

Sin aliento trabajó sin descanso hasta llegar al fondo. "Hace tiempo que no cavaba yo a esta velocidad" -dijo el Topo-. Se sentía orgulloso de sí mismo; pero hubo de concluir: "Este año no volveré a salir al aire libre, donde viven esos locos pájaros". Y con fe siguió cavando en busca de gusanos.

LA LUCIERNAGA Y EL SAPO

En una cálida noche de verano, una luciérnaga se deslizó sigilosamente cerca de unos arbustos. Su verde luz brilló en el prado entre hierbas y flores. Un ave nocturna se acercó curiosa, creyendo que era una chispa que cayera del cielo sobre la pradera. Lentamente la lucecilla se dirigió hacia el estanque. Algunas veces desaparecía entre las hojas y permanec

cía escondida. Otras, subía afanosamente por las rocas de la orilla cual si fueran enormes montañas. Al llegar a la cima, el gusanito saludaba a la luna y a las estrellas.

Un viejo sapo se acercó rengueando en dirección a la piedra. Permaneció sentado al pie de la enorme roca, sobre el musgo húmedo, apoyándose al parecer confortablemente sobre sus torcidas patas. De vez en cuando, una gota de agua del estanque caía sobre su resbaladizo lomo. El sapo abrió su ancha boca esbozando una horrible mueca que quería ser una sonrisa. Observó el suelo, el musgo y la piedra con atención, y al levantar la cabeza vio a la pequeña luciérnaga. Un vecino tan luminoso le pareció molesto, odioso, inmediatamente reclamó: "No podré encontrar un lugar pacífico y confortable? Siempre habrá algo que me moleste?" Furioso, el Sapo saltó sobre la piedra.

Fue tal el susto de la luciérnaga, que apagó su luz. Miró hacia abajo; en la oscuridad casi no se distinguía la figura del sapo. "¿Qué puedo haberte hecho para que seas tan poco amable?" -murmuró-. "Yo no le hago mal a nadie". ¡Es suficiente con tener que soportar tu odiosa presencia! ¿Qué buscas brillando en el suelo y en los alrededores?" -gruñó el Sapo-. Tímidamente contestó el gusano: "Mi luz es alegría para las flores y las hierbas de la pradera; guiño alegremente hacia las estrellas". Al oír estas palabras, el Sapo enfurecido replicó, poniendo veneno en su expresión, y casi ahogándose en un acceso de tos. "Haz de inmediato tu equipaje y regresa al cielo! Es todo lo que quiero... Mira que tener a las estrellas saltando por el suelo....!"

"Es mejor brillar en la pradera que discutir con esta amargada criatura!" -opinó la luciérnaga-. Saltó al suelo, y pronto se pudo ver su verde lucecita, rondando a las fragantes flores, danzando en la pradera durante la noche.

EL GRILLO Y LA MARIPOSA

En un lóbrego agujero, descansaba un grillo negro. Cuando el sol calentaba su refugio, el grillo salía corriendo hacia la superficie. En el cálido y asoleado verano, el mundo vibraba con cantos, gorgojeos y chirridos. Las alas del grillo se estiraron. Suave y lentamente al principio, pero cada vez más y más fuerte y más rápido, las frotó una contra la otra. Este chirrido se añadió al coro de sonidos que llenaban los campos y las praderas.

Abejas, abejorros y mariposas visitaban a las flores. Las abejas zumbaban a dúo con los abejorros, las mariposas revoloteaban como gentiles y graciosas nubecillas. Una mariposa voló cerca de una margarita que se hallaba junto al nido de nuestro grillo; acabando por posarse sobre la flor para beber su néctar.

"Oye tú " -dijo el grillo-. "Haz música, ¿quieres?" Yo trato de producir algún sonido con mis alitas, pero tú vuelas y revoloteas en silencio con tus enormes alas. La linda mariposa miró al grillo con sus ojillos redondos y se dijo: "No sé cantar, ni chiflar, ni siquiera chirriar" ¡Soy feliz de poder volar y revolotear! Mis alas deben recoger la luz y pueden bailar al son de tu música". Y la mariposa se alejó flotando en el aire. El grillo satisfecho, cantó y chirrió moviendo sus cortas y duras alas, hasta bien entrada la noche. Chirrió y chirrió mientras las estrellas refulgían en el firmamento.

EL DESPERTAR DE LA MARMOTA

El otoño pasado, una helada temprana trajo los primeros copos de nieve en las montañas. Papá Marmota encerró a sus hijos en lo más profundo de su madriguera y les dijo: "Ahora acurrúquense bien unos cerca de otros y ¡a dormir! No hay más que comer, pues ha llegado el invierno. El sol se detendrá tras las montañas y hará frío". "¿Qué es invierno?" -preguntó una pequeña Marmota-. Papá Marmota respondió: "Invierno es una enorme criatura que cabalga sobre una nube. Es un monstruo con siete cabezas. Cuando sopla sobre la tierra, todo se cubre con un manto blanco. Hay nieve tan fría, que parece que quema los pies. Si salimos al campo, cae sobre nosotros el aliento de la bestia, y nos vuelve duros como piedra, de modo que nunca más podremos correr y jugar en el sol".

Al oír estas palabras, las pequeñas marmotas se recogieron temerosas en el fondo de su agujero. Ellas no querían ser de piedra, les parecía horrible pensar que nunca más jugarían y gozarían de la luz del sol. Obedientes, los animalitos se enroscaron muy juntos, y sin hacer travesuras, ni jugar, ni morderse sus colitas, permanecieron quietos. Tenían mucho miedo del Invierno que reinaba fuera de su cálido refugio.

Papá y Mamá Marmota cerraron cuidadosamente la entrada del túnel con paja y tierra; evitando las corrientes de aire. Cuando hubieron terminado de asegurar su hogar, ambas marmotas se acostaron a dormir cerca de sus pequeños.

Madre Tierra que vela por todas sus criaturas, tomó sus almas y las marmotas cayeron en un sueño tan profundo que parecía que su corazón había dejado de latir y había cesado su respiración.

¡Las marmotas duermen sin despertar todo el invierno! No se alimentan, ni se mueven. Su sueño se parece a la muerte. De

vez en cuando, muy suavemente, late su corazón como una señal de vida, de esa vida que surgirá con la nueva primavera.

En el exterior ruge el viento; en su cueva subterránea los animales lo ignoran. Las avalanchas ruedan desde lo alto de los montes. Las Marmotas duermen tranquilamente.

Un cazador ha sacado alguna vez una marmota dormida. La lleva en su morral hasta el valle. La pica con una aguja, pero el animal no despierta. Si la pone cerca del calor del hogar, la marmota empieza a moverse. Si despierta, muere inmediatamente. Si la marmota se ve obligada a salir de su profundo letargo de invierno, muere inmediatamente.

En la primavera aumenta el calor de la tierra. El sol aparece tras la montaña, crece la hierba y salen las flores. Poco a poco, las Marmotas empiezan a moverse dentro de sus oscuros agujeros. Madre Tierra hace más ligero su sueño, lentamente despiertan y comen algo de paja. Papá Marmota camina tambaleante hacia el tapón de paja y tierra que obstruye la salida, y con su nariz la empuja hacia afuera. Al salir, se detiene cegado por la luz; camina incierto y somnoliento por la pradera. En la sombra de los árboles todavía hay nieve. Sus hijitos lo siguen, al ver la nieve la confunden con pasto blanco y hunden resueltamente sus patitas. "Ugh! ¡que frío está esto! dicen lamiendo sus piecitos. Papá Marmota dice: "Hijitos, esto es nieve. El Invierno la ha dejado en nuestra montaña; pero pronto el sol la echará lejos de aquí con sus rayos. Pronto el sol hará salir la hierba y las flores y ustedes podrán jugar". Las pequeñas Marmotas sentadas sobre sus patitas traseras, parpadeaban en la luz del Sol.

LA HORMIGA Y EL CARACOL

Las últimas gotas de lluvia cayeron de los arbustos sobre la húmeda tierra. El viento se llevó la nube muy lejos en el firmamento.

Un caracol salió en ese momento de su casa, estirando sus dos pares de ojos hacia el frente, para sentir su camino. Primero salieron sus pequeñas antenas, luego las grandes. Muy despacio inició su paseo entre estacas y piedras, sobre hojas y tierra. Si alguna gotita caía sobre sus ojos, éstos se contraían rápidamente. Al sentir una gota grande, desaparecían por completo. Dejaba tras él una estela viscosa que brillaba bajo el sol.

Bajando de un pinar, corría una hormiga. Saltando sobre la hierba, rodeando las piedras y las estacas, corrían las pequeñas patas, ya a la derecha ya a la izquierda, pero siempre adelantando. Desapareció bajo una hoja, volvió a salir bajo una enorme raíz, en dirección al arbusto bajo el cual el caracol seguía tranquilamente su paseo.

"Perdone, quién es usted?" preguntó la hormiga. "Me dirigía hacia esa piedra cuando se atascaron mis pies en esa sustancia viscosa con la que ha ensuciado usted todo el camino".

Después de reflexionar un momento, el caracol contestó: "Los caracoles no necesitamos serpentear y trepar a grandes velocidades para robar las frescas y maduras fresas". "Tú eres una criatura viscosa y resbalosa" gritó la enojada hormiga. "Debes haber olvidado tus patas en el Arca de Noé y pretendes burlarte de mí que puedo correr con SEIS patas! Todo el día voy de un lado a otro arrancando agujas de pino, hierbas y briznas de paja que llevo a nuestra colonia con uno que otro escarabajo. Llevo también granos y jugosas semillas a las pequeñas hormiguitas, mis hermanas. ¡Pero tú vagas todo el día de aquí para allá, sin saber dónde está tu familia o tus hijos!"

Mientras la hormiga hablaba y se agitaba, el caracol lentamente sumió sus cuernos uno por uno, y desapareció en el interior de su concha. Asomando medio cuerpecito dijo: "Los que quieran unirse, dejad que se unan; los que quieran beber, dejadlos que beban". Volvió al fondo de su concha y se durmió plácidamente.

La hormiga reanudó su viaje rápidamente. Cerca del matorral vio una fresa verde. "Ah!" se rió para sí, "cuando llegue aquí el caracol, esta fruta estará ya madura, roja y jugosa".

EL PEZ Y LA ALMEJA

En el fondo de un estanque, entre las hierbas acuáticas nadaba un pescadito. Algunas veces permanecía inmóvil y, sin cambiar de lugar, agitaba suavemente sus aletas. Cerca de él, en el fondo del estanque, paseaba una almeja. En la semi-penumbra parecía una piedra que estuviera dotada de movimiento. Al descubrirla, el pez se movió con graciosa fluidez a su alrededor, sin llegar a comprender cómo una piedra podía moverse de un lado a otro. El pez no había descubierto el piececito que surgía en la parte inferior de la concha. Con ayuda de ese pie, la almeja puede desplazarse.

De pronto, el pescado vio una abertura en un lado de la concha. Nadó rápidamente en esa dirección, tratando de mirar lo que había en el interior. ¡La pequeña hendidura se cerró! "Ah!" pensó el pez. "Alguien vive ahí dentro y me tiene miedo"... "Le hablaré". Nadó frente a la almeja y le dijo: "Oye tú! Ahí dentro! ven, no te morderé". Del interior de la concha salió un murmullo "Dime ¿qué haré allá afuera? Estoy mejor aquí". "Oh, sal! Dijo el pez. "Quiero ver tu linda cola y tus aletas". "Yo no tengo ni cola ni aletas", respondió la almeja. Pero el pez no desistió. El deseaba desesperadamente ver a la ex-

traña criatura, obligarla a salir de su concha! "Oh! por favor, sal de ahí" Podrás admirar mis brillantes escamas! "No tengo ojos" replicó la almeja. Esto era muy difícil de entender para el pescadito. "Sin ojos!" Ansiosamente nadó en torno de la almeja. "Tengo que ver a este ser que no tiene cola, ni escamas, ni ojos! . . ." -pensó el pez-. Y dirigiéndose a la almeja le dijo: "¿Quieres decir que tus dos conchas están llenas únicamente de pellejo?" "Tengo ensueño acuático" respondió la almeja "y no lo cambiaría por tus escamas o por tu cola!". "Oh! cuéntame eso" exclamó el pescado. A lo que contestó la almeja: "No puedo explicarte eso. Cada día pinto de ensueño las paredes de mi concha. Voy a dejarte echar un vistazo rápidamente, pero después me dejarás en paz". Con mucho cuidado la almeja abrió su concha y el pez pudo ver brillar extraños y maravillosos colores. Rojo, verde, azul, violeta. Era un resplandor refulgente y misterioso. "Oh! como el arco-iris bajo la lluvia!" quiso decir el pez; pero la abertura se había cerrado tan suave y rápidamente como se entreabrió.

La almeja se recostó sobre un lado de su concha y permaneció inmóvil en esa posición. Muy cerca de ella, el pez podía sentir con sus delicadas aletas, cómo el agua fluía hacia adentro y hacia afuera del ensueño acuático de la almeja. Por largo tiempo permaneció cerca de la concha, que por el exterior era de color gris como la arena, pero que en su interior escondía la maravilla más grande que el pescado hubiera visto en su vida.

EL BOSQUE EN INVIERNO

Una y otra vez, al caminar sobre los campos cubiertos de nieve, me pregunto: "¿Dónde estarán todos los animales que llenan de vida este bosque durante el verano?". "¿Qué hacen los ratones que desaparecen temerosos en sus agujeros cuando oyen mis pasos? ¿Dónde están los caracoles que pasean

perezosos sobre el muro de piedra?".

Cuando el invierno sopla los helados copos de nieve sobre mi cara, pienso en las mariposas que revolotean sobre las flores, en las abejas trabajadoras atravesando el prado. ¿Dónde estarán los pájaros con sus brillantes plumas?

Si voy al bosque, cuando el viento gime a través de las ramas y caen pequeñas cataratas de polvo de nieve de las ramas de los pinos, me detengo y escucho. ¿Algo hace ruido? ¡Otra vez! El sonido viene de la vieja haya. Es fácil llegar hasta allí sin hacer ruido. Me acerco al árbol. Ahora lo veo. Es un pequeño pájaro carpintero, que presionado por el hambre, afronta el frío buscando en los árboles un insecto o un gusano que yaciera dormido bajo la corteza.

De pronto volteo sorprendido. Muy cerca se oye un murmullo en los matorrales. ¡Uuy! Un conejito sale corriendo velozmente por la antigua vereda que usaban los leñadores para acarrear sus troncos, hace mucho tiempo. Me dirijo hacia los arbustos desde donde partió el conejo. Este animalito debía haber permanecido mucho tiempo en ese lugar, pues había un solo rastro en la nieve; el que había dejado al huir. El conejito había rascado la nieve y descansaba sobre un montón de hojas muertas. ¡Pobre conejito! Siempre con temor de ver aparecer una zorra o una marta. ¡Cuánto tiempo tendrá que esperar antes de poder apoderarse de una jugosa fruta de la pradera o del jardín!

Seguí caminando sobre la nieve. Más arriba reconozco un pino en cuyas ramas vive una ardilla. Varias veces había venido a este lugar para tratar de verla. Pero en vano. Rara vez la ardilla se aleja de su nido durante el invierno. Por días y días, permanece enroscada como una bolita de piel mecida por las ramas. De vez en cuando, sin embargo, la despierta el hambre. Hoy tuve suerte. No bien acababa yo de esconderme detrás de un tronco, cuando el pequeño animalito empezó a des-

lizarse por las ramas, hasta llegar al tronco. Por fin, de un salto llegó al suelo y brincando desapareció en el espesor de la nieve. Parecía buscar algo y se acercaba a mi escondite. Después de husmear en torno de ella, la ardilla se dedicó a escarbar y a rascar, barriendo la nieve con su cola, hasta formar una pequeña tormenta a su alrededor. Aparece una gruesa raíz. La nieve enfría sus patitas; la ardilla se sienta sobre sus cuartos traseros y se lame las patas para hacerlas entrar en calor. Al punto reanuda su labor con entusiasmo. En este lugar tendrá, seguramente, sus provisiones para el invierno. ¡Mirad! Ahora saca una nuez, y otra, y otra más. De vez en cuando se detiene tratando de percibir algún sonido en el bosque. No nota mi presencia detrás del árbol. No hay mejor manera de aprender a permanecer inmóvil y en silencio, que observando a los animales del bosque. Seguramente este sería un buen ejercicio para los niños juguetones y traviosos.

Cuando la ardilla hubo terminado, recubrió su escondite con tierra y hojas secas, volvió a trepar hasta su nido. ¡Vean! En su hociquito lleva una nuez. Cuando hubo desaparecido, me dirigí hacia su escondite, para descubrir qué es lo que guardaba en ese lugar. Con mucho cuidado quité la nieve, las hojas y la tierra. Encontré docenas de nueces, de avellanas y bellotas en ese agujero. La ardilla no se enojará si tomo sólo una nuez. ¡Es Navidad, y todos sentimos deseos de dar obsequios durante esta temporada! Con limpieza tapé de nuevo su tesoro y lo cubrí de nieve. El pardo gatito no me había visto. Seguramente enroscado como una bolita de pieles, masticando la nuez entre sus patitas, duerme el profundo sueño de Navidad.

La noche llegaba, regresé a casa. Cerca de una piedra recordé que, el verano pasado, en ese mismo lugar, había visto con temor una víbora. ¿Dónde estará ahora? Sin duda, descansará bajo la tierra, enrollada en espiral, olvidando que tiene veneno en sus colmillos. Al salir del bosque veo volar un cuer-

vo hacia la montaña. "Cau-cau". Su graznido repercute en el bosque. Seguramente, no habrá podido satisfacer su hambre en los desolados campos invernales, y vuela de regreso a casa, un nido helado en la inclemente noche. Vuelve la cabeza hacia el lago, quizá deseará ser un pez, para descansar tranquilo y seguro en el fondo de las aguas.

Me comí la nuez, regalo de la ardilla a media noche en Navidad. Desde entonces, entiendo claramente lo que dicen entre ellos los animales. Algo de eso he escrito en las historias que podréis leer aquí.

EL JOVEN CONEJO

Mamá coneja vigilaba amorosamente a su hijito. Era el único que le quedaba de tres que fueron. Un cuervo se llevó al mayor, el segundo huyó de su casa y seguramente habría caído en las garras de alguna zorra o de una marta. Casi no se separaba de su pequeño conejito, pues no quería perderlo también. Cuando dormían, lo hacían muy cerca uno de otro en los matorrales. La madre cubría al pequeño con sus patas. Cuando ella se alimentaba mordisqueando las hierbas, el pequeño jugueteaba a su alrededor. Cerca del estanque, el conejito sentía miedo, y se encogía como una bolita de piel, si alguna gota de agua caía sobre su naricilla. Todavía el conejito no bebía agua ni comía hierba, mamaba la leche de su madre cuando sentía hambre o sed.

Su madriguera estaba bien escondida en el espesor del bosque. Mamá Coneja había ahondado un confortable agujero en la tierra; juntó hojas y musgo y con su propia pelusa hizo un mullido cojín. Cuando ella salía de su madriguera, cubría cuidadosamente al pequeño y le advertía: "No salgas de aquí. Si oyes algún ruido, ni siquiera te muevas!"

Una vez, la madre había salido. Bebé Conejo durmió un rato, despertó y pronto se aburrió. Se deslizó fuera de la madriguera, dio unos saltos sintiéndose cada vez más audaz. "Mamá seguramente tardará en volver" se dijo. "Daré un paseo!" Feliz saltó fuera del matorral y se alejó brincando sobre el suave musgo hacia los grandes árboles. De pronto se detuvo, a sus pies se deslizaba lentamente un caracol; con sus cuernos estirados avanzaba sin titubear. El conejito agachó la cabeza, pero al hacer ésto uno de sus bigotes tocó al caracol. Instantáneamente las antenas desaparecieron. El conejito se rió. "¡Qué criatura tan miedosa! ¡Te asustas por un pelo!". Abandonó al caracol y se alejó saltando. Cerca de una raíz, vio a dos hormigas que tiraban con fuerza de un enorme escarabajo; trataban de llevarlo a un montecillo cubierto de hormigas. Sin poner atención, nuestro conejito se sentó sobre unas hormigas vagabundas, éstas empezaron a penetrar en su piel. Otras hormigas subieron por su lomo hasta las orejas. Las hormigas mordisqueaban su pelo y el conejito no sentía nada; pero de pronto, sintió un agudo pinchazo en una oreja. Dió un salto de dolor. Pero otros enemigos habían penetrado hasta su delicado pellejo y le mordían. Todo su cuerpo ardía. Saltaba y se revolcaba, pero las hormigas no soltaban su presa, se sostenían picando con fuerza diferentes partes de su cuerpo. Corrió loco de dolor adentrándose más y más en la espesura. Se detuvo sin aliento, mordiendo su piel desesperadamente. Al fin, se liberó de las hormigas. ¿Pero, dónde se hallaba?. Árboles extraños le rodeaban. Corrió de un lado para otro; se había extraviado. Dio vueltas en todas direcciones sin tener idea de cómo regresar a casa. Corría y corría desesperado. Llegó la noche, caían gotas de lluvia. Un ruido ensordecedor repercutió en el bosque, el cual se iluminó con la luz cegadora de lo que parecía una enorme llamarada. El pánico del conejito iba en aumento; vio a los pajarillos buscar apresuradamente sus nidos, revoloteando y piando aterrorizados. El conejito empezó a temblar pensando: "¿Qué mons-

trueno tan horrible será el que gruñe tan fuerte?".

Un trueno cayó sobre el bosque. El conejito se cobijó debajo de una gruesa raíz. Cerca de esa misma raíz se escondía un caracol que avanzó poco a poco en dirección del conejito. Al caracol no le molestaba la lluvia, ni el trueno. Cuando el conejo vio al caracol le preguntó: "¿Qué clase de fantasma es el que aúlla tan fuerte y escupe fuego?". El caracol respondió: "Es el padre Rayo y su travieso hijo el Viento! El Viento sacude los árboles y matorrales para que puedan crecer, la Madre Nube echa agua sobre las secas raíces. El Padre Relámpago manda el fuego del cielo a la tierra para que ésta permanezca viva y fresca". No había terminado de hablar el caracol, cuando un rayo cayó sobre un árbol cercano. El aterrorizado conejo salió disparado y fue a caer como muerto cerca de una piedra. La lluvia cayó con fuerza a través de las ramas y lo empapó hasta los huesos! El caracol no había movido sus antenas y se sentía feliz de poder deslizarse más rápidamente sobre la raíz mojada. Cesó la tormenta, dejó de llover y no hubo más rayos ni truenos.

Antes de que cayera la primera lluvia, Mamá Coneja había vuelto a su madriguera y la había encontrado vacía. Buscó por todas partes, y al no encontrar a su hijito, un miedo terrible invadió su corazón. Husmeando por el suelo encontró su rastro, lo siguió de aquí para allá recorriendo el bosque bajo la tormenta. Llegó al hueco de la raíz donde había encontrado refugio su hijito, pero él ya no estaba ahí! ¿Qué era eso que yacía cerca de la piedra? Sí! ¡Era su hijito! Tieso de miedo, parecía muerto. Saltó a su lado y suavemente empezó a lamer sus orejas, su cabecita. De pronto el conejo abrió los ojos. "Mamá, estás aquí!" gritó brincando sobre su lomo. Mamá Conejo no lo regañó, siguió lamiendo la mojada piel. Se tendió cerca de él para que pudiera mamar. Alimentado con leche caliente, el fugitivo se dispuso a seguir a su madre caminando en la oscuridad, hasta llegar a su madriguera. Sobre

las hojas húmedas descansaron muy juntos uno del otro. Antes de dormir dijo el conejito: "¡Mamá, los caracoles son seres extraños, no tienen miedo del trueno ni del rayo, pero se asustan del bigote de un conejo!".

EL SALTAMONTES Y LA ORUGA

Una mañana de verano, un granjero tomó su guadaña y se dirigió a su campo. Plantas y hierbas estaban cuajadas de millares de gotas de rocío que brillaban y centelleaban al paso del hombre en la luz gloriosa de la mañana. Parecía que el cielo estrellado se hubiera volcado sobre el campo durante la noche.

El granjero afiló su guadaña con la piedra de amolar y empezó su labor. El sol había salido y al momento cesaron de brillar las gotas de rocío. Contento y satisfecho del hermoso tiempo, se dijo el granjero: "La paja está a punto hoy; el sol la secará rápidamente".

El prado en el cual trabajaba el labrador estaba cubierto de saltamontes. Al paso de la guadaña, se levantaban como nubes y se esparcían en todas direcciones, temerosos y agitados. De un solo brinco un patudo animalito saltó del otro lado de la cerca, cayendo en el prado vecino. Dio unos cuantos saltos y se sentó sobre un montecillo dispuesto a disfrutar de la paz del ambiente, en la hermosa mañana. Se sentía tan a gusto que empezó a frotar sus alas una contra la otra "chirp" "chirp", sus patitas rascaban el suelo. El saltamontes gozaba del sol y de su concierto sin ver a una enorme oruga que serpenteaba en la misma hoja en la que él se había posado!

Con sus cortas y gordas patas se movía la oruga lenta y torpemente. De pronto, el saltamontes la descubrió. Miró pasmado al extraño visitante y dijo molesto: "¿Qué clase de criatura eres? ¿Son esas tus verdaderas piernas, o es que te las ha

picoteado algún pájaro?" La oruga no sintió ningún placer al oír que se burlaba de sus cortas patas y farfulló: "Mis patas me quedan muy bien, y me son muy útiles, pues con ellas puedo caminar sobre los más delgados tallos". A lo que el saltamontes replicó ásperamente: "Mira mis largas patas, son mas largas que todo tu cuerpo". Estiró sus largas piernas dando una patada y añadió: "No se debiera dirigir la palabra a seres como tú".

La oruga silenciosamente empezó a roer y a mascar lentamente el borde de la hoja. El saltamontes, sin embargo, continuó diciendo: "Los rayos de sol me han dicho que tengo las patas más largas que cualquier otro animal de la pradera. Es por eso que en agradecimiento agasajo al sol con mis conciertos. Estoy seguro que ese astro brilla hoy tan cálidamente en agradecimiento a mis atenciones". La oruga permanecía callada y seguía comiendo. Lo que el sol le decía a ella en particular, a través de su delicada piel, no lo repetiría; el saltamontes nunca lo hubiera creído. "Eres muy aburrida! -le dijo el saltamontes-. Estiró sus piernas, luego las encogió bajo su estómago y dando un chirrido, saltó hacia el infinito azul.

La oruga levantó la vista en dirección del sol. ¿Qué le dicen sus rayos? Dulcemente cantaban para ella: "¡Tendrás alas! ¡Tendrás alas!" El canto la arrulló y se quedó dormida soñando que su delicada piel se endurecía. Soñó con duendecillos que tejían para ella con sumo cuidado unas alas maravillosas. Sintió que la llevaban volando de acá para allá, como una bella mariposa sobre un prado lleno de luz.

Este fue el sueño de la oruga, que descansaba sobre la verde hoja, bajo la brillante y cálida luz del sol.

EL AGUILA Y LA MARMOTA

Palidecía la estrella de la mañana; el águila en su confortable nido esponjó sus plumas, abrió sus anchas y poderosas alas y se elevó hacia las rosadas nubes que engalanan el cielo matinal brillando con los resplandores del sol naciente. Sus alas lanzaban destellos, dibujaba grandes círculos en el aire, cual poderosa nave en el etéreo océano.

El águila se remonta a las alturas todas las mañanas, se glorifica con el sol, alegrándose y vivificándose con su luz.

De lo alto de las cumbres, torrentes de luz solar bajan hacia el valle, iluminando un sombrío agujero por el que asoma una peluda marmota. Adormilada, parpadea con la luz y se sienta sobre sus patas traseras, apoyándose cómoda y sencillamente sobre su cola.

La marmota dejó vagar su mirada y al levantar la vista sorprendió el amplio vuelo del águila. "Aquí hay alguien que quiere comerme" –pensó-. "Será más seguro que permanezca cerca de mi refugio". Mordisqueó unas hierbas a su alrededor y siguió meditando: "¡Qué tontas son las águilas. Podrían vivir confortablemente sobre la tierra y comer toda clase de cosas, pero no! Vuelan muy alto cerca de las nubes donde seguramente se marean y se asustan. ¿Puede haber algo más hermoso que pasar el día calentándose sobre una asoleada piedra? ¿Y en la noche dormirse segura en su madriguera?". Así reflexionaba la marmota agitando su cola sobre el pasto. Perdida en su meditación, la pobre marmota no vio al águila doblar sus alas y precipitarse desde lo alto como un relámpago. Súbitamente sintió una ráfaga de aire y unas aceradas zarpas penetraron en su lomo. La marmota se debatió, luchó, pero el águila no soltó su presa y se remontó hacia el firmamento azul. Muy débil se oía la vocecita de la desesperada marmota: "¡Quiero regresar a mi agujero! ¡Quiero regresar a mi agujero!"

EL TABANO Y EL CERDO

Un tábano hambriento descansaba sobre un montón de palos, piedras y hojarasca. Por más que luchaba, no podía extraer una sola gota de sangre de ahí. El quería, necesitaba sangre! No le importaba extraerla del hombre, del caballo, de la vaca o del cerdo.

Había tratado de picar al caballo, pero el jinete la espantó con su látigo. La vaca la ahuyentó con su larga cola. Se dirigió hacia el cerdo, que se hallaba hurgando y olfateando el suelo. Con este animal, el tábano no tenía porqué temer ni látigo ni cola! Hundió su aguijón en el carnoso muslo. El cerdo quiso espantarla con su colita pero no pudo. La mosca seguía chupando. "¡Montón de manteca! Recipiente de sangre! Ya podías dejarme tomar una gota en paz", pensaba la antipática mosca. Otra vez clavó su aguijón. El cerdo no aguantó más, saltó y corrió hacia un gran hoyo lleno de fango, ahí se tiró y revolcó hasta cubrir todo su cuerpo de lodo. El tábano no pudo sacar a tiempo su aguijón y quedó sepultado por el fango.

El cerdo se levantó gruñendo: "Ya he arreglado cuentas con ése". Estaba tan sucio que no podía distinguir sus propias patas, pero se sentía muy a gusto y satisfecho.

LA ABEJA Y EL ABEJORRO

Un enorme y torpe abejorro trataba en vano de trepar por un tallo de hierba para poder volar al aire libre. Intentó más de cien veces sin resultado. Llegaba a la punta de la delgada caña, trataba de extender sus quebradizas alas pardas, y en ese instante se doblaba el tallo hasta el suelo. Gruñendo como un oso, el abejorro volvía a caer. Zumbando cada vez más fuerte, reanudaba su intento, hasta que por fin logró

arrojarse al aire ronroneando como gatito.

Voló hacia una haya y empezó a darse un buen festín mordisqueando las tiernas y jugosas hojas. Pero he aquí que sopló una fuerte ráfaga de aire que arrancó bruscamente al abejorro de su rama, precipitándolo al suelo. Antes de tocar tierra, el viento lo impulsó de nuevo y el aturdido abejorro llegó, sin saber cómo, a posarse sobre las ramas de un florido manzano. Se atrancó fuertemente con sus garfios, sosteniéndose sobre las hojas. ¡Necesitaba un buen descanso después de tantos esfuerzos! En el manzano cubierto de florecillas rosas, revoloteaban zumbantes abejas. Empolvaban sus trajes con polen dorado y recolectaban cuidadosas el dulce néctar.

El sol enviaba sus últimos rayos sobre el bosque, iluminando con reflejos rojizos las rocas del otro lado del valle. El ambiente se saturaba de paz y tranquilidad.

Abandonando el manzano, las últimas abejas cargadas de miel volvían a su panal.

De la arboleda surgían ruidos, ronroneos y zumbidos. El abejorro agitó sus patas y se dijo: "No permaneceré más tiempo en este lugar. Las hojas de este manzano son demasiado duras para mí. Los pétalos rosas no me agradan" En el mismo instante, una abeja salía de la corola de una flor. Oyó las quejas del abejorro y lo interpeló indignada: "¡No te atrevas a pelear con las flores! ¡Son hijas del sol!". "¡Bah! ¡Hijas del Sol!" farfulló el abejorro. "No satisfacen mi hambre; prefiero las hojas verdes. Qué bien que ya desapareció el sol, pues me ciega con su luz y me hace la vida pesada e inconfortable con su calor. Cuando brilla el sol, no me siento feliz ni volando, ni comiendo". Habiendo dicho esto, alzó sus alas, ronroneó con rabia y voló en dirección del vecino matorral de hayas.

La abeja lo miró sorprendida. "¡No conoce el mundo del sol!" —dijo—. Zumbando tranquilamente se alejó llevando dulces gotas de néctar hacia su panal.

LA GOLONDRINA, LA CARPA Y EL BAGRE

Una carpa nadaba casi en la superficie de las claras y azules aguas del lago. Era un hermoso día, el lago se veía tranquilo como un espejo. Ninguna ráfaga de aire rompía la tersura de su superficie.

Bajo la carpa se perdía la mirada en las profundidades. Sobre el pescadito brillaba el sol esplendoroso. Sus gentiles rayos agradaban a la pequeña carpa y nadaba lo más alto posible haciendo que sus aletas sobresalieran rizando la superficie del agua.

La carpa dirigió su mirada hacia lo alto y vio un pájaro atravesar el cielo como una flecha. Era una golondrina. Volaba tan bajo que las blancas plumas de su pecho tocaban el agua. Se remontaba velozmente hacia lo alto. La carpa se detuvo maravillada, observando los graciosos movimientos del pájaro, pensando: "¡Qué pez más veloz! Puede nadar en el aire, ¡cuán poderosas serán sus aletas! Las mías tendrían que crecer bastante para alcanzar su tamaño. ¡Quisiera poder nadar como él!".

En ese instante, la golondrina, describiendo un gracioso arco, acarició el agua muy cerca de la carpa. El pescado la interpeló apresuradamente: "¡Espera, enséñame a volar tan rápidamente como tú!". Doblando su cuerpo, se impulsó hacia arriba, trazando una curva plateada sobre el agua y volviendo a caer. Al verlo, el pajarillo dijo con su aflautada voz: "¡Mirad al pez! Quiere ser pájaro y no tiene una sola pluma. Ziri! Ziri!

La pequeña carpa quedó encantada de su breve paseo por el aire. La golondrina se fue volando muy alto en el cielo azul. La carpa pensó: "Ese pez aéreo se rió de mí porque volví a caer al agua. Eso no me preocupa. Brincar trazando un arco de plata es precioso. Lo dejaré reír a su sabor. Yo seguiré prac-

ticando, y doblando su cuerpecillo, se impulsó nuevamente fuera del agua, haciendo brillar sus escamas al sol.

Cansada de saltar, la carpa nadó hacia el fondo. Se deslizó entre la hierba y el limo, inmovilizándose cerca de una piedra muy grande. Silenciosamente agitaba sus aletas. Debajo de la roca yacía un bagre. Se hallaba en aquel lugar desde la mañana; pues a los bagres no les gusta la luz del sol. Se refugian silenciosamente en la oscuridad abriendo y cerrando su boca de cuando en cuando. Al ver pasar insectos o pececillos abandonan su escondite y como rayo caen sobre su presa, comiéndose al imprudente visitante. Su panza es plana, pues se apoyan sobre ella y la frotan contra el suelo. Su piel es negra y delgada, del color del cieno que cubre el fondo del lago.

La carpa se aproximó sin notar la presencia del bagre. Al verla llegar, el bagre salió de su escondite pensando en comerse al pescadillo o bien solamente espantarlo. La carpa le pareció demasiado grande para su estrecha garganta. "¡Vete lejos de aquí!" gruñó el bagre. "Sólo admito cerca de mí a los visitantes pequeños". La carpa atemorizada se hundió en una oscura grieta bajo la piedra. "¡Qué ser más triste! ¿Qué ha hecho con sus escamas que éstas ya no brillan?" se preguntó la carpa. Y dirigiéndose al bagre dijo: "Nada hacia la superficie, salta unas cuantas veces fuera del agua, para poder recibir sobre tu cuerpo los rayos del sol y tus escamas volverán a brillar". "¡Cállate!" gruñó el bagre. "¡Prefiero mi lóbrego color a tus brillantes escamas, no las soporto! ¡Quítate de mi vista!". El bagre volvió a su guarida y escondió la cabeza bajo la roca. La carpa se alejó en dirección de la playa, disponiéndose a pasar la noche oculta entre las hierbas y las cañas.

Cuando desapareció el sol y cayó la noche, el bagre subió medio renqueando, medio nadando hasta la parte alta del lago. Se deslizó torpemente entre las piedras buscando pequeñas criaturas para alimentarse. Un insecto acuático se le esca-

pó perdiéndose en unas grietas. "¡Sal de ahí!" gruñó el bagre. "¡Eres mío! durante la noche como todo lo que encuentro!". El insecto no se amedrentó y replicó: "Ven a buscarme si puedes". Furioso, el pescado trató de introducir su boca en la grieta, tanto se esforzó que quedó atrapado sin poder moverse, ni para atrás ni para adelante, y sin poder protestar. Durante largo tiempo luchó para liberarse. Por su parte, el inquieto insecto no sabía cómo deshacerse de esa horrible criatura. De pronto, el animalito vio un resplandor en el cielo. La luna salía detrás de las montañas, enviando sus rayos de luz sobre las aguas del lago. El insecto sabía el temor que el bagre sentía por la luz y exclamó en voz muy alta: "¡Qué noche más corta! Está saliendo el sol, pronto será de día". Al oír estas palabras, el bagre agitó su cola tan violentamente que logró liberarse, y nadando precipitadamente huyó buscando el refugio de su escondite. Ahí permaneció largo tiempo. Pero, ¿qué era eso? El Sol no salía! Miró de reojo y vio a la Luna que le sonreía. El insecto se había burlado de él. "¡Qué mundo más injusto!" gruñó. "No mereces otra cosa más que te voltee la espalda". Toda la noche y todo el día siguiente, el bagre permaneció en su escondite; asomando solamente la cola. No fue sino hasta la noche del día siguiente que salió empujado por el hambre.

Desde ese día, los bagres son muy cuidadosos para elegir su presa. Desconfían de los insectos y de la luna que le hicieron objeto de burla.

LA HORMIGA Y EL PIOJO

El piojo no vive únicamente en las hojas de las plantas como solemos pensar; le gusta más que todo permanecer en el tallo lo más cerca posible de la flor.

Más pequeño que la cabeza de un alfiler, esta criatura permanece completamente inmóvil por horas y horas, como si fuera una hojita de la misma planta.

Líquidos nutritivos suben por el tallo de la planta hacia la flor. Algunas veces, pequeñas gotitas traspasan la delicada piel de la caña. ¡Estas dulces gotas son la única alegría que tiene el piojo durante su vida! Las bebe con ansia y amor, cada día toma más y más líquido hasta que se parece a una pequeña botella verde! Ya no se distinguen sus piececillos ni el poco pelo que ostenta orgulloso sobre su lomo. Está tan gordo que ya casi no puede caminar. En ocasiones se junta toda la familia desde el Bebé Piojo hasta la gorda bisabuela y juntos se dedican a absorber el sabroso líquido.

Una familia de piojos vivía bajo el cáliz de una linda flor de caléndula. Una hormiga subía apresuradamente por el tallo con intención de recoger néctar de la flor y llevarlo a sus gorgojos que la esperaban impacientes en el oscuro montecillo. Estaba por llegar al cáliz cuando se detuvo en seco. Se hallaba en medio de una familia de piojos. Estos se agitaban bajo los pies de la hormiguita impidiéndole avanzar. La hormiga protestó e intentó atraparlos con sus pinzas. De pronto llegó hasta ella un dulce aroma. Bajo sus pies un piojo espantado había colocado una gota enorme del dulce jugo, diciendo quedamente: "Toma esta gota y déjanos en paz. De no ser así, resbalaremos hasta caer en la horrible profundidad de la tierra".

La hormiga no esperó otra invitación. La fragancia era demasiado tentadora, ansiosamente chupó el jugo. "¡Hey" -dijo la hormiga- "¡Estas criaturas son maravillosas!" y ordenó: "Vengan jugosas criaturas, quiero más miel". Ningún piojo se movió, no brotó ningún líquido. "Probablemente no pueden oírme", dijo la hormiga. "Hablaré en otra forma". Dio una palmada sobre el lomo del piojo y en el acto apareció una gota de néctar. No bien la hubo probado comenzó a acariciar

más y más vigorosamente a la familia de piojos buscando más gotas del sabroso jugo. Prefería pegar a los piojos más viejos por estar éstos más gordos y jugosos.

Llegó el momento en que la hambrienta hormiga quedó satisfecha. Su hinchado cuerpo no podía absorber ni una gota más.

Un gordo piojo cayó sobre sus antenas. "¡Qué lastima que no pueda "ordeñarlo" también!" pensó la hormiga. De pronto, tuvo una gran idea. Atrapó al piojo con sus pinzas y lo llevó hasta el montecillo de las hormigas. En una cueva oscura lo dejó en libertad y regresó a la planta en busca de más animalitos. Sus compañeras hormigas se dedicaron a ordeñar sus piojos para obtener el sabroso jugo. Pero pronto esas curiosas "vacas" enflaquecieron de tal manera, que no producían ni una sola gota de líquido. Las hormigas disgustadas se comieron a los piojos con objeto de dejar bien limpia y en orden su cueva.

Este es un ejemplo de la gratitud de las hormigas.

EL HAMSTER Y EL GUSANO

En una mañana de Otoño, un gordo Hamster salió de su escondrijo y se dirigió a un campo de nabos. Había caído una fuerte helada durante la noche y el animalito sentía como se enfriaban sus patitas. "¡Oh!" exclamó. "Ya llega el invierno y no tengo suficientes provisiones para alimentarme durante ese tiempo. Debo cavar otra cueva grande y espaciosa para almacenar mi cosecha." Se hundió en la tierra y empezó a cavar. De pronto, se topó con una lombriz de tierra. "¡Quítate de mi camino", ordenó. "Tengo que agrandar mi cueva". La lombriz se espantó pensando que era un topo lo que había encontrado. Pero se repuso y dedujo: "Si fuera un topo, ya me hubiera comido". Furioso gritó el Hámster: "¿No tienes que preparar una cueva para guardar tus provisiones de invier-

no? No haces más que dar vueltas impidiéndome trabajar!". "Yo no necesito guardar nada, replicó la lombriz. "Cuando tengo hambre como tierra". "¡Qué sucio eres!" exclamó el Hamster. "Pero, ¿podrías decirme qué comes cuando el suelo está helado? No te atrevas entonces a pedirme nabos o semillas!". "Guarda tus legumbres. Yo duermo durante el invierno", repuso la lombriz. - "¡Así que perteneces a esa clase de gente soñolienta! ¡Quítate de mi camino! ¡Déjame pasar!" La lombriz desapareció hundiéndose en la tierra, y el pequeño Hámster pudo hacer una cueva grande y espaciosa que rápidamente llenó de papas, nabos y otras legumbres y semillas.

Cuando la primera nevada cubrió los campos, el Hámster contempló con amor su despensa, mordisqueó aquí y allá, murmurando para sí: "No importa que caigan heladas y nieve. Yo tengo alimento suficiente y no adelgazaré!".

Pasaron Octubre, Noviembre y Diciembre. Llegaron Enero y Febrero. La despensa se vaciaba poco a poco. Un día, el hámster quiso cavar un túnel para ver si ya había llegado la Primavera. Al querer sacar su naricilla se encontró que todavía había nieve. Inmediatamente retrocedió frotándose la nariz. Tocó su pancita y murmuró: "¡Pobre pancita mía, de hoy en adelante sólo recibirás media ración" Se terminaron las papas y los nabos. Quedaban unas cuantas zanahorias. El hámster volvió a subir por el túnel y otra vez su naricilla se incrustó en la nieve. Tuvo que regresar a su albergue lloriqueando: "¡Pobre de mí! ¡Ahora solamente podré tomar un cuarto de mi ración acostumbrada". Cuando hubo terminado las zanahorias, volvió a probar suerte recorriendo el túnel, pero la nieve no había desaparecido. Súbitamente recordó las palabras de aquella lombriz que conociera el otoño pasado y pensó: "¡Si solamente fuera yo también un gusano". Trató de comer tierra, pero le dolió el estómago de tal manera que no pudo comer durante varias semanas. Adelgazó tanto que se veían sus huesos a través de la delgada piel. Por fin, un día la nieve se derritió.

Nuestro Hámster estaba verdaderamente muy flaco cuando salió al aire libre. Pero pronto se recobró. Un día volvió a toparse con la lombriz y le dijo agriamente: "¿Por fin has despertado pobre "come-tierra?" "Yo he pasado un invierno delicioso comiendo legumbres y semillas". La lombriz sonrió plácidamente contestando amablemente: "Le deseo un feliz verano Señor Hámster. ¡Ojalá que su pancita vuelva a ser tan redonda como la luna".

LA ARDILLA Y EL SAPO

Pardas escamas caían de las ramas del pino. Por un momento reinó absoluto silencio. Las escamas reanudaron su viaje a la tierra, se podía oír el sonido peculiar que hacían al caer. Por fin cayó la piña... Pero no es más que un rastrojo! Eso es todo lo que dejan las ardillas.

Ya era bien entrada la estación; las bellotas, las avellanas y las nueces estaban maduras, en su punto. La ardilla había ocultado muchas de ellas en su despensa entre las raíces del árbol, pero no eran suficientes para todo el invierno.

No bien hubo tirado el cono, la ardilla pasó de un árbol a otro, dando graciosos saltos. Era tan veloz que parecía volar de rama en rama! De la copa hacia el tronco! Enarbolaba su cola como una bandera. De pronto, se encontró en el suelo donde las nueces eran tan abundantes como las piedras. Rápidamente se sentó vigilando a su alrededor, escuchando los sonidos del bosque, no quería que la zorra o el halcón pudieran sorprenderla. Al ver que no había peligro, se dedicó a cavar, a rascar con sus patitas delanteras entre las hojas y las raíces que parecían pequeñas víboras encaminadas hacia las profundidades de la tierra.

Las hojas y el polvo volaban a su alrededor formando peque-

ños torbellinos. Rápidamente, trabajando con sus patas y sus dientes, empacó las nueces en una de sus numerosas despensas y velozmente cerró las puertas.

En la orilla del bosque había un viejo y retorcido matorral. Era este el lugar ideal para esconder nueces; pero en un agujero cerca de la más gruesa raíz, vivía un enorme sapo prieto. No se había movido en todo el día; ni siquiera parpadeaba. Tenía el ceño fruncido y una horrible mirada en sus ojos vidriosos.

La ardilla sacudiendo su cola se dirigió al matorral. Al ver al sapo, se paró en seco y empezó a refunfuñar. El sapo inmóvil se la quedó mirando. Al fin dijo el sapo: "Este es mi lugar y no me moveré sino hasta la noche, para entonces tu tendrás demasiado miedo para salir de tu nido! Sigue tu camino, criatura nerviosa, trepa-árboles peludo."

La ardilla que se había sentado cómodamente sobre sus patas traseras rió moviendo las orejas. Sacudió su cola y dijo: "No tienes que cuidar de mis nueces, están seguras sin tu ayuda!" En tres saltos, moviendo su cola, se hallaba encaramada en la más alta rama del árbol.

LA MARIPOSA

Cansadas sus alas, una mariposa revoloteaba sobre la pradera. Caía una ligera llovizna que empapó sus bellas alas, poniéndolas tan pesadas que la mariposa cayó sobre el pasto. Casi todo el polvo brillante que cubría sus alas había desaparecido. En vano trató de volar. Se arrastró penosamente hacia una planta y puso un par de pequeños huevos bajo sus hojas.

Viendo que sus alas ya no podían levantarla, las dobló, y permaneció quieta, soñando con flores y rayos de sol mientras la lluvia caía más y más tupida. Cuando sopló la fría brisa de la noche sobre la pradera, la mariposa murió.

Los pequeños huevos quedaban al cuidado de la Madre Tierra. Durante el día, el sol los cubría con su calor; en la noche, la tierra los envolvía con su tibio aliento. La hoja los protegía de la lluvia, de manera que siempre estaban bien cuidados. El torrente de vida latente en la vieja mariposa se había agotado, pero había dejado una chispa en cada huevecillo.

Pasaron los días, se percibió un suave movimiento debajo de la delicada envoltura. Un rayito de sol que jugueteaba envolviendo la planta exclamó: "¡Salgan, salgan". El huevo se estiró, se agitó y, por fin, se rompió dejando salir una pequeña larva con el cuerpo cubierto de puntos amarillos, tan suave y tierna como un hilo de seda. La pequeña criatura se arrastró hacia la verde hoja, haciendo de aquel lugar su jardín; así como también su fuente de alimentación.

La larva se dio cuenta de que el borde de la hoja era más sabroso, y poco a poco roía las esquinitas. Después de unos cuantos días, la mitad de la hoja había desaparecido. El rayito de sol gritó de nuevo: "¡Sal hacia el verde mundo!" La pequeña larva se deslizó de planta en planta. No todas le gustaban y siempre permanecía más tiempo sobre las plantas que se parecían a aquella que fue su primer hogar.

El tiempo pasó, la larva creció. Después de unas cuantas semanas, su lomo se cubrió de mechones de pelusa larga y café, entre esos mechones brillaron pequeñas motas rojas.

Terminó el verano. El viento de otoño sopló sobre la pradera y sobre los campos. El rayo de sol volvió a decir: "Busca un lugar tranquilo, que te sirva de albergue".

Obediente la larva se deslizó entre las piedras, adentrándose en la tierra. Tenía miedo de la oscuridad y murmuró quedamente: "Madre Tierra, ayúdame a penetrar, el sol quiere que me aleje de los verdes campos". La Madre Tierra respondió con ternura: "No llores, deja tras de tí el verde mundo, sigue el consejo del sol, ven a mí. Despójate de tu ropaje, está

viejo y arrugado; ahora duerme, mis duendecillos tejerán bellos sueños para tí." La larva tiró su traje usado y descansó plácidamente. Súbitamente sintió que su cuerpo se ponía tenso, duro, como si fuera de madera, no podía moverse. Sintió que se asfixiaba, quiso pedir ayuda a la Madre Tierra: "Ayúdame, ayúdame, esto debe ser la muerte", gemía. Pero antes de poder pronunciar una sola palabra, cayó en un profundo sueño, un sueño de muerte. Su piel se endureció como la madera de un féretro.

Cuando llegó el invierno, los copos de nieve cubrieron la tierra, y las estrellas brillaban intensamente en el cielo nocturno, ocurrió un milagro en el féretro de la larva. Con suaves deditos, misteriosos duendecillos introdujeron un traje celestial en la quieta y silenciosa tumba. Lo habían tejido con luz de estrellas y resplandor del arcoiris.

La tibia primavera fundió la nieve. Su calor llegó al fondo de la tierra. En la pradera, las flores se abrían a la luz cálida del sol, y cuando hubieron engalanado los prados con sus brillantes colores, allí en el fondo de la tierra, se abrió el féretro y, donde había muerto la larva, despertó una mariposa. Buscando un caminito entre las piedras, la mariposa surgió al aire libre, hacia la luz. Oyó el eco de un canto que venía desde el mundo brillante: "Ven con nosotros" decían en el lenguaje de las flores.

Las flores se quejaron con el sol: "¡Ojalá pudiéramos también volar hacia tí, trenzando figuras entre tus rayos!". El Sol replicó: debo vagar sobre tierras y mares; esperen un poco y mi "pájaro-sol" vendrá hacia ustedes. El sabe las maravillosas historias de las estrellas y del arco-iris. Al mismo instante, la mariposa voló, posándose sobre las flores. Permaneció para siempre con ellas; y las flores la querían como a una hermana.

Dorothy Harrer

EL NIÑO Y EL ARBOL

Los niños preguntaron: ¿Cómo crecen las plantas? El sol las ayuda a crecer -dijo la abuela-. Pero, ¿no sabes que el sol también a tí te ayuda a crecer?. Entonces la abuela contó un cuento.

Hace mucho tiempo había un niño pequeño. Cuando nació, su padre plantó un roble a un lado de su casa, creyendo que así como su hijo creciera, crecería también el roble y para que fuera su "árbol-hijo", que diera sombra mientras él viviera y señalara el lugar de su nacimiento y donde más tarde había de morir.

Ambos crecieron bien, pero seguro que ellos siempre fueron diferentes entre sí. Los padres del niño que lo ayudaban a crecer, muy seguido deseaban que su hijo fuera tan quieto y tranquilo como su joven compañero, el roble.

Cuando el niño y el árbol tenían dos años, el niño corría por todas partes adentro y fuera de la casa, debajo de los pies de la gente, tomaba todas las cosas de los aparadores y se las metía en la boca, tomaba los tomates verdes y arrancaba las plantas del jardín, rompía sus juguetes y las tazas de su mamá. Tenía que ser observado a cada instante; en cambio, el árbol crecía sin necesidad de ser observado cada momento.

El niño se hacía más grande. Aprendió a no tomar todo, qué era bueno y qué no era bueno comer, pero también aprendió a decir ¡No!, y "Yo no quiero", y a hacer justamente lo opuesto a lo que sus padres le pedían que hiciera. Eso era parte de su crecimiento que en nada se parece al del roble cuyas raíces empezaban a ser más duras y cuyas ramas se extendían dando una pequeña sombra a la gente que lo quería.

Las ramas extendidas de los árboles no eran como las manos de los niños; mientras el niño se hacía mayor, sus manos pronto podían arrancar los juguetes a sus hermanos y no soltarlos. Eso sucedió por algún tiempo.

Ahora el niño demostraba que había aprendido a mirar fuera de él mismo, diciendo "lo quiero" o "es mío". Se metía en riñas y pleitos porque se sentía muy fuerte y valiente. Gritaba mucho y tiraba a otros niños y le echaba la culpa a los otros de todo lo malo que él hacía.

Aunque sus padres lo querían tanto, seguido se miraban entre sí y suspiraban. "Qué pacífica y firmemente crecen los robles; y nuestro hijo es igual de joven que el roble!"

Así iba creciendo el árbol afuera, sus ramas eran tan altas que llegaban al techo.

Pero como tú has visto, el crecimiento de un árbol es muy diferente al del niño. Mientras el árbol crece firme dentro de un lugar en la tierra, el niño nunca está en un mismo lugar por mucho tiempo. Mientras el árbol obedece la voluntad del sol y de la tierra, de la lluvia y de todo lo que ayuda a crecer, el niño es desobediente a todos los que le quieren ayudar a crecer. Y mientras el árbol da su sombra a todos los que se lo piden, el niño quita a otros niños sus juguetes o los tira.

El árbol llega a ser verde, alto y frondoso, bendiciendo la casa y a su gente, y el niño siguió creciendo, no tan alto como el árbol, pero un día dejó de quitar las cosas y tirarlas. El había aprendido algo nuevo. Había crecido dentro de él mismo y el roble había crecido fuera de sí dando sombra.

Sus padres se dieron cuenta de esto cuando el niño se ofreció a llevar la canasta de su madre, y otra vez cuando salvó a su hermana de caer de las escaleras y todavía otra vez cuando le ofreció a su hermano darle una vuelta en la bicicleta.

Ahora los padres del niño estaban felices. Su papá dijo: El

brillo del sol que ayudó a crecer al árbol ha encontrado su camino dentro de nuestro hijo para ayudarlo a que llegue a ser la bendición de nuestra casa.

Este fue el cuento de la abuela. Y seguramente, por lo menos uno de sus nietos, lo recordarán.

Dorothy Harrer

"El gusano se arrastra y trepa sobre ramas, hojas y viejos muros de piedra. Se dobla, se enrosca, escala para comer; él encuentra muy dulces las hojas verdes".

EL PRINCIPE DE LAS MARIPOSAS

Había una anciana genio que podía estar en cualquier parte, en cualquier momento y podía verlo todo. Conocía todos los secretos de las plantas, de las piedrecillas y de las pequeñas pobres criaturas que embellecen la tierra. Algunas veces se aparecía en un lugar para aconsejar lo mejor posible a quienes solicitaran su ayuda.

Una vez levantó su casa en el hueco de un gran árbol, llevaba puesta una capa tan amarilla como las hojas de otoño y un gorro tan verde como el pasto nuevo. Entonces ella se sentó a la puerta de su casa, cantando para que todos la escucharan:

*"Maravillas y miserias!
Los paisajes que yo veo!
Las cosas que yo sé"*

Entre los muchos que la oían cantar y los que se paraban a escucharla, había un humilde insecto llamado Twig.

Twig era un gusano que vivía en constante temor de ser devorado por los hambrientos pájaros que vivían en los árboles. Al escuchar la canción, se le ocurrió que aquella sabia anciana podría decirle qué iba a ser de él.

¡Buenos días abuelita!, dijo amablemente Twig cuando terminó la canción.

¡Buenos días, buenos días! contestó la dama. ¿Qué puedo hacer por tí, pequeño?

"Soy solamente un gusano, dijo Twig dócilmente, pero desearía ser feliz; generalmente estoy en peligro de que un hambriento pájaro me devore, yo nunca me divierto".

"Cuando no hay pájaros a mi alrededor, tampoco estoy feliz, mi pobre cabeza está llena de extrañas ideas. Parece que nunca seré feliz a menos que pueda volar. Pero yo no tengo alas y no sé que va a ser de mí".

"Si tú deseas volar, tu volarás", dijo la anciana cerrando un ojo. "Ten paciencia y nunca temas, vendrá el tiempo cuando tú vueles a través del aire, con alas doradas, tan alto como los pájaros."

¿Cómo puede ser posible eso? susurró Twig temblando de emoción, ¿cómo puede ser?.

No obstante, es verdad, dijo ella inclinándose sabiamente; pero antes de que estés listo para volar, tú debes aprender un importante secreto; cuando hayas aprendido ese secreto, te quedaras dormido y tendrás un sueño que te hará feliz. Cuando despiertes, te verás y sabrás que eso está bien.

¿Puede ser verdad? ¿Puede ser? gritó Twig. Pensar que volaré. ¿Cómo será ésta maravilla? ¿Quién soy yo para tener alas doradas?.

Cuando regresaba, lloró de júbilo.

En pocos días se había acostumbrado a esa idea, así que habló de ello a sus amigos.

Creo que sería de interés para ustedes saber que pronto podré volar, les dijo misteriosamente.

Increíble, dijo la hormiga. "En ese caso yo debo aprender a nadar". Uno necesita alas para poder volar, mi pobre Twig, dijo el escarabajo. Sería bonito, dijo la araña, pero ten cuidado de no volar sobre mi telaraña.

Estas respuestas hicieron que Twig deseara no haberles dicho nada. ¿Cómo podía esperar que le creyeran?.

Cuando llegue el tiempo, ellos podrán ver por sí mismos y hasta entonces prefirió mantenerse alejado.

El empezó a tratar de ser paciente, entusiasmado con el secreto que podía aprender, pero no había nadie que le revelara los secretos.

Cuando se fue a dormir, soñó que todos los pájaros del mundo estaban aleteando a su alrededor y despertó lleno de temor, sólo veía que estaba ahora más lejos que nunca de volar.

"La anciana debe haber estado equivocada", dijo tristemente. Creo que pasaré el resto de mi vida trepando, sin alas, y al final seré devorado por un pájaro aborrecible".

Mientras paseaba por el pasto, se encontró cara a cara con su amiga la hormiga, quien se burló de él, diciéndole: "Ya veo que todavía trepas y te arrastras".

Twig no contestó. Cuando la hormiga se fue, lloró desesperanzado, no había nada que lo consolara y regresó rápidamente a buscar a la anciana para ver que le decía.

Ella estaba sentada en la puerta del árbol hueco, con su capa amarilla y su gorro verde, cantando:

*Que pueda venir,
Que pueda ir,
Que pueda ir y venir.*

*Veo los paisajes
y conozco las cosas
que pasan lejos de mí.*

Cuando terminó de cantar, le habló a Twig. ¡Así que regresaste otra vez y te estás sintiendo triste por no encontrar la razón de todo. Eso es una lástima!

Tengo razón para estar triste, murmuró Twig. Todo lo que me dijiste acerca de los sueños y de las alas doradas, no me ha ayudado a salir de mis problemas; nadie me ha revelado secretos, y cada vez que me voy a dormir tengo sueños malos que me amedrentan hasta morir; a pesar de lo que dijiste, no sé que va a ser de mí.

"Eres una criatura impaciente" dijo la anciana con voz austera. "No te ayudaré a quejarte ni a inquietarte. Ve a casa y ten paciencia; cuando estés listo para volar, lo sabrás."

¡Si sólo estuviera seguro! gimió el gusano mientras regresaba a su casa. "Pienso que es más duro esperar a que las cosas sucedan, a que nunca sucedan".

Cuando logró tener paciente su mente, la pasó muy placenteramente y convino en esperar, pues estaba muy cerca de ser feliz.

Una mañana mientras veía a su alrededor, todo le pareció cambiado. Cada hoja del prado se balanceaba con la brisa, las flores estaban muy alegres inclinando sus corolas y cuchicheando entre sí y no había voces de pájaros susurrando sobre su cabeza.

¡Qué adorable es este mundo! dijo Twig. Podré ser un gusa-

no sin importancia, pero mi corazón está volando tan alto como un pájaro y eso es suficiente".

Cuando terminó de hablar, recordó lo que la anciana le había dicho. "Antes de que vuelas tú debes aprender un importante secreto". Ahora estaba seguro de saberlo.

De repente le dio mucho sueño, se envolvió y se enrolló cómodamente en una hoja y se quedó dormido. Soñó que perseguía al viento sobre los árboles más altos y bajaba a la tierra como una lluvia de rayos de sol para levantarse nuevamente con el viento.

Al final, cuando despertó, echó afuera la cobija de hojas y supo que todavía era él mismo y tuvo ganas de algo más. Tenía unas patas débiles, que crecían poco a poco más fuertes, mientras descansaba en el caliente sol primaveral, después se levantó y entonces descubrió que estaba vestido con un manto amarillo. Mientras se extendía, tembló de júbilo. ¡Qué hermosas son! ¡Qué hermosas! cuchicheó, aleteando lentamente hacia arriba y hacia abajo; mientras los rayos del sol caían sobre sus alas como el oro. Cada momento se hacían más grandes y más fuertes. Finalmente, lo levantaron a lo alto del aire.

Voló cuidadosamente mientras sus alas se acostumbraban y después fue directamente al árbol hueco, en busca de su inolvidable amiga, la anciana. Ella estaba ahí en la puerta cantando:

*Ayer fue
mañana será
pero los dos son el mismo para mí:
los sueños de los reyes
y las más pequeñas cosas
para mí son fácil de ver.*

¡Buenos días, abuelita! dijo cuando ella terminó de cantar.
¡Buenos días, buenos días! contestó ella. ¿Qué puedo hacer por tí muchachito?

"He venido a enseñarte mis alas" dijo él, aleteando graciosamente ante ella. Son bastante hermosas pero es difícil manejarlas todavía.

Ya veo, dijo la anciana, cerrando el ojo. Pobre Twig, con todos sus problemas ahora es además, Príncipe de las Mariposas.

*"Mariposa,
Mariposa,
¿De dónde vienes?
Yo no sé; no pregunto; nunca tuve hogar.*

*Mariposa, mariposa, ¿adónde vas?
Donde quiera que el sol brille
y donde brillen y florezcan las flores. "*

Dorothy Harrer

LA PRINCESA DE LAS ESCALERAS DORADAS

Hace mucho tiempo había un rey que tenía tres hijos. El mayor quería llegar a ser el rey algún día para ocupar el lugar de su padre, era grande y fuerte y siempre tomaba lo mejor de todas las cosas para él. El mejor caballo, la cama más suave y el plato más grande de comida. El siempre se adelantaba a sus hermanos, dondequiera que fueran juntos, él siempre los sacaba del camino para ser el primero.

El segundo hijo era bastante pequeño y delgado, pero era listo y rápido; sabía contar hasta 10.000, sabía leer grandes y gruesos libros y él creía que podría ser mejor rey que su her-

mano mayor. ¡Si sólo pudiera ser esto posible!

El hijo más pequeño no era grande, ni fuerte, tampoco era listo, pero tenía un corazón amable y siempre pensaba en los demás antes que en él mismo. El no se imaginaba que pudiera ser tan importante como su hermano mayor o tan listo como su segundo hermano. Quería al caballo más pobre del rey, dormía en la cama más dura bastante cómodo, y comía lo que le dejaban sus hermanos después de que ellos habían escogido lo mejor.

Un día los tres hermanos fueron de cacería, salieron muy temprano mientras el sol estaba saliendo. El hermano mayor iba montando el mejor de los caballos del rey, el segundo cabalgaba en uno de los mejores caballos y el más pequeño iba siguiéndoles en una pobre bestia que era demasiado vieja para correr rápido, pero sin embargo, era mansa y segura.

Cuando se acercaban a un gran bosque, se levantó un hermoso venado entre los matorrales y corrió dentro del bosque. Los dos hermanos mayores empezaron a seguirlo en sus veloces caballos y pronto desaparecieron entre los árboles, dejando al más pequeño seguirlos como mejor podía en su pobre y viejo caballo.

Durante muchas horas siguió la pista de sus hermanos buscando las huellas en las veredas del bosque; así pasó el día hasta que el sol estaba poniéndose, oyó voces en el bosque. Corrió hacia las voces y, finalmente, encontró a sus hermanos sentados junto a una fogata que ellos habían hecho para guarecerse del frío. Allí habían pensado pasar la noche, ellos también se habían perdido en el sombrío y oscuro bosque y no habían podido capturar al venado que vieron.

El hermano mayor hizo que sus hermanos le dieran sus capas para calentarse, enrollado en ellas, muy pronto estuvo cómodo para dormir. El segundo, escogió el mejor lugar junto al fuego, donde el humo no soplara en su cara y dijo al más

pequeño que cuidara el fuego toda la noche. Así, el segundo hermano quedó dormido en una cómoda cama de ramas de pino, mientras el más pequeño pasaba toda la noche recogiendo leña para atizar el fuego. Tan pronto como amaneció, los dos hermanos se despertaron sin decir ni siquiera una palabra de agradecimiento a su hermano pequeño por haber cuidado el fuego durante toda la noche. Montaron en sus caballos y empezaron a buscar el camino de regreso a su casa, dejando al más pequeño para que apagara el fuego y los siguiera como mejor pudiera en su lento y viejo caballo.

Los tres cabalgaban sin saber cuál era el camino, al fin llegaron a una cabañita. El hermano mayor se adelantó y tocó la puerta, la cual se abrió rápidamente apareciendo un pequeño y viejo hombre con una blanca y larga barba que le llegaba hasta las rodillas. Sin esperar a que lo invitaran, el muchacho se metió a la cabaña. Cuando el pequeño hombre volteó, el segundo hermano se coló también. El más pequeño, mientras tanto, esperaba afuera a que lo invitaran a entrar. Esperó bastante para entrar.

El hermano mayor cuando entró, vio una mesa pequeña y, sobre ella, un platón con guisado, que era la comida del viejo, e inmediatamente se la comió toda. El segundo hermano, buscando en los rincones de la cabaña, encontró un costal de manzanas y las tomó.

El viejo observaba con sus brillantes y azules ojos sin decir una sola palabra.

Cuando habían terminado de comer, el mayor dijo en voz alta: "Yo soy el hijo mayor del rey" "Un día seré rey". Mis tontos hermanos y yo nos hemos perdido en el bosque, tal vez tú puedas enseñarnos el camino que debemos seguir para regresar a nuestro palacio. Entonces el viejo contestó:

"El camino a seguir lo conocerás pronto, cuando en este escondido lugar veas tu cara oculta".

¿Qué enigma es éste? gritó el príncipe mayor. "Explícamelo o te voy a hacer pedazos".

Entonces dijo el viejo: "Encontrar el camino para salir de este bosque mágico sólo será posible si tienes el coraje de verte a tí mismo como eres realmente".

Jo Jo! gritó el príncipe. ¿Coraje?. Tengo más que suficiente.

¿Dónde podemos tener ese placer? preguntó al segundo hermano.

El viejo los condujo hacia atrás de la cabaña en donde había un pozo, el pozo del bien. El hermano mayor palideció al acercarse y ver reflejada en el agua la cara de un lobo salvaje con las mandíbulas abiertas y con agudos colmillos, listo para brincar y devorarlo. El príncipe dio un salto hacia atrás rápidamente, pretendiendo que nada había pasado.

"Puedo ver que estoy un poco despeinado, necesito peinarme", dijo. "Eso es solamente un error".

El segundo hermano tomó su turno pensando que sería un placer verse a sí mismo vistiendo la túnica y la corona del rey, pero cuando miró dentro del pozo del bien, se puso verde. Mirándose a través del agua clara, vio un astuto zorro, listo para saltar sobre él. También dio un paso atrás rápidamente, pretendiendo que nada extraño había sucedido. "Todo lo que puedo ver es que mi capa está arrugada"

El más pequeño los había seguido y el viejo le hacía señas para que se viera en el pozo del bien. Cuando se acercó, vio a un pequeño, blanco y apacible cordero que lo miraba con ojos amorosos suplicándole que se lo llevara. Trató de tomarlo, pero antes de que pudiera sacarlo, el viejo había puesto una cubierta sobre el pozo del bien.

No hacía mucho que había sucedido esto cuando el bosque mágico desapareció y, con él, el viejo, la cabaña, el pozo del bien y todo! Los príncipes se encontraron de pronto en la

puerta del palacio de su padre.

Los dos hermanos mayores guardaron como un oscuro secreto lo que habían visto en el pozo del bien, pero no podían olvidarlo.

El mayor seguía pensando en el lobo salvaje, todos los días lo veía en el espejo y no se consolaba. ¿Si repentinamente él se convirtiera en un lobo delante de la gente, qué pasaría?. Entonces empezó a vestir con túnicas largas de terciopelo, que ocultaban sus brazos y sus piernas y sombreros de ala ancha y con una gran pluma que caía sobre sus hombros y cubría su cara.

El segundo hermano se cuidaba igualmente de mirarse en los espejos. Rara vez salía de su cuarto por miedo de verse convertido en un zorro, se cuidaba mientras caminaba por temor de ser atrapado por los guardias del rey.

Mientras el hermano pequeño, recordaba al pequeño cordeiro y deseaba que hubiera podido traerlo a casa, pero él nunca habló de esto a nadie porque no se imaginaba que a alguien le interesaría.

Al mismo tiempo que esto sucedía, en el reino vecino vivía la más hermosa princesa cuya fama se había extendido por todas partes. No sólo era más hermosa que otras, podía pintar hermosos cuadros, cantar dulces canciones y tenía todo el conocimiento y la sabiduría.

Vivía en un palacio dorado en lo más alto de la montaña. El único camino que conducía al palacio era una escalinata dorada que brillaba como el sol.

Un día la princesa envió un mensajero diciendo que quería casarse con el príncipe que pudiera subir por las escalinatas doradas sin dejar huella ni maltratarlas y que después brillaran tan resplandecientes como nunca antes.

Cuando el rey se enteró de ésto, mandó llamar a sus tres hi-

jos y dijo: "Cualquiera de ustedes puede ganar a la hermosa princesa como esposa y será rey cuando yo muera. Para ella sería excelente que ese hombre que elija como esposo fuera realmente un rey"

El hijo mayor se puso inmediatamente su capa y su sombrero de pluma y se fue por el mejor caballo, lo ensilló y cabalgó para encontrar a la princesa.

En el camino vio a un cordero blanco y pequeño que estaba tratando de cruzar el río nadando. El cordero gritaba pidiendo auxilio porque la corriente era demasiado fuerte.

El príncipe se rió y gritó: "Tengo cosas más importantes que hacer" y se alejó. Entonces encontró un zorro que había sido herido por un cazador, cojeando dolorosamente, pidiendo que lo ayudaran y le dieran un poco de agua. El príncipe se rió de él y gritó: "Tengo cosas más importantes que hacer", mientras se alejaba. Más adelante vio un lobo que había sido atrapado por una red. El lobo suplicaba que lo ayudaran a quedar libre y le prometía que lo ayudaría a regresar. Al ver al lobo, el príncipe se enfureció, puso una flecha en su arco y disparó contra el lobo y se alejó gritando: "Tengo cosas más importantes que hacer".

Al fin, vio las escaleras doradas que conducían al palacio hasta lo más alto de la montaña. Bajó de su caballo y se puso unas medias suaves sobre sus zapatos para no dejar huellas mientras subía.

Cuando subió escalón por escalón, no vio atrás hasta que estuvo enfrente de las puertas doradas del palacio. Estaban cerradas, jaló la cuerda dorada y oyó una campanada y después silencio, entonces golpeó la puerta con sus puños y cuando todavía estaba golpeando oyó una voz que le dijo: "Mira detras de tí y ve lo que has subido". Cuando vio hacia atrás se dio cuenta de que a pesar de sus medias suaves, todas sus pisadas se veían en los escalones tan oscuras y rojas

como la sangre.

Sabiendo que no podía ganar a la princesa, se alejó y nunca se supo nada de él.

El segundo hijo del rey, había partido instantes después que su hermano. Vio también al pequeño cordero, gritando y pidiendo ayuda para salir de la corriente del río, pero no le hizo caso y se retiró diciendo: "Hay demasiados corderos en todas partes del mundo". Encontró después al zorro serpenteando y suplicando ayuda y un poco de agua, pero le disparó y se alejó diciendo: "Nunca me volverás a molestar", y cuando pasó por donde estaba el lobo atrapado, suplicando por su libertad, el príncipe sólo pensó en su hermano mayor y se apresuró para alcanzarlo.

Llegó por fin a las escalinatas doradas que conducían al palacio dorado. Brillaban tanto como el sol. Bajó de su caballo y puso una suave alfombra en el primer escalón. Así subió las escaleras doradas poniendo y levantando cada vez su alfombra hasta llegar a la entrada del palacio dorado. Como las puertas estaban cerradas, jaló el cordón dorado y oyó una campanada y después silencio; por segunda vez jaló el cordón y oyó nuevamente la campanada y de nuevo vino el silencio. Empezó a jalar una y otra vez el cordón de la campana, y mientras la campana seguía sonando, se oyó una voz que decía: "Mira detrás de tí y ve dónde has subido". Volteó y vio que los escalones dorados estaban marcados con tierra y polvo. Se dio cuenta que las puertas no se abrirían para él y se retiró y nunca más se supo nada de él.

Mientras tanto, el pequeño príncipe no había planeado conseguir la mano de la princesa, pero su padre le dijo que debía hacerlo para que tuviera oportunidad de ser rey. Así que se preparó con su manso y viejo caballo para seguir la senda que habían recorrido sus hermanos a través de los campos y de los bosques. Mientras se acercaba al profundo río, vio al

pequeño cordero tratando de cruzar el río en la rápida corriente y gritando para pedir auxilio. El príncipe bajó de su caballo y nadó para salvar a la pobre criatura, sacándola segura a la orilla. Entonces la tomó sobre sus hombros para llevarla como regalo a la princesa. Cuando vio al zorro herido rogando que lo ayudara y le diera agua, se bajó de su caballo, lo vendó y le dio agua, y cuando llegó a donde estaba el sufrido lobo, lo liberó.

Al fin llegó a las escalinatas que conducían al palacio y se maravilló de tal belleza.

Llevando al pequeño cordero sobre sus hombros, ni siquiera pensó en quitarse los zapatos que tenían lodo del río.

Cuando llegó a las puertas del palacio, jaló el cordón dorado y mientras la campana estaba sonando todavía, las puertas se abrieron y el entró.

Maravilla de maravillas, detrás de él cada escalón estaba brillando como el sol.

Así fue como el hijo más pequeño del rey ganó la mano de la princesa de las escalinatas doradas y la llevó a casa como su desposada.

Y cuando su padre murió, llegó a ser el rey, con la princesa como su reina y gobernaron sabiamente el reino.

Lobo?

Zorro?

Cordero?

No me extrañaría si siempre
soy un lobo o un astuto zorro
o poder decir yo soy
tan gentil y apacible
como un cordero.

Isabel Wyatt

PIENSO PARA MI BUEY

Un viejo labrador tenía dos hijos, Cross-Patch y Jeff. Cross-Patch ya era un hombre. Pero Jeff todavía era un niño. Jeff tenía un pequeño buey rojo. Lo quería tanto como si fuera su hijo. Y, en cierta manera, lo era. Ya que el viejo agricultor había permitido a Jeff criarlo desde pequeño. El viejo agricultor murió. Ahora la granja era de Cross-Patch. "Cross-Patch", dijo Jeff, "Necesito pienso para mi buey rojo", "Entonces debes buscarlo", dijo Cross-Patch. "Yo no te puedo dar pienso". Jeff dijo a su bueyecito rojo: "Debemos ir a buscar pienso para tí". Y echó a andar a buscar pienso para su bueyecito rojo. El bueyecito rojo fue con él.

Al principio caminaron poco; después caminaron mucho. El camino los llevó, por fin, a una bella granja. Jeff entró al patio. Su bueyecito fue con él. Jeff vio caballerizas para diez yeguas, y las yeguas en sus caballerizas. Vio cobertizos para diez vacas, y las vacas en los cobertizos. Vio zahurdos para diez cerdos, y los cerdos en las zahurdas. Vio un granero para diez carretas, y las carretas en el granero. Cerca de la pared del granero, vio una gran carreta azul llena de pienso, fresco y dulce. Estaban tan llena que el heno se desparramaba. Era la clase de carreta cargada de heno con la que soñara el

bueyecito rojo.

Cerca de ella estaba un anciano de pie.

Era gordo y rojo como un petirrojo.

"¿Qué es lo que buscas, joven agricultor?", dijo.

"¿Buscas oro? ¿Buscas placer?".

No, mi buen señor, dijo Jeff.

"Busco pienso para mi bueyecito rojo".

"Si puedes pasar una prueba que te haga", dijo el hombre petirrojo, "podrás tener todo el pienso que necesites para el resto de tu vida".

"¿Qué te parece?"

"Muy bien y mejor que bien, buen señor", dijo Jeff.

El hombre Petirrojo llevó a Jeff a un establo.

El bueyecito rojo fue con ellos.

El establo tenía grandes barras y barrotes.

En él se encontraban cinco potros.

Un potro tenía pezuñas negras.

Un potro tenía pezuñas blancas.

Un potro tenía pezuñas verdes.

Un potro tenía pezuñas doradas.

Un potro tenía pezuñas mojadas .

"Te encerraré con ellos" dijo el hombre Petirrojo.

"Si me puedes decir por qué tienen así las pezuñas, tanto los potros como la hermosa granja serán tuyas, además del pienso para tu bueyecito rojo. ¿Qué dices a eso?".

"Muy bien y mejor que bien, buen señor", respondió Jeff.

Dejó que el Hombre Petirrojo lo encerrara con los potros.

Se tendió en el heno a dormir.

El bueyecito rojo se echó con él.

"Bueyecito rojo", dijo Jeff.

"Entre tú y yo tenemos cuatro ojos.

Dos ojos pueden dormir, y dos ojos vigilar a los potros".

Los dos ojos que durmieron fueron los de Jeff.

El Bueyecito rojo mantuvo los suyos abiertos.

Jeff dormía.

Pero cuando sintió que el bueyecito rojo lo topeteaba suavemente, se levantó.

Vio a los cinco potros abrir las barras y barrotes.

Los vio salir de estampida, haciendo sonar los relucientes cascos, las crines al aire y la cola retozona.

Jeff los siguió.

Y su bueyecito se fue con él.

Jeff vio a Pezuñas Negras meterse entre la tierra.

Vio a Pezuñas Mojadas meterse en el arroyo.

Vio a Pezuñas Verdes volar y corretear en la copa de los árboles.

Vio a Pezuñas Blancas volar y retozar en las nubes.

Vio a Pezuñas Doradas volar a atrapar las estrellas.

Los potros regresaron.

Corrieron a la carreta azul que tenía heno.

Acomodaron y apilaron más y más pienso que hasta parecía barras de oro en cañas.

Jeff se fue a buscar al hombre Petirrojo.

El bueyecito rojo fue con él.

Jeff dijo al hombre Petirrojo:

"Las pezuñas negras del Pezuñas Negras lo están así por la tierra."

"Las pezuñas mojadas del Pezuñas Mojadas lo están así por el arroyo."

"Las pezuñas verdes del Pezuñas verdes lo están así por las copas de los árboles."

"Las pezuñas blancas del Pezuñas Blancas lo están así por las nubes".

"Las pezuñas doradas del Pezuñas Doradas lo están así por el polvo de las estrellas."

"¿Qué le parece?"

"Muy bien y mejor que bien," respondió el hombre Petirrojo.

"Los potros y la hermosa granja son tuyos .
Además del pienso para tu bueyecito rojo".

Y Jeff obtuvo los potros y la hermosa granja, además del pienso para su bueyecito rojo.

Estaba tan contento como contento podía estar.

Y también lo estaba su bueyecito rojo.

Isabel Wyatt

EL HERMANO BUEY Y EL HERMANO ASNO

El Hermano Buey y el hermano Asno dormían en un establo.

Todo el día, el Hermano Buey tenía que jalar una carreta para el Amo, cargada de maíz o de forraje.

Tim, era el hijo del Amo.

El Hermano Asno era el consentido de Tim.

El Hermano Asno no tenía que trabajar.

Todo el día retozaba y coceaba al sol.

Tim había nacido con buena estrella.

Si nace uno con buena estrella, puede uno saber lo que dice un perro o un gato o un buey o un asno.

Pero tiene que ser cuando esa estrella brilla en el cielo.

Tim vio su buena estrella en el cielo cuando se fue a acostar.

Se quedó viéndola.

El establo tenía techo de paja.

El viento había hecho un hoyo en el techo.

Tim vio que por el hoyo salía luz.

Y de puntitas se fue al establo.

El Amo había dejado una escalera contra la pared del establo para remendar el techo al día siguiente.

Subió la escalera con agilidad de culebra para asomarse por el hoyo del techo.

Vio que el Amo había dejado una linterna encendida sostenida en la pared.

Vio al Hermano Buey y al Hermano Asno cada uno en su re-

dil.

"Hermano Asno", dijo el Hermano Buey ¡Qué suerte tienes! No tienes tareas ni labores que hacer.

Tienes todo el día para retozar y cocear al sol.

En cambio yo, tengo que tirar de una carreta de maíz o de heno todo el día".

"Hermano Buey", dijo el Hermano Asno, ¿Por qué lo haces?"

Cuando traten de ponerte entre las guías de la carreta, no te dejes.

Debes patear, cocear, topar, revolverte y arrancar el pasto.

Entonces tú tampoco tendrías que trabajar ni que laborar.

Tendrías todo el día para jugar y retozar al sol".

"Lo intentaré, Hermano Asno", dijo el Hermano Buey.

Al día siguiente, el Amo le dijo a Tim:

"Mantente alejado del Hermano Buey.

Cuando fui a ponerle la carreta, se volvió loco.

"El Hermano Asno se lo aconsejó", dijo Tim.

Y le contó al Amo todo lo que habían hablado el Hermano Buey y el Hermano Asno.

"Vaya, vaya, vaya" dijo el Amo.

"¿Qué otra diablura hará el hermano Asno?"

El Amo fue al establo.

Puso al Hermano Asno a jalar la carreta.

Todo el día, el Hermano Asno tuvo que tirar de ella, llena de maíz o de forraje.

Todo el día, el Hermano Buey quedó en libertad de retozar al sol.

Tan pronto como salió la buena estrella de Tim en el cielo, se fue al establo de puntitas.

Trepó la escalera con la agilidad de una serpiente para mirar por el agujero del techo.

"Hermano Asno", dijo el Hermano Buey, "Hice lo que me dijiste!"

¡Qué día más hermoso he tenido!

Todo el día he estado libre para jugar en el sol".

"Hermano Buey", dijo el Hermano Asno, "Te traigo muy malas noticias.

Dice el Amo que si sigues siendo malo, te llevará al carnicero".

"De veras?" exclamó el hermano Buey.

"Entonces tiraré de la carreta.

No quiero morir todavía".

Al día siguiente, cuando el Amo fue a ponerlo a jalar la carreta, el Hermano Buey estaba manso y obediente.

"Tim", dijo el Amo, "debemos encontrar trabajo para el Hermano Asno.

Si no lo hacemos nos hará otras jugarretas".

"Déjame ir al molino con el maíz que se tiene que moler", dijo Tim.

"Puedo poner el maíz en dos costales para que lo pueda cargar el Hermano Asno.

Esa será su tarea y su trabajo"

"Sí. Eso debes hacer", replicó el amo.

Así lo hizo Tim.

"Quisiera no haberle dicho al Hermano Buey que se portara mal", dijo el Hermano Asno.

"Ahora ya no tengo tiempo de retozar y cocear al sol"

Isabel Wyatt

EL PRINCIPE QUE CUIDABA CERDOS

El Príncipe Enrique era el hijo de un rey. Cuando era todavía muy niño, murió su padre. Su enemigo conquistó la nación.

El nuevo rey mandó al Príncipe Enrique a la Roca de los Cerdos. En la Roca de los Cerdos, un viejo guarda-puercos

cuidaba los cerdos del rey. El Príncipe Enrique debía ayudarlo. La Roca de los Cerdos estaba rodeada por mar y cielo.

Un día claro, el Príncipe Enrique vio tierra en lontananza.

Dijo al viejo guarda-puercos :

"¿Qué tierra es aquella?"

El viejo guarda-puercos respondió:

"Esa no es una buena tierra a la que uno pudiera tratar de llegar. En ella todos los hombres temen a un jabalí salvaje".

El Príncipe Enrique dijo a sus cerdos:

"Trataré de llegar a esas tierras, ya sea que haya un jabalí salvaje o no, ya que si lo hago, recobraré mi libertad".

¿Pero, cómo haría para llegar a esas tierras?. Estaban demasiado distantes para poder llegar a nado.

No tenía un bote que lo llevara. Tampoco tenía herramientas.

El viejo guardador de puercos mantenía a las hembras y a los puerquitos en una zahurda cerca de su cabaña. Diariamente enviaba al Príncipe Enrique al bosque con los machos para engordarlos.

Todo el día, los cerdos comían las bayas y bellotas que caían de los árboles.

Cuando veían que el Príncipe Enrique levantaba una vara, corrían hacia él con gruñidos de contento. Se quedaban quietecitos para que les rascara detrás de las orejas con la vara. Luego se acostaban a dormir. En esta forma, transcurrieron siete años. El Príncipe Enrique era ya un hombre.

Un día, el mar arrojó un tronco en la playa. El viejo guardador de puercos dormía siesta a mediodía diariamente.

Diariamente iba el Príncipe Enrique a la playa mientras los

cerdos comían bayas y bellotas en el bosque.

Con piedras filosas fue ahuecando el tronco. Poco a poco fue haciendo un bongo. Le puso una rama como mástil. Acondicionó otras dos ramas como remos. Pero todavía tenía que permanecer en la Roca de los Cerdos hasta que soplara un viento del oeste.

Día tras día, el viento soplaba en todas direcciones menos la que él necesitaba.

Por fin, un día surgió un buen viento occidental.

El Príncipe Enrique dejó a sus cerdos comiendo bayas y bellotas en el monte. Corrió hasta la playa.

Jalón y tirón; jalón y tirón, jalón... y su bongo se encontraba flotando en el mar.

Colgó su saco en el mástil para aprovechar el viento occidental. Tomó un remo en cada mano, y rápidamente bogó por el mar. Sube y baja; sube y baja; sube y baja; para enfrente y para atrás, para enfrente y para atrás. Iba navegando ayudado por el viento. Pronto, la Roca de los Cerdos era sólo un puntito en el mar. En cambio, las cumbres que antes veía tan lejanas se percibían con mayor claridad.

Después, pudo ver las murallas de una ciudad en la montaña.

Luego vió un bosque.

Se echó al mar y las olas lo subían y lo bajaban, hasta que logró poner los pies en el acantilado. Algunos hombres lo vieron desde las murallas de la ciudad y corrieron a auxiliarlo. Lo sostuvieron de los tobillos para sacarle el agua de mar. Lo acostaron en la arena para presionarle y sacarle el agua del mar. Al poco rato se incorporó el Príncipe Enrique. Preguntó a los hombres: "¿Todavía temen al jabalí salvaje en estas tierras?"

"Le tememos", contestaron. "Entonces, llévenme ante el rey", dijo el Príncipe Enrique.

"No tenemos rey", le contestaron. "Nuestro rey acaba de morir. Su única hija es ahora la reina. Se casará con el hombre que mate al jabalí salvaje".

"Entonces tráiganme un costal y una lanza", dijo el Príncipe Enrique.

Le trajeron el costal y la lanza. Subió el acantilado y se internó en el bosque.

Una vez en el bosque, se puso a juntar bayas y bellotas hasta llenar el costal.

El jabalí venteó al hombre que andaba en el bosque. Se le inyectaron los ojos. Despedía espuma por el hocico.

El olor humano hizo que el jabalí salvaje se pusiera furioso y arremetió a toda velocidad. El Príncipe Enrique se subió a un árbol a toda prisa.

Tenía largos colmillos. Tenía fuertes colmillos. Ante cada embestida del furioso jabalí salvaje, el Príncipe Enrique sentía que el árbol se cimbraba. Ante cada embestida del jabalí salvaje, sentía cómo se rompían las ramas.

Arrojó bayas y bellotas del costal. En cuanto el jabalí salvaje las vio, se puso a comerlas. El Príncipe Enrique le echó más y más hasta que se acabó todo el costal. El jabalí salvaje estaba repleto de bayas y bellotas. El Príncipe Enrique se agarró bien al árbol con las piernas; se agachó desde la rama en que se encontraba para rascarle al jabalí detrás de las orejas con la punta de su lanza. El jabalí salvaje emitía gruñidos de satisfacción. Se quedó quieto para gozar y por fin se echó a dormir.

Entonces, el Príncipe Enrique hundió profundamente su lanza en el cuello del jabalí salvaje, y ese fue el fin del temor en esas tierras.

El Príncipe Enrique regresó a la ciudad amurallada. Envío hombres para que trajeran al jabalí salvaje para que todos pu-

dieran verlo.

La reina salió corriendo a encontrar al Príncipe Enrique. Le dio ambas manos.

"Ahora también ésta es tu tierra y tu patria" dijo. "Desde este día serás el rey. Pero dime, ¿cómo lo lograste?"

Cuando otros hombres salieron a matar a la bestia, el jabalí salvaje los hizo pedazos".

"Es que ellos no sabían todo lo que yo sé", dijo el Príncipe Enrique.

"¡Ellos no tuvieron que cuidar cerdos durante siete años!"

Isabel Wyatt

LA COJITA DEL BOSQUE

Había una vez una cojita que vivía solita en una casita cubierta de hiedra en medio del bosque, pues se había caído de un árbol y se había lastimado de tal manera, que ya no podía correr y bailar con los demás niños.

Una noche negra y tormentosa, oyó que llamaban a su puerta. Se sintió atemorizada, pero valientemente abrió la puerta y en la oscuridad estaba una anciana chorreando agua, pues entre el viento y la lluvia la habían empapado.

En vez de sentirse asustada, la cojita del bosque tomó de la mano a la ancianita y la hizo entrar en su casa donde secó sus ropas y la sentó junto a la lumbre de la chimenea para que entrara en calor. Una vez que estuvo cómoda la ancianita, le trajo fresas con crema y un vaso de leche.

Cuando la viejecita hubo comido las fresas con crema y bebido la leche, le preguntó: "Si te concediera un deseo, querida niña ¿qué deseo desearías hacer?"

Y la cojita del bosque respondió: "Ay, abuelita, ¡quisiera poder correr y bailar con los niños!"

La viejecita dijo entonces: "Por haber sido valiente y abrirme la puerta, aunque tenías miedo, y porque has sido muy buena con una anciana, te voy a decir cómo puedes hacer que tu deseo se vuelva realidad. En la tierra del Cielo Cantador, hay una fuente de rocío; si bebes una sola gota de ese rocío sanarás por completo."

La cojita del bosque suspiró de alegría de sólo pensarlo, y le preguntó a la ancianita: "¿Dónde está la Tierra del Cielo Cantador, abuelita?" Y la ancianita replicó: "En lo alto de la escala de plata que pende de la luna llena"

La cojita le dio las gracias efusivamente, y comenzó a amontonar helechos y hojas secas de maíz en un rincón para hacerle una cama a la ancianita, pero cuando se dio cuenta, la ancianita había desaparecido.

En cuanto llegó la luna llena, la cojita del bosque caminó entre la espesura hasta encontrar donde principiaba la escala de plata que pendía de ella, y ahí se encontró a una hermosa señora que sonrió y le preguntó: "¿Qué es lo que buscas, pequeña cojita?"

La cojita respondió:

"Con su venia. He venido a subir por la escala de plata y llegar así a la Tierra del Cielo Cantador para beber una gota de la fuente de rocío y poder sanar". A lo que la hermosa señora contestó: "¿Es que no sabes, pequeña, que únicamente puedes hacerlo si traes a otros seis enfermitos contigo?"

Entonces la cojita del bosque se alejó, y en un claro del bosque, donde había un enorme árbol caído puso un cartelón que decía que aquellos que quisieran sanar fueran a su casita cubierta de hiedra antes de la próxima luna llena.

Pero pasaron los días y pasaron las noches y nadie llegaba,

hasta que faltando solamente siete noches para la luna llena, llamaron a su puerta. Cuando fue a abrir se encontró a un cachorro de león que tenía una pata infectada por una espina. Y la cojita le dijo: "Entra, leoncito, y quédate conmigo hasta la luna llena; así ya somos dos los que iremos a sorber las gotas de rocío sanador". El cachorro entró sintiéndose muy agradecido.

A la siguiente noche volvieron a llamar a su puerta, y cuando la cojita del bosque fue a abrir, vio que era un osezno con la nariz inflamada y doliente porque le habían picado las abejas. "Entra, pobrecito osezno. Quédate con el cachorro de león y conmigo hasta la luna llena; así ya somos tres los que iremos a sorber las gotas de rocío sanador". El osezno entró sintiéndose muy agradecido.

En la tercera noche, volvieron a llamar a la puerta, y cuando fue a abrir la cojita del bosque, se encontró con un negrito que tenía el brazo en un cabestrillo. Y la cojita le dijo: "Entra, entra, pobre negrito, y quédate con nosotros hasta la luna llena; así ya somos cuatro los que iremos a sorber las gotas de rocío". Y el negrito entró sintiéndose muy agradecido.

La cuarta noche, volvieron a llamar a su puerta, cuando la cojita del bosque fue a abrir se encontró a un cisne blanco que arrastraba una de sus alas. Y la cojita le dijo: "Entra, entra, pobre cisne y quédate con el negrito, el osezno, el cachorro y conmigo hasta la luna llena, así ya somos cinco los que iremos a sorber las gotas de rocío". Y el cisne blanco entró sintiéndose muy agradecido.

La quinta noche volvieron a llamar a su puerta; cuando la cojita del bosque fue a abrir, se encontró a una lagartija verde sin cola. Solamente se le veía un muñón donde debía estar su larga cola. Y la cojita le dijo: "Entra, entra, lagartijita y quédate con el cisne, el negrito, el osezno, el cachorro y conmigo hasta la luna llena; así ya somos seis los que iremos a sorber las gotas de rocío". Y la lagartijita verde entró, sintiéndose

dose muy agradecida.

La sexta noche volvieron a llamar a su puerta; cuando la cojita del bosque fue a abrir, se encontró a un enanito con un pie envuelto en vendajes. Y la cojita le dijo: "Entra, entra, pobrecito enanito y quédate con la lagartija, el cisne, el negrito, el osezno, el cachorro y conmigo hasta la luna llena; ahora ya estamos los siete completos para poder ir a sorber las gotas de rocío sanador". Y el enanito entró, sintiéndose muy agradecido.

Por fin, tenía la cojita del bosque a otros seis enfermos, además de ella, como le había dicho la señora al pie de la escala de plata.

Pero la última noche, volvieron a llamar a su puerta, y cuando la cojita del bosque fue a abrir, se encontró con una viborita de agua con una herida en el cuello donde la había mordido un pez.

Y la cojita se quedó callada durante un momento, pues si la invitaba a que se uniera a los demás, sobraría uno. Sin embargo, se sintió tan apenada por la viborita que le dijo: "Entra, entra viborita, pobrecita. Pasa la noche con el enano, la lagartija, el cisne, el negrito, el osezno, el cachorro y conmigo. Mañana, cuando salga la luna llena, iremos todos a ver si podemos sorber una gota de rocío". Y la viborita entró, sintiéndose muy agradecida. A la noche siguiente, con la luna llena, se fueron todos juntos por el bosque hasta el pie de la escalinata de plata, donde volvieron a encontrar a la hermosa señora. La señora ayudó a cada uno a subir los peldaños de plata, y cuando acabaron de subir, se encontraban en la Tierra del Cielo Cantador.

Tenue y suave escuchaban el canto más dulce que jamás hubieran oído. Crecían estrellas en los campos como si fueran flores, y cada estrella cantaba. Niños cantores, volaban entre las estrellas cantadoras, batiendo alas rosadas. Y la cojita del bosque se quedó admirada y pensó: "¡Qué hermoso sería po-

der volar así! "

La hermosa señora los condujo hasta la fuente del rocío sanador, y le dijo a la cojita del bosque: "Pon tus manitas, cojita del bosque, para que en ellas caigan las gotitas de rocío sanador que ostentan los colores del arco iris."

Se acercó la cojita del bosque y estiró sus manitas para recoger en ella las gotas de rocío de los colores del arco iris. Siete gotitas cayeron en sus manitas. Entonces, la hermosa señora dijo: "Solamente hay siete gotas y ustedes son ocho. ¿Quién se quedará sin gota de rocío?" La cojita del bosque se volvió y lentamente contempló a la viborita de agua, con la herida en la garganta; al enanito con su pie vendado; a la lagartija verde sin cola; el cisne blanco arrastrando su ala; el negrito con su brazo en un cabestrillo; al osezno con su hinchada y dolorosa nariz; al cachorro con su pata infectada por una espina. Y sintió que no podía negarle una gota de rocío a ninguno de ellos. Suspirando le dijo a la hermosa señora: "Yo no tomaré la gota de rocío".

Extendió entonces sus manitas a la viborita de agua y ésta sorbió una de las gotitas. Inmediatamente sanó de la herida en su garganta. La viborita de agua le dio las gracias a la cojita del bosque.

Luego extendió sus manitas al enanito quien sorbió otra de las gotitas, y al instante su pie lastimado sanó. El enanito le dio las gracias.

Extendió sus manitas a la lagartija verde sin cola y ésta sorbió otra de las gotitas y al instante le creció una hermosa cola nueva. La lagartija verde le dio las gracias.

Luego extendió sus manitas al cisne blanco, y éste sorbió una gotita. Inmediatamente sanó el ala que había arrastrado antes. El cisne blanco le dio las gracias.

Extendió, entonces, sus manitas al negrito y éste sorbió otra

de las gotitas y al instante sanó su brazo roto, el negrito le dio las gracias.

Extendió luego sus manitas al osezno y éste sorbió una gotita y al instante le dejaron de doler las picaduras de abeja y su nariz quedó de tamaño normal. El osezno le dio las gracias.

Por último, extendió sus manitas al cachorrito de león y el leoncito sorbió la última gotita y al instante se alivió de su patita infectada. El leoncito le dio las gracias.

La cojita del bosque miró sus manitas. Se habían acabado todas las gotitas de rocío sanador que ostentaban los colores del arco iris. La hermosa señora la llamó y le dijo:

"Ven a bailar conmigo"

Y la niña le contestó tristemente: "Lo siento mucho, no puedo bailar porque soy coja".

Pero la hermosa señora repitió: "¡Anda, inténtalo!"

La cojita del bosque alargó su manita y tomó la que la hermosa señora le ofrecía. En ese momento, el rocío de la fuente cayó sobre ella mojándola, y comenzaron a bailar. Se dio cuenta de que podía bailar y correr y brincar, igual que antes que se cayera del árbol. Ya no estaba coja.

Cuando por fin dejó de bailar, se dio cuenta que la viborita de agua, el enanito, la lagartija verde, el cisne blanco, el negrito, el osezno y el leoncito ya no estaban allí. Tampoco estaban ni la luna ni su escalinata de plata.

"¿Ahora cómo hago para regresar a casa? Ya no está la escalina de plata", exclamó.

Y la hermosa señora se acercó sonriendo y le dijo: "¿Porqué no usas tus alas?"

La niña se volteó a ver tras de sí y vio que ella también tenía alas rosadas como los niños felices que viera revolotear cuando llegó. Conforme las extendía, oyó que la hermosa señora

le decía: Ahora podrás venir todas las noches a la fuente de rocío querida niña. No necesitas esperar hasta la luna llena ni la escala de plata de la luna, porque ahora ya tienes tus propias alitas".

La niña voló alegremente hasta su casita del bosque cubierta de hiedra. Dobló cuidadosamente sus alas y entró.

A la siguiente mañana, corrió a bailar y brincar con los demás niños nuevamente.

EL ARBOL QUE SOÑO UNA FLOR

Había una vez un arquero, que vivía entre las estrellas, y cuyas flechas no causaban heridas, sino amor por todas las cosas buenas y bellas.

Un día tiró una flecha que cayó en la Tierra en una ladera fría y desnuda de una montaña, donde nunca antes había crecido planta alguna. Las plumas de la flecha se hicieron raíces y la flecha creció hasta convertirse en árbol. Este árbol fue el primer pino.

El árbol creció recto y erguido, apuntando a las estrellas. Conforme las veía, las amaba, porque eran buenas y bellas. Así es que cada día crecía más alto, pues siempre deseaba alcanzarlas.

Las piedras de ese lugar desolado se habían alegrado mucho de que el pino creciera entre ellas, pero cuando lo vieron siempre añorando las estrellas, temieron que se fuera hasta ellas.

Entonces, las piedras le dijeron:

"No te olvides de nosotros, querido pino. Está bien que ames tanto las estrellas, pero por favor, quiere a la tierra también un poquito. "

El pino las oyó, y mirando hacia abajo sintió pena por las rocas prisioneras de la tierra y mandó a sus raíces que se hundieran más profundamente y las abrazaran. Sentía ya un poco de amor hacia la tierra y las rocas, sin dejar de amar el cielo y las estrellas.

Los animalitos que vivían en la fría y desnuda ladera, necesitaban sombra y protección, y le dijeron al pino:

"Querido pino, no te olvides tampoco de nosotros. Nos da gusto ver tu cabeza erguida hacia las estrellas, pero ¿no quisieras bajar tus brazos un poquito hacia la Tierra y brindarnos sombra y protección?.

Los escuchó el pino, y sintió pena por los animalitos de la ladera; dejó que sus brazos bajaran hasta que los más bajos acariciaban la tierra con sus dedos extendidos. Y los animalitos de la ladera se escondieron bajo las ramas muy agradecidos, y ahí encontraron refugio de las tormentas, y calor cuando las noches estaban frías.

Ahora, con su tronco recto, sus ramas colgantes, y la punta dirigida hacia las estrellas, mostraba el pino, por su misma forma, que era una flecha convertida en árbol.

Y aprendió a amar a la Tierra más y más, y a llevar más y más minerales del subsuelo en su savia, hasta que por fin quedó envuelto en una corteza, y su madera tenía cada vez menos suavidad de planta y más dureza.

Donde había dejado caer sus hojas aguzadas sobre la tierra, el terreno se fue haciendo más rico cada vez, de manera que musgos y plantitas pequeñas comenzaron a crecer, y poco a poco fueron más y mayores las plantas que empezaron a cubrir la antes desnuda ladera. Plantas acuáticas empezaron a crecer en las charcas que la lluvia dejaba entre las rocas. Entre éstas, había una mata de lirio acuático que miraba amorosamente al pino y escuchaba encantada y con añoranza cuan-

do éste les hablaba de las estrellas a las piedras y a los animalitos que se cobijaban bajo sus ramas.

Se les hacía como un cuento de hadas, ya que las piedras, prisioneras de la tierra, no podían ver el cielo; y los animalitos que caminaban en cuatro patas, no podían levantar la cabeza lo suficientemente alta para ver las estrellas. Y los musgos y las piedras, los animalitos y la planta de lirio acuático suspiraban:

"¡Ay! ¡Si una estrella pudiera bajar y viviera entre nosotros!"

El pino se preguntaba cómo podría ésto llegar a ser. Hubiera querido que los musgos y las piedras, los animalitos y todos compartieran su alegría admirando la bondad y la belleza de las estrellas. Hasta que a la noche, tuvo un sueño.

En el sueño, se veía pronunciando unas palabras mágicas que iban directamente a una estrella. La estrella venía hacia la tierra en una curva incandescente semejante a una chispa desprendida del cielo y entraba en su savia. De repente, por la corteza de una de sus ramas, rompió una estrella, encerrada en un capullo; y el capullo se abrió en una exquisita y delicada flor de suaves pétalos de tenues colores. Y esa flor era la cosa más hermosa que hubiera nacido sobre la Tierra.

Todo esto sucedió hace mucho, mucho tiempo, cuando la Tierra era todavía joven, y nunca había habido flores en la Tierra. Así es que el sueño del pino fue el primer sueño acerca de una flor.

Y la planta de lirio acuático, mirando con amor y maravilla al pino, vio las hermosas imágenes del sueño del pino retratadas en el aire en su derredor.

Cuando el pino despertó, recordó lo que había soñado. Recordó también las palabras mágicas que había pronunciado en sueños y se dijo:

"¿Es entonces ésta la forma de hacer descender a una estrella a la Tierra? ¿Se volverá mi sueño realidad?"

Repitió en alta voz las palabras mágicas que llamaban poderosamente a que una estrella viniera a la Tierra. Y la mata de lirio que lo miraba con amor y admiración, oyó cómo pronunciaba las palabras mágicas.

Tal como sucedió en su sueño, se desprendió una estrella que parecía una chispa encendida y que curvándose llegaba a la Tierra y entraba en la savia del pino. Y, tal como sucedió en el sueño, por la corteza de una de sus ramas rompió una estrella, envuelta en un capullo. Y el pino temblaba de felicidad, y la mata de lirio, mirando al pino con amor y admiración, temblaba de felicidad por él.

Pero lo que sucedió después, no pasó como el pino lo había soñado. La dureza y rigidez de la madera del árbol entraron en el capullo, haciéndolo leñoso. Pendía de la rama como una piedra y era del color de las piedras. Cuando se abrió, no tenía pétalos tiernos y delicados de tenues colores, como la exquisita flor que soñara, sino escamas gruesas y duras. No era una flor verdadera; era un cono del pino.

El pino exclamó angustiada: "¡Nunca podré realizar mi sueño! Tengo demasiada dureza en mi savia".

Y estaba tan apesadumbrado, que empezó a llorar. Llorando estaba cuando oyó una dulce voz que lo consolaba.

Buscó la voz y vio que era la mata de lirio acuático que crecía en el charco que la lluvia había formado entre las rocas.

Le decía la planta de lirio:

"No llores querido pino. Has hecho algo nuevo y maravilloso. Le has enseñado a las estrellas cómo pueden convertirse en flores. Si tú y las demás plantas me lo permiten, trataré de hacer que tu sueño se vuelva realidad".

El pino se enjugó las lágrimas y respondió: "Con mucho gusto".

Entonces, la planta de lirio acuático pronunció las palabras mágicas que había aprendido del pino, llamando insistentemente para que una estrella viniera a la Tierra. Y bajó una estrella curvándose cual chispa celeste y entró en la savia de la planta del lirio acuático.

No había dureza en la savia del lirio, porque sus raíces están en el agua, y toda la planta era suave y tierna. Surgió un tallo entre sus hojas, levantando a la estrella en alto, envuelta en un suave capullo. Y el tierno capullo se abrió en una flor de suaves raíces y tiernos pétalos, tan hermosa como la flor del sueño del pino. Y ésta fue la primera flor verdadera. La primera flor verdadera fue un lirio. Y como la estrella que había entrado en la savia de la planta de lirio era una estrella de seis puntas, el lirio tenía seis pétalos.

Así como la planta de lirio, con amor y admiración, había aprendido del árbol de pino, así aprendieron otras tiernas plantas cómo llamar estrellas del cielo y convertirlas en flores.

Y el árbol de pino estaba contentísimo de que su sueño se había convertido en realidad.

Y la flor del lirio le dijo: "Querido pino, mientras era yo una estrella entre las estrellas, oí una profecía antes de venirme a la Tierra. La profecía fue ésta: Por haber sido tú el primero que deseó traer una estrella a la Tierra, y hacer que nacieran las flores, y porque deseabas dar este hermoso regalo a las piedras y a los animalitos, llegará el tiempo cuando, una vez por año, te veas cubierto desde la base hasta la punta con estrellas y flores, con regalos y velas encendidas. Así como las pequeñas criaturas de la montaña te aman ahora, así te amarán los niños del mundo. ¡Serás el árbol más y más amado en todo el mundo!"

Y así fue como la flecha del Arquero llegó a ser el Arbol de Navidad.

EL ARBOL ENCANTADO

Silvia se encontraba en el jardín ayudando a su madre a recoger las semillas maduras cuando, deteniéndose súbitamente en sus labores, preguntó a su madre:

"Madre mía ¿cómo es posible que crezca una planta de ésta semillita tan pequeña?"

Sonriendo, su madre le contestó:

"Eso es algo que tal vez pudiera mostrarte el Hada de los Arbustos".

"Hada de los Arbustos, ¿no me podrías mostrar cómo es que nace una planta de una semilla tan pequeña? ¿Por favor?"

Y el Hada de los Arbustos salió de entre el follaje, llevando una flor azul en la mano. Le dijo a Silvia:

"Procuraré hacerlo Silvia. ¡Cierra los ojos!"

Silvia cerró los ojos, y el Hada de los Arbustos los tocó con la flor azul. Cuando volvió a abrirlos, la tierra se había hecho tan clara como el cristal, de modo que podía ver dentro de ella; los tallos de las plantas parecían fuentes de agua verde, y de las flores salían destellos fulgurantes de colores. El aire estaba lleno por doquier de pequeños arco iris flotantes, y pequeños relámpagos multicolores se veían en derredor de las abejas y de las mariposas.

Entonces el Hada de los Arbustos dijo suavemente:

"Gnomos de la Tierra, ¿podría Silvia ver cómo hacen un árbol?"

De la transparente tierra, y justo a los pies de Silvia, salieron pequeños caballeros portando brillantes armaduras. Buscaron en derredor, y su jefe preguntó:

"¿Dónde está Silvia? ¡Me supongo que todavía no cumple

siete años!"

A lo que Silvia respondió:

"Cumpliré siete años el último día del año".

Moviendo afirmativamente la cabeza replicó:

"A nosotros nos es imposible ver a los niños sino hasta después que han cumplido siete años. Dame tu semilla, Silvia, y te mostraremos cómo crece un árbol encantado".

Silvia se agachó y le entregó la semilla. El la puso sobre la tierra. Los pequeños caballeros se hundieron en la tierra nuevamente y elevando sus manos, dijeron a coro:

"¡Llega hasta donde estamos, semillita!"

La semillita se hundió lentamente en la tierra hasta donde estaban y un fuego verde encantado empezó a arder en su derredor y la puntita blanca de la raíz empezó a crecer. Los caballeritos se hundieron todavía más y elevando sus manitas dijeron a coro:

"¡Crece hasta donde estamos, raicita!"

La raicita se estiró, buscando la manera de llegar hasta ellos entre las piedras de cristal. Los caballeritos llenaron sus manos de transparente leche de la tierra y dieron de beber a la raíz.

Conforme la raíz bebía, empezó a crecer un tallo de la punta de la semilla. Los caballeritos subieron a la superficie, juntándose encima del tallo, cantaron a coro:

"¡Crece hasta donde estamos, tallito!"

Y el tallito creció atravesando la tierra cristalina y salió a la luz. Sobre la superficie de la tierra extendió dos hojitas y entre ellas crecía un recto tallito.

Entonces el Hada de los Arbustos dijo suavemente:

Pequeñísimas sirenas, que habían estado nadando en las go-

tas de rocío, se juntaron en derredor del tallo verde y se pusieron a nadar en derredor murmurando todas juntas:

"¡Crece erguido, pequeño tallo, hacia la luz solar! Que del tallo crezcan las hojitas!"

El tallo se hizo más alto y hojitas empezaron a salir. Las sirenitas trajeron gotas de rocío que bebieron las hojas.

"Hadas del Aire ¿podrías mostrarle a Silvia cómo crece un árbol encantado?"

Y las Hadas aladas que habían estado persiguiendo a los pájaros, llegaron volando y el aire en su derredor era como un fuego misterioso con el que alimentaban las hojas y cantando a coro decían:

"¡Crece, árbol encantado! ¡Y que broten los capullos!"

La planta siguió creciendo, hasta que la coronó el capullo de una flor.

Entonces el Hada de los Arbustos dijo suavemente:

"Hadas del Fuego, ¿Podrías mostrarle a Silvia cómo crece un árbol encantado?"

Pequeñísimas haditas que andaban montando las abejas y las mariposas, llegaron prestamente al árbol encantado y revoloteando en derredor del capullo de la flor, susurraban al unísono:

"¡Que se abra la flor! ¡Que madure la fruta!"

Y con su calor, la flor se abrió, rizando sus pétalos hacia atrás, permitiendo que los granos de polen cayeran en la caja de las semillas. Con su calor, esa cajita creció hasta hacerse una fruta madura que se abrió para mostrar las semillas que tenía dentro, listas para esparcirse. El Hada de los Arbustos, tomando una de las semillas se la obsequió a Silvia.

Silvia le dio las gracias a todas las Hadas y a todos los Gno-

mos, y corriendo hasta donde se encontraba su madre, le enseñó la semillita que el Hada le había obsequiado. Con mucho cuidado la sembró en un lugar escogido de su jardincito, marcando el lugar con un círculo de piedrecillas blancas. Se sentía tan feliz, como si le hubieran hecho un regalo muy especial.

Y en realidad, se lo habían dado.

LAS ESTRELLAS GEMELAS

La Reina de las estrellas se llamaba Urania. Había tenido muchos hijos, todos con una estrella en la frente. Todos, exceptuando a dos, eran mayores y habían dejado el palacio donde nacieron para reinar en una estrella propia. Las dos últimas eran hermanas gemelas: la Princesa Alegre y la Princesa Helia. Alegre era fuerte, sonrosada e inquieta, mientras que Helia era paliducha y tranquila, pero se querían entrañablemente y no podían estar alejadas la una de la otra.

Un día, la inquieta Princesa Alegre le dijo a su hermana:

"Helia, ¡Acompáñame al País de la Oscuridad!"

Helia, temerosa, temblando, le replicó:

"Alegre, ¡Por favor! ¡Ni siquiera digas que quieres ir a ese terrible país!" Alegre le contestó:

"Pero Helia, estoy decidida a liberar a esa pobre gente de la Bruja Ambiciosa".

Entonces las Princesas Estrellas fueron a buscar a su madre y le comunicaron los deseos de Alegre. La Reina Urania les dijo:

"Es correcto que Alegre vaya al País de la Oscuridad para tratar de liberar a los esclavos de la Bruja Ambiciosa, pero Helia es demasiado delicada para emprender algo tan difícil. Mis queridas hijas, ha llegado la hora en que debéis separaros".

Las princesas estaban muy tristes de pensar en separarse, pero la Princesa Alegre estaba tan convencida de la necesidad de ir a liberar a los esclavos de la bruja, que sabía que debía partir. Así es que un día se despidió de su madre y de su querida hermana Helia, y vistiendo sus ropas de luces estelares y con su estrella en la frente, salió de viaje llevando consigo dos monedas de oro estelar.

Cuando llegó a la orilla del Mar del Nunca Cielo, encontró un barco y le pidió al capitán que la llevara al País de la Oscuridad y le daría una moneda de oro estelar.

Mientras navegaban, se desató una tormenta a media noche que hizo al capitán temer por la seguridad de la nave. La Princesa Alegre se colocó en la proa de la embarcación y, con la luz de la estrella de su frente y la que irradiaba su vestido de luces estelares, pudo guiar a la nave hasta llegar a salvo a las playas del País de la Oscuridad.

Triste en verdad era el País de la Oscuridad. La Bruja Ambiciosa hacía que todos los habitantes trabajaran en las minas bajo la tierra en busca de piedras preciosas. La bruja vivía en la Caverna Lúgubre en donde había acumulado miles de miles de millones de joyas, pero nunca se sentía satisfecha. Entre más joyas encontraban sus esclavos, más quería que encontraran.

Cuando Alegre echó a andar por el País de la Oscuridad, los esclavos de la Bruja Ambiciosa, de piel ennegrecida y cubiertos con capas y capuchones también negros, plenos de cansancio y de miseria, apenas si podían admirar a la Princesa reluciente con la estrella en la frente y las ropas de luces estelares.

Algunos la veían con admiración; otros trataban de arrebatarle la estrella o la indumentaria. Con su segunda moneda de oro estelar, la Princesa compró una capa y un capuchón negros y cubriéndose muy bien los vestidos y calándose el capuchón para que le taparan el fulgor que despedía, pudo proseguir su camino tranquilamente, sin que nadie sospechar-

ra lo que la capa y el capuchón encubrían.

Caminó resueltamente hasta la Caverna Lúgubre y a tientas penetró en su interior. Al dar vuelta a un recodo se topó con la Bruja Ambiciosa que se envanecía mirando los montones de joyas que brillaban y relucían iluminando la oscuridad de la caverna.

Antes de que la Princesa emprendiera el viaje, la Reina Urania le había dicho cuáles eran las palabras mágicas que debía pronunciar para que la Bruja Ambiciosa no pudiera hacerle ningún daño, pero la Princesa se encontraba tan envuelta con la capa y el capuchón que de momento olvidó las palabras mágicas y fue entonces la Bruja Ambiciosa la que habló primero cuando la sorprendió la Princesa, y la convirtió en araña:

*"Tejer... tejer... tejer
Muchos kilómetros de tela
Con ellos mis joyas voy a envolver
Tú quedarás en el rincón haciendo tela
Tejer... tejer... tejer..."*

En el palacio de la Reina Urania había una galería encantada de los retratos de todos sus hijos enmarcados en oro. Mientras estos se encontraban bien, los retratos sonreían y cantaban, pero si no estaban bien, los retratos lloraban.

La Princesa Helia pensaba en su hermana Alegre constantemente, y tres veces al día iba a ver su retrato para asegurarse que todo estaba bien. En un principio, el retrato sonreía y cantaba, pero en esa ocasión, Helia lo encontró llorando.

Corrió Helia a la Reina Madre y le dijo:

"¡Madre, algo terrible debe haberle acontecido a mi hermana Alegre! ¡Debo ir en su ayuda!"

La Reina replicó:

Podrías morir en la empresa, Helia. ¡No es cualquier cosa ir al País de la Oscuridad!

Pero Helia insistía:

"¡Debo ir a ayudar a Alegre!"

La Reina Urania se levantó y fue a ver el retrato de Alegre. En cuanto la vio llorando dijo:

"La Bruja Ambiciosa la ha hechizado. Debes ir, Helia, pues solamente tú podrías salvarla. Pero, si te pusieras una capa y un capuchón negros, te podría hechizar la bruja a tí también. Te daré entonces una capa y un capuchón de aire azul oscuro con los que cubrirás tus ropas y la estrella de la frente".

La Reina le enseñó a su hija las palabras mágicas que harían impotente a la bruja, y otras palabras mágicas que rompieran el hechizo de su hermana. Helia se despidió de su madre, y tomando su capa y capuchón de aire azul oscuro y una moneda de oro estelar, se fue en busca de su hermana.

Cuando llegó a la orilla del Mar del Nunca Cielo, encontró un barco, pero era demasiado tímida para pedirle al capitán que la llevara al País de la Oscuridad. Puso entonces la moneda de oro estelar sobre la cubierta de la nave, y ella se perdió entre el velamen, cubierta con su capa de aire azul oscuro.

En alta mar, se desató una tormenta que hizo al capitán temer por la seguridad de la nave. Entonces Helia se quitó la capa y el capuchón y desde la punta del mástil guió la embarcación hasta llegar a salvo a las playas del País de la Oscuridad.

Se cubrió Helia nuevamente con la capa y el capuchón y echó a andar resueltamente hacia la Caverna Lúgubre. La encontró y entró en ella. Conforme avanzaba por la caverna, ésta se hacía cada vez más oscura hasta que, a tientas, al dar la vuelta a un recodo vio que la Bruja Ambiciosa estaba sentada envolviendo sus montones de joyas en tela de araña.

Entonces Helia se despojó de su capa y capuchón y su vestido de luz estelar y la estrella en su frente brillaron mucho más intensamente que las joyas de la bruja.

La bruja se volvió alarmada, pero antes de que pudiera pronunciar su hechizo, Helia pronunció claramente las palabras mágicas que la harían impotente. En cuanto la bruja la escuchó, cayó de rodillas ante ella y le pidió misericordia.

Helia le preguntó severamente:

"¿Dónde está la Princesa estrella que embrujaste?"

La bruja señaló humildemente hacia el rincón donde estaba la arañita negra tejiendo kilómetros de tela de araña.

Se dirigió Helia al rincón y pronunció las otras palabras mágicas dulcemente. En cuanto las hubo pronunciado, la araña negra se convirtió en su hermana la Princesa Alegre y ambas se abrazaron con cariño.

Libertaron a todos los esclavos del País de la Oscuridad y dividieron entre ellos todas las joyas de la Caverna Lúgubre. La Bruja Ambiciosa les suplicó humildemente:

"Por favor, llévenme con ustedes al otro lado del Mar del Nunca Cielo para que la Reina de las Estrellas me enseñe cómo ser buena".

Regresaron al palacio de la Reina Urania llevándose a la bruja con ellas. Cuando la Reina hubo escuchado su relato, dijo:

"Nunca más necesitáis separaros, queridas hijas mías, ya que os daré estrellas gemelas por reinados. Tal como guiaron a las embarcaciones a salvo hasta la otra orilla del mar, sus estrellas gemelas harán lo mismo".

Así es como la inquieta Princesa Alegre y la dulce Princesa Helia nunca más se separaron. Hasta la fecha podemos verlas en el firmamento, así como a las estrellas adonde reinan. Esas estrellas se conocen por el nombre de las Gemelas del Cielo.

EL REY PARLANCHIN

Erased un Rey que hablaba tanto que se le conocía por el sobrenombre del Rey Parlanchín.

"Majestad, los que hablan demasiado se exceden. Alguna vez tendrán que lamentarlo".

"La próxima vez que por hablar demasiado ocurra algún mal, avísame", le dijo.

Una tortuga tenía su madriguera en el lodo de una charca, en las colinas.

Dos gansos salvajes llegaron a esa charca.

Conocieron a la tortuga nadando en la charca. Se hicieron amigos.

Llegó el tiempo en que los gansos salvajes tenían que emigrar. Le dijeron a la tortuga:

"Amiga Tortuga, quisiéramos que no nos separáramos. ¿Por que no te vas con nosotros?"

"¿Qué tan lejos van?" preguntó la tortuga.

"Hasta el otro lado de las llanuras".

"Es demasiado lejos para mí", dijo la tortuga. "Soy muy lenta caminando".

"No tendrías que caminar", le replicaron los gansos. "Puedes volar con nosotros".

"Pero no tengo alas", dijo la tortuga.

"No necesitas alas", le dijeron sus amigos. "Buscaremos una fuerte rama de la que te agarrarás con la boca. Cada uno de nosotros llevará el extremo de la rama en el pico al volar".

"Me gustaría hacerlo", dijo la tortuga.

Entonces los gansos salvajes buscaron una rama adecuada. Cada uno de ellos la sostuvo de un extremo en su pico. La tortuga mordió en el centro de la vara y los gansos se echaron a volar.

Los gansos salvajes vuelan rápido. El viento pasaba silbando. Pronto habían salido de las colinas y volaban sobre la llanura.

En la llanura estaba la ciudad donde vivía el Rey Parlanchín.

Los centinelas vieron a los gansos aproximarse. Vieron a la tortuga que pendía de la rama.

"¡Miren! ¡Miren! ¡Una tortuga en el aire! Jamás se había visto una tortuga volar".

"¡Y jamás lo volverán a ver!" les gritó la tortuga.

Para hacerlo tuvo que soltarse de la rama. Cayó y cayó y cayó hasta estrellarse contra las piedras del patio del rey.

El Rey Parlanchín se asomó a ver lo que quedaba de la tortuga.

El sabio fue con él.

El Rey Parlanchín preguntó al sabio:

"Sabio Señor ¿qué fue lo que la hizo caer?"

"Majestad" dijo el sabio, "en broma me dijiste que te avisara la próxima vez que viera que algo malo sucediera por hablar demasiado. Esta es la muestra. La tortuga habló demasiado y encontró este triste fin".

"¿Así es que la tortuga era también una Reina Parlanchina?" dijo el Rey Parlanchín. "Veo que debo enmendar mis errores".

Y trató tanto de corregir sus errores que perdió el sobrenombre.

Con el tiempo llegó a ser un sabio rey que hablaba únicamente en el momento debido.

EL TESORO DORADO

Hace mucho tiempo, según dice una antigua leyenda, había un puerto muy activo en Holanda llamado Stavoren. Los barcos se hacían y regresaban de la mar de todas partes del mundo, trayendo mucha riqueza y muchos tesoros a la gente que vivía allí. La familia más rica tenía una hija única. Tenía muñecas y juguetes de todas clases y hermosas ropas que usar, pero nunca estaba satisfecha deseando siempre tener más.

Cuando esta niña creció, tenía más barcos que nadie y vivía en la mansión más hermosa de Stavoren. Pero ni aun así estaba contenta. Era egoísta y mala. La gente la llamaba "la Dama Orgullosa".

Una noche se desencadenó una tormenta haciendo que las embarcaciones se refugiaran en el puerto.

Sola en su mansión estaba sentada la Dama Orgullosa oyendo el viento soplar en las ventanas y quejarse en las chimeneas, cuando alguien llamó insistentemente a su puerta.

Entró un extraño que era capitán de navío.

"¿Qué os trae en una noche como ésta? preguntó la Dama.

"Durante años he navegado los grandes mares" contestó. "Siempre he oído decir que vuestros navíos son los mejores. Esta noche la tormenta me obligó a buscar refugio, y aprovecho la ocasión para venir a pedir un favor. Me gustaría navegar en uno de vuestros barcos adonde tuvierais a bien enviarme".

Por ser la dama tan avara e injusta le era difícil encontrar hombres que quisieran entrar a su servicio. Le había impresionado el capitán así como su franca manera de ser.

"Mi barco más nuevo y mejor es el Tesoro Dorado; se encuentra anclado en espera de un capitán, le dijo. "Dicho capitán deberá ser un hombre que navegue los siete mares a sitios donde nadie haya navegado previamente, y me deberá traer lo que sea lo más precioso en el mundo".

Mientras la tormenta se abatía en el exterior, el capitán guardaba silencio. Y por fin, dijo lentamente: "Si vos me confiarais al Tesoro Dorado, navegaría todos los mares y océanos, hasta encontrar lo que fuese más precioso sobre la tierra y os lo traería de regreso".

"Entonces, haceos a la mar mañana mismo" ordenó.

A la siguiente mañana, el Tesoro Dorado levó anclas y después de muchas semanas llegaron a un lugar en donde se hacían preciosos trabajos de cristal. Los expertos vidrieros hacían esferas de muchos colores, que daban la impresión de ser tan ligeras que parecía que flotarían en los aires como otros tantos globos.

El capitán pensó cuán hermosas se debían ver en la casa de la Dama. Pero tal vez aún encontrara algo más precioso en otras lejanas tierras, así es que se hizo a la vela para buscar más.

Pasaron muchos meses en el mar y por fin, el Tesoro Dorado llegó a un país donde las gentes vestían túnicas de seda, bordadas con fieros dragones. Relucientes sedas llenaban las tiendas y para los niños había muñecos tan reales que casi parecían niños también.

El capitán y los marineros quedaron maravillados. Entonces el capitán recordó que la señora había tenido puesto un rico vestido de seda y como no tenía niños quienes pudieran amar las muñecas, se volvió a hacer a la mar con las manos vacías.

El clima se volvía más cálido y cuando por fin se les había

acabado el agua de a bordo con la que pudieran apagar la sed, el Tesoro Dorado entró en una pacífica bahía. Una corriente de agua dulce desembocaba en la bahía y árboles de frutas raras se encontraban en sus alrededores, tales como plátanos y cocos. Estos serían tesoros que rebosarían los platos de plata de la dama, pero tal vez hubiera algo más precioso más adelante, así es que nuevamente se hicieron a la vela

Navegaron durante muchas semanas sin avistar tierra. El mar inacabable les rodeaba. Los alimentos escaseaban a bordo del Tesoro Dorado, y los marinos estaban hambrientos y enfermos.

Por fin, llegó el día en que el vigía gritó: "¡Tierra a la vista!" y al día siguiente el Tesoro Dorado navegaba por un anchuroso río. En ambas orillas había campos inacabables de dorado trigo. Donde hay trigo, hay pan. ¡Los hambrientos marinos volverían a comer!

El capitán hacía correr los dorados granos por sus manos. Esto era lo más precioso del mundo, pues daría alimento a la gente hambrienta de todo el mundo.

Llenó su barco con costales de trigo hasta que ya no cupo más. Se hizo a la vela rumbo a Stavoren con la carga más preciosa del mundo.

Durante tres años, la dama había ido a la orilla del mar a ver si veía al Tesoro Dorado aproximarse. Soñaba con la inmensa riqueza que le traería, sin fijarse que había mucha gente pobre y hambrienta en el pueblo. ¡Hasta que por fin una mañana apareció el navío entre la bruma!

En cuanto atracó la nave, le gritó al capitán: "¿Qué me habéis traído?"

"Oro", respondió. "Trigo dorado... toneladas y toneladas... es lo más precioso del mundo".

La dama se asomó a la bodega de la nave. ¡No había joyas, ni pieles, ni sedas, ni oro, ni plata, únicamente una montaña de costales! ¡Cómo osáis llamar a esto precioso? Tiradlo por la borda. ¡Tiradlo absolutamente todo!

"Es trigo, pan para los hambrientos", replicó el capitán.

"Hambrientos en verdad", replicó. ¡Yo no estoy hambrienta ni lo estaré nunca! ¡Arrojadlo por la borda!"

Aunque la gente del pueblo le suplicaba que no lo hiciera, uno por uno fueron arrojados los sacos de trigo al mar donde se hundieron hasta el fondo. Cuando la dama buscó al capitán, éste había desaparecido.

Pasó el tiempo y la leyenda nos dice que el trigo empezó a germinar. Creció hasta que los tallos sobresalían de la superficie del agua, ondeando al influjo del viento y de la marea, pero no dio fruto. Eran plantas estériles. Aún peor, el trigo detenía arena y lodo, de manera que la Bahía de Stavoren se azolvó y los navíos ya no pudieron usarla.

Los dueños de barcos y los mercaderes se fueron a otros puertos y los obreros y los comerciantes los siguieron. La poca gente que se quedó cada día era más pobre. Finalmente, aún la Orgullosa Dama tuvo que abandonar el lugar. Muchos de sus barcos se habían perdido en alta mar. Había vendido todos sus tesoros para procurarse alimento. No quedaba nada de su gran fortuna. Tan pobre y hambrienta como los demás, cargó sus escasas pertenencias sobre una carretilla y se fue de aldea en aldea buscando pan y abrigo.

A menudo pensaba en los sacos de trigo que había ordenado que se arrojaran al mar. Entonces tenía abundante pan y no tenía hambre, pero ahora carecía de él y se moría de hambre.

El sol se ponía en un dorado atardecer cuando iba pesadamente haciendo su entrada en un pueblecito. Viendo a un hombre en el umbral de una puerta se acercó a pedir limos-

na. Conforme se acercaba a él pensó reconocerle. ¿Se trataba de alguien a quien había conocido antes? De pronto estuvo cierta. Humildemente dijo: "Debí haber dado el trigo que vos trajisteis a los hambrientos".

El capitán asintió con la cabeza. "Ahora sabéis que no hay nada más precioso en el mundo". Entonces le pidió que entrara en su casa y le ofreció una silla cerca del fuego.

Aquí termina la leyenda, pero hasta la fecha la bahía de Stavoren está llena de arena y lodo y ninguna nave surca sus aguas.

Frans van Anrooy

EL CABALLITO DE MAR

Una noche, Juanito se encontraba ya acostado en su cama. Tenía miedo a la oscuridad y entonces acostumbraba tener una linterna eléctrica a su lado. Sin embargo, esta noche no estaba pensando en la oscuridad. Estaba muy emocionado pensando que al día siguiente iría con sus padres a la playa. Ese mismo día le habían regalado un caballito de mar para que jugara en la playa y una linterna eléctrica a prueba de agua que podía sujetar a su cinturón.

Acostado pensaba en los castillos de arena que construiría y en las olas que torearía montado sobre su caballito de mar. Con su linterna al cinto, no habría por qué tener miedo. Por fin, se quedó dormido.

Estar en la playa era mejor que lo que se había imaginado. Había muchos muchachos con quienes jugar. Hicieron un enorme castillo de arena. Conforme subía la marea, el mar amenazaba con derribarlo. Los muchachos trabajaron mucho defendiendo el castillo del mar.

De pronto pasó un carro de bomberos con la sirena al aire. Los otros niños corrieron tras el carro a ver qué pasaba, pero Juanito estaba muy ocupado combatiendo los embates del mar para seguirlos. Ya el agua del mar rodeaba el castillo y se hacía por minutos más profunda conforme subía la marea.

Poco a poco, se fue derribando el castillo bajo los pies de Juanito y éste se dejó deslizar hasta el agua. Llevado por una ola, su caballito de mar se encontraba flotando fuera de su alcance y Juanito trató con todas sus fuerzas de llegar hasta él.

Cuando empezaba a asustarse, una ola amiga le llevó su caballito de mar hasta donde se encontraba. Juanito echó los brazos al cuello de su caballito de mar y se abrazó fuertemente sobre él. Entonces oyó que su caballito de mar susurraba: "No temas. Siéntate sobre mí y sostente fuertemente. Te voy a llevar a visitar el reino de los caballitos de mar".

Al principio, se sintió Juanito nervioso, pero pronto comenzó a gozar el viaje raudo y tranquilo sobre las doradas aguas que iluminaba el sol poniente.

Después de mucho rato llegaron a una gran caverna marina donde había muchos peces y plantas de muchas clases.

"Aquí es donde viven los caballitos de mar y las sirenas", explicó la cabalgadura de Juanito. "Las sirenas nos conducirán hasta donde está el Rey".

Conforme hablaba, algunas sirenas los iban conduciendo a través del agua azul hasta el palacio del rey.

Cuando Juanito vio al rey, sintió que le embargaba el respeto y entonces hizo una caravana. Pero el rey le habló en forma cariñosa y le preguntó cómo se llamaba y de dónde venía. A lo que Juanito respondió dando su nombre y diciendo que había venido de su castillo de arena que estaba en la orilla del mar. Conforme hablaba, se dio cuenta que el rey parecía estar muy triste, y como no le gustaba ver gente triste, Juanito

le preguntó: "¿Por qué estás tan triste?"

"Estoy triste porque mi caballito de mar favorito fue hecho prisionero de la araña marina" dijo el rey moviendo tristemente la cabeza. "Nadie lo puede libertar. La araña marina vive en la oscuridad y no teme a nada ni a nadie, excepto a la luz. Pero aquí no tenemos luz".

Juanito recordó su linterna submarina que traía en el cinturón. "Yo lo rescataré", dijo, e inmediatamente montó su caballito de mar.

Pasaron bosques de algas y rocas. Juanito y su montura seguían valientemente hacia adelante. Su camino los llevaba por partes más y más oscuras del mar. De repente se encontraba una enorme araña ante ellos.

Movió sus patotas hacia Juanito, pero éste con gran presencia de ánimo esperó a poder dirigir el haz de luz de su linterna directamente a los ojos de la enorme araña. Para proteger sus ojos de la luz, el monstruo juntó todas sus patas soltando así al caballito de mar que tenía prisionero. Juanito y su caballito siguieron rápidamente al libertado prisionero que nadaba raudo hacia el palacio del Rey.

El Rey se alegró muchísimo de volver a ver a su caballito marino favorito y le dio las gracias a Juanito por haberlo salvado. "A cambio de la ayuda prestada, te concederé un deseo", dijo el Rey. "¿Cuál es tu mayor deseo?".

Juanito meditó unos instantes y dijo: "Quisiera poder regresar a casa"

"Tu deseo será cumplido", contestó el Rey. "Viajarás en un rayo de luna".

"Pero a mí no me gusta la oscuridad... y tampoco la luz de la luna...", dijo Juanito nerviosamente.

El Rey lo tomó de la mano. "Cuando venciste a la araña, te

olvidaste de tu temor a la oscuridad. Ya nunca más te dará miedo".

Y era verdad. Durante el largo viaje de regreso al hogar en el rayo de la luna, con la oscuridad en su derredor, nunca sintió miedo. Al contrario, era muy agradable para Juanito ir montado en su caballito de mar en ese mundo quieto. Iba a casa... a casa...

Juanito se despertó. A su lado se encontraba su caballito de mar de hule; y ¡hoy era el día que iban a ir a la playa! Su linterna a prueba de agua se había rodado bajo la cama, pero ni se dio cuenta porque ya se había olvidado de tener miedo a la oscuridad.

Henry van Dyke

EL RELATO DEL OTRO REY MAGO

Ustedes conocen el relato de los Tres Reyes Magos del Oriente, de cómo viajaron desde muy lejos para ofrecer sus obsequios en el pesebre de Belén. Pero, ¿han escuchado alguna vez el relato del Otro Rey Mago quien también divisó la estrella saliente, y se apresuró a seguirla, pero que, sin embargo, no llegó junto con sus hermanos a la presencia del niño Jesús? Del enorme deseo de este cuarto peregrino y de cómo le fue negado y, finalmente concedido su deseo; de su gran errabundear y de las muchas pruebas por las que pasó su alma; de su larga búsqueda, y de la extraña manera de encontrar a Aquel a quien buscaba - me gustaría contar el relato tal como lo he escuchado por fragmentos en el Salón de los Sueños, en el Palacio del Corazón del Hombre.

LA SEÑAL CELESTE

En los días en que César Augusto era el amo de muchos reyes y en que Herodes reinaba en Jerusalén, vivía en la ciudad de Ecbatana, enclavada en las montañas de Persia, cierto hombre llamado Artaban el Medo. Su casa quedaba cerca de la séptima valla exterior que circundaba al tesoro real. Desde su azotea, podía ver las fortificaciones negras, blancas, carmesí, azules, rojas, plateadas y doradas, hasta la loma donde el palacio veraniego de los emperadores partos brillaba cual joya engarzada en corona de siete cuerpos.

En derredor a la casa de Artabán, se extendía un hermoso jardín con macizos de flores y árboles frutales irrigados por una multitud de arroyuelos del Monte Oronte; todo ésto adquiriría todavía más musicalidad por los innumerables pajariños que ahí se encontraban. Pero todo el colorido se había perdido en la suave y odorífera oscuridad de la avanzada noche septembrina, y todo sonido había cesado en el profundo encanto del silencio bajo las sombras, interrumpido por el salpicar del agua, semejante a una voz mitad llanto y mitad canto. Muy por encima de los árboles, se divisaba una tenue luz a pesar de las cortinas que cubrían los grandes arcos del aposento superior, donde el dueño de la casa celebraba consejo con sus amigos .

Se encontraba de pie cerca de la puerta para saludar a sus invitados conforme éstos llegaban. El anfitrión era un hombre alto, moreno, como de cuarenta años, de ojos brillantes acomodados un tanto juntos bajo su frente. Fuertes líneas se marcaban en derredor de sus finos labios, conjugándose el entrecejo de un soñador y la boca de un soldado, denotando un hombre de delicados sentimientos pero de voluntad inflexible. Era una de esas personas que, sin importar en qué época vivan, nacen predispuestos al conflicto interior y a una vi-

da de investigación.

Su manto era de seda blanca pura, el que portaba sobre una túnica de seda; sobre sus ondeantes cabellos usaba un gorro puntiagudo con grandes orejeras a los lados. Era el atavio del antiguo sacerdocio de los Magos apodados los adoradores del fuego.

"¡Bienvenido!" decía en su queda y placentera voz, conforme entraba otra persona en el aposento. "Bienvenido Abdus, la paz sea con vosotros Rhodaspes y Tigranes, y también contigo Abgaro, padre mío. Sean todos bienvenidos a esta casa que se llena de luz con la alegría de vuestra presencia".

En total eran nueve hombres de muy distintas edades, pero semejantes por la riqueza de su vestuario de sedas multicolores y por los enormes cuellos dorados que los distinguían como nobles partos y también por los círculos alados de oro que descansaban sobre sus pechos, que los distinguían como seguidores de Zoroastro.

Fueron tomando sus lugares, en derredor de un pequeño altar negro al final del aposento, donde ardía una pequeña flama. Artabán, de pie junto a la llama y sosteniendo unas ramitas delgadas de tamarisco sobre el fuego, que alimentaba con palitos secos de pino fragantes de resina, entonó el antiguo canto de los Yasnas, y las voces de sus compañeros se unieron a la suya en el hermoso himno a Ahura Mazdao:

*Adoramos al Espíritu Divino,
poseedor de toda sabiduría y bondad
Rodeado por los Santos Inmortales,
otorgadores de gracia y bendiciones.
Nos regocijamos en los trabajos de sus manos,
confesando su poder y su verdad.*

*Todo cuanto sea puro alabamos
por ser su única Creación
Los pensamientos verdaderos, las palabras
y hechos que han merecido aprobación.*

*Todo esto por El es sostenido
Y por lo cual le tributamos adoración.*

*Escúchanos, ¡Oh Mazda! Tú que vives
en verdad y alegría celestial
Límpianos de falsedades y guárdanos
del mal y de la esclavitud de la maldad;
Vacía la luz y la alegría de Tu vida
sobre nuestra oscuridad y tristeza.
Brilla en nuestros huertos y campos,
brilla en nuestro trabajo y pobreza,
Brilla sobre todos los hombres,
creyentes o incrédulos;
Brilla sobre nosotros durante las horas de las sombras
brilla en Tu poder sobre nosotros
Recibe la flama de nuestro amor santo
y de nuestra adoración al canto.*

El fuego subió con el canto, vibrando cual si estuviera hecho de flamas musicales, hasta que se iluminó brillantemente todo el aposento, revelando tanto su simplicidad como su esplendor.

El piso consistía de mosaicos azul oscuro marmolados con blanco; había pilastras de plata retorcida adosadas contra las paredes también azules; el piso superior, compuesto de ventanales enmarcados en arcos redondeados que tenían cortinajes también azules; el techo abovedado estaba tapizado de zafiros semejando el cielo azul por su claridad, y engarzados por estrellas de plata. De las cuatro esquinas del techo pen-

dían cuatro ruedas mágicas llamadas las lenguas de los dioses. Del lado de Levante, tras del altar, había dos pilares rojo oscuro, hechos de pórfido y, sobre ellos, un dintel de la misma roca que tenía esculpidos la figura de un cupido y la de un arquero alado, con la flecha pronta a salir disparada del arco que sujetaba en tensión.

La puerta entre los pilares daba a la terraza que formaba la azotea, lucía una pesada cortina del color de una granada madura y bordada con innumerables rayitos dorados que salían desde donde tocaba el piso. En realidad, la habitación semejaba una noche tranquila y estrellada, toda azul y plata, iluminada por el Este con la rosada promesa del amanecer. Era como debiera ser toda casa, una expresión del carácter y del espíritu del dueño.

Artabán se volvió hacia sus amigos cuando terminó el canto, y los invitó a sentarse en el diván que había en el extremo occidental del aposento.

"Habéis venido esta noche", dijo mirando en su derredor, "porque os he llamado, cual fieles seguidores de Zoroastro, a renovar vuestra adoración y a reencender vuestra fe en el Dios de la Pureza, tal cual este fuego ha sido reencendido sobre el altar. Adoramos no al fuego, sino a Aquel cuyo símbolo escogido es el fuego por ser lo más puro de todas las cosas creadas, ya que nos habla de Quien es Luz y Verdad. ¿No es así, padre mío?"

"Bien has dicho, hijo mío", replicó el venerable Abgarus. "Los iluminados nunca son idólatras. Levantan el velo de la forma y entran al altar de la realidad, donde continuamente les llegan nuevas luces y nuevas verdades por medio de los viejos símbolos".

"Escuchadme entonces, padre mío y amigos míos", dijo Artabán muy quedamente, "mientras os digo de la nueva luz y verdad que han llegado a mí por medio del más antiguo de

todos los signos. Hemos escudriñado los secretos de la naturaleza juntos, así como hemos estudiado las virtudes curativas del agua, del fuego y de las plantas. Asimismo hemos leído los libros proféticos en donde se predice el futuro vagamente en palabras difíciles de entender. Pero el más alto de los conocimientos es la sabiduría de las estrellas. El proseguir sus cursos es desenredar las hebras del misterio de la Vida desde el principio hasta el final. Si pudiésemos seguirlas perfectamente, nada se escondería ante nosotros. Pero, ¿no es todavía incompleto nuestro saber acerca de ellas? ¿No hay muchas más estrellas más allá de nuestro horizonte, luces conocidas únicamente a los habitantes en las distantes tierras del sur, que habitan donde crecen las especies y donde quedan las minas de oro de Ofir?"

Un murmullo de asentimiento se dejó oír entre quienes lo escuchaban.

"Las estrellas", dijo Tigranes, "son los pensamientos del eterno. Son innumerables. En cambio, los pensamientos del hombre pueden contarse igual que los años de su vida. La sabiduría de los Magos es la más grande de toda la tierra, porque reconocen su propia ignorancia. Este es el secreto de su poder. Mantenemos a los hombres siempre alertas esperando un nuevo amanecer; pero nosotros mismos sabemos que la oscuridad iguala a la luz y que el conflicto entre ellos jamás terminará.

"Eso no me satisface", replicó Artabán, "porque si la espera ha de ser interminable, si nunca se llegara a realizar, entonces no habría sabiduría ninguna en sólo ver y esperar.

Deberíamos ser como esos nuevos maestros griegos que sostienen que la verdad no existe y han dedicado sus vidas a descubrir y exponer las mentiras que el mundo ha creído. Pero el nuevo amanecer seguramente despuntará a su tiempo. ¿O es que no nos dicen nuestros propios libros que ésto llegará a suceder y que los hombres verán la brillantez de una

nueva gran luz?

"Eso es verdad", dijo la voz de Abgarus, "todo fiel discípulo de Zoroastro conoce la profecía del Avesta y lleva su palabra en su corazón. En ese día, Sosiosh el Victorioso se levantará de entre muchos profetas en el país del Este. En su derredor brillará una potente luz y él hará la vida eterna, incorruptible e inmortal, y los muertos resucitarán nuevamente".

"Es ése un pasaje muy oscuro", dijo Tigranes, "y es posible que jamás lleguemos a comprenderlo totalmente. Es mejor considerar las cosas del presente y aumentar la influencia de los Magos en su propio país, en vez de buscara alguien que pudiera ser un extraño para nosotros y ante quien tuviésemos que deponer nuestro poder".

Dichas palabras parecieron satisfacer a los demás. Había un mudo sentido de aprobación manifiesto entre ellos, respondían con esa expresión indefinible que sigue siempre a un orador que ha pronunciado el pensamiento que dormitaba en el corazón de quienes le escuchan. Pero Artabán, con faz radiante se volvió hacia Abgarus y dijo:

"Padre mío, he guardado esta profecía en el lugar más recóndito de mi alma. Una religión carente de gran esperanza sería como un altar sin fuego viviente. Ahora la flama se ha encendido y bajo esa luz he leído otras palabras provenientes de las fuentes de la verdad, las cuales hablan con más claridad aún de la llegada del Victorioso y de su luz".

Sacó de su túnica, a la altura del pecho, dos pequeños rollos escritos en fino lino y los desdobló cuidadosamente sobre sus rodillas.

"En los años perdidos en el distante pasado, mucho antes que nuestros padres llegaran a la tierra de Babilonia, ya había hombres sabios en Caldea, de quienes los primeros Magos aprendieron los secretos celestes. Entre éstos, Balaam, el

hijo de Beor, fue uno de los más poderosos. Escuchad las palabras de su profecía: 'Surgirá una estrella de Jacob, y un cetro se levantará en Israel.'"

Los labios de Tigranes hicieron una mueca de desprecio y dijo:

"Judá era un cautivo de las aguas de Babilonia, y los hijos de Jacob fueron esclavos de nuestros reyes. Las tribus de Israel están dispersas por las montañas cual ovejas descarriadas y entre los pocos que hay en Judea bajo el yugo de Roma, ni estrella ni cetro podrán levantarse".

"Y sin embargo" contestó Artabán, "Daniel es hebreo, quien fuera poderoso investigador de los sueños, consejero de reyes y del sabio Belisario, muy honrado y querido por nuestro gran rey Ciro, quien probó ser un profeta cierto y lector de los pensamientos de Dios, escribió estas palabras : (Artabán leyó del segundo rollo) "Sabed entonces y comprended que, del inicio del mandamiento de restablecer a Jerusalén al Ungido, al Príncipe, habrá 267 años y dos semanas".

"Pero hijo mío, " dijo Abgarus dudando, "éstos son números místicos. ¿Quién puede interpretarlos o quién puede descifrar la clave que pueda hacernos saber su significado?"

Artabán replicó: "Se me ha mostrado a mí y a mis tres compañeros más íntimos: a Gaspar, a Melchor y a Baltazar. Juntos hemos buscado en las antiguas tablas de Caldea y computado el tiempo. Cae en este año. Hemos estudiado el cielo y, en la primavera del año, vimos dos de las más grandes estrellas juntarse bajo el signo del Pez, que es la casa de los hebreos. Vimos también una estrella nueva allí, que brilló por una sola noche y luego desapareció. Ahora nuevamente se juntan dos grandes planetas. Esta noche será su conjunción. Mis tres amigos están observando en el viejo templo de las Siete Esferas en Borsipa en Babilonia, y yo estoy observando desde aquí. Si la estrella vuelve a brillar, me esperarán diez

días en el templo y juntos viajaremos a Jerusalén para ver y adorar al prometido que nacerá Rey de Israel. Yo creo que sí veremos la estrella. He hecho mis preparativos para el viaje. He vendido mi casa y todas mis posesiones y comprado estas tres joyas: un zafiro, un rubí y una perla, para obsequiarlas al Rey como tributo. Os pido que os unáis a mí en esta peregrinación, para alegrarnos juntos al encontrar al Príncipe merecedor de que le sirvamos".

Mientras hablaba, había metido la mano en los pliegues de su faja y sacado tres gemas preciosas: una azul cual fragmento del cielo nocturno, otra más encendida que un rayo solar al amanecer, y la otra tan pura que semejaba el pico de una montaña nevada al anochecer, las que depositó sobre los libros de lino ante él.

Pero sus amigos lo miraban con ojos extraños y poco amigables. Un velo de duda y de desconfianza cayó sobre sus expresiones faciales cual neblina que sube de los pantanos y se esconde entre las montañas. Se miraban entre sí con expresiones de sorpresa y de piedad, como si hubiesen escuchado algo increíble, como el relato de una visión descabellada o la propuesta de una empresa imposible.

Finalmente Tigranes dijo: "Artabán, este es un sueño falso. Seguramente ha surgido de tanto tanto mirar las estrellas y de acariciar elevados pensamientos. Sería más sabio reunir fondos para el fuego nuevo del templo de Chala. Ningún rey surgirá de la raza rota de Israel, y no habrá fin a la eterna lucha entre la luz y la oscuridad. Quien así crea, estará persiguiendo sombras. Adiós".

Y otro de los asistentes dijo: "Artabán, ignoro todas estas cosas, y mi puesto de guardián del tesoro real me ata aquí. Esta búsqueda no es para mí. Pero, si tú tienes que ir, deseo que tengas éxito".

Otro más dijo. "En mi casa duerme mi novia recién desposa-

da, y no podría dejarla sola ni llevarla conmigo en este viaje tan extraño. Esta búsqueda tampoco es para mí. Pero deseo que tus pasos prosperen dondequiera que vayas. Adiós.

Todavía otro dijo: "Estoy enfermo e incapacitado para viajar, pero tengo un sirviente que enviaré contigo adonde vayas para que me traiga recado de cómo te fue".

Abgarus, el más viejo y quien mejor amaba a Artábán, se quedó hasta que los demás se habían retirado y le dijo gravemente: "Hijo mío, puede ser que la luz de la verdad sea este signo que ha aparecido en los cielos, y entonces seguramente te llevará al Príncipe de la luz poderosa. O puede ser que sea solamente una sombra de la luz conforme ha dicho Tigra-nes, y entonces quien la siga sólo obtendrá un largo peregrinar y una búsqueda vana. Pero es mejor seguir, aunque sea sólo una sombra de lo mejor, que quedarse satisfecho con lo peor. Quienes han de ver cosas maravillosas, a menudo tendrán que viajar solos. Soy demasiado viejo para viajar, pero mi corazón será tu compañero en tu peregrinar de día y de noche, y yo sabré cual fue el fin de tu búsqueda. Ve en paz".

Uno por uno habían salido del aposento azul con estrellas de plata y Artabán quedó solo.

Recogió las joyas y las volvió a colocar en su faja. Durante mucho rato se quedó mirando la flama que crecía y disminuía sobre el altar. Cruzó el aposento, levantó el pesado cortinaje y salió a la terraza de la azotea por entre los pilares del pórtico rojo oscuro.

El estremecimiento que corre por la tierra conforme se despierta de su sueño nocturno, ya se había iniciado y el viento fresco que anuncia el alba descendía por las hondonadas del Monte Orontes. Los pájaros, medio despiertos, brincoteaban y piaban entre la hojarasca, y el olor de uvas maduras llegaba en breves oleadas desde las parras.

Sobre la planicie de Levante se extendía una nube blanca cargada de rocío y se extendía como si fuese un lago. Pero donde el distante pico de Zagros aserraba el horizonte hacia el Poniente, el cielo estaba claro. Júpiter y Saturno rodaban juntos cual gotas de llameantes flamas como si fuesen a amalgamarse.

Conforme Artabán los observaba, allá, de repente, nació una chispa azulosa de la oscuridad bajo ellos, redondeándose con esplendores purpúreos en una esfera carmesí, con una espiral superior de rayos naranja y azafrán hasta una punta blanca y radiante. Pequeña e infinitamente remota, y sin embargo perfecta en todos sus detalles, pulsaba en la enorme bóveda como si las tres joyas en el pecho del Mago se hubiesen juntado y transformado en un corazón de luz viviente.

Agachó la cabeza y se cubrió la frente con las manos.

"Es la señal". dijo. "El Rey está por llegar y yo iré a verlo"

CERCA DE LAS AGUAS DE BABILONIA

†
Toda la noche, Vasda, la más ligera de las yeguas de Artabán, había estado esperando, ensillada y enfrenada en la casilla del establo, rascando la tierra impacientemente y sacudiendo su freno porque compartía la ansiedad de propósito de su amo como si supiera su significado.

Antes de que los pájaros elevaran su fuerte y alegre canto matutino, antes de que la neblina se levantara perezosamente del llano, ya se encontraba en la silla el otro Rey Mago, cabalgando velozmente por el elevado camino que serpenteaba por la falda del Monte Orontes, con rumbo hacia el Poniente.

Cuán cercana, cuán íntima es la camaradería entre un hombre y su montura favorita en un viaje largo. Es una amistad

silenciosa y comprensiva, un intercambio que va más allá de la necesidad de palabras.

Ambos beben en los manantiales por donde pasan, y duermen bajo las mismas estrellas que los guardan. Juntos están conscientes del hechizo que suaviza la noche y del alegre avivamiento del alba. El amo comparte su alimento vespertino con su hambrienta compañera, y siente los labios suaves y acariciantes sobre la palma de su mano conforme se cierran sobre el mendrugo de pan. En el gris amanecer se despierta animado por el dulce agitar de un respirar tibio y dulce sobre su rostro dormido, y levanta la vista para mirar en los ojos de su fiel compañera de viaje, lista y dispuesta para el trabajo del día. Seguramente, a menos de que fuera un pagano o un incrédulo, sea cual fuere el nombre que le dé a su Dios, le dará gracias por esa muda simpatía y afecto y su oración matutina abarcará una doble bendición: "¡Señor, bendícenos a los dos, manténnos libres de tropiezos y libra a nuestras almas de la muerte!"

Después, con la frescura de la mañana, las patas de la yegua marcando un alegre son por el camino, cual si fuera el compás de dos corazones que laten al unísono con el mismo deseo: conquistar el espacio, devorar la distancia, lograr la meta de su viaje.

En realidad Artabán debe montar bien y sabiamente si ha de poder llegar a la cita con los otros Magos, ya que la ruta tenía ciento cincuenta leguas y quince era el máximo que podía caminar en un día. Pero conocía la fuerza de Vasda y diariamente y sin ansiedad, cubría la distancia necesaria aunque eso implicase viajar hasta ya entrada la noche y principiar desde antes que se levantara el sol.

Hizo una pausa entre los morenos lomos del Monte Orontes, agrietados por el deslave de cientos de torrentes.

Cruzó las llanuras de Niseans donde las famosas manadas de

caballos salvajes sacudían sus cabezas conforme se acercaba Vasda y galopaban ahuyentándose, y donde parvadas de aves silvestres aleteaban súbitamente de entre los encharcados pastizales, revoloteando en enormes círculos con el brillante aletear de innumerables alas y emitiendo agudos graznidos de sorpresa.

Atravesó los fértiles campos de Concabar, donde el polvo de los pisos trilladores llenaba el aire con una nube dorada, casi escondiendo el enorme templo de Astarté con sus cuatrocientos pilares.

En Bagistán, entre los ricos jardines que recibían agua de las fuentes que manaban de las rocas, miró hacia las montañas que enseñoreaban sus inmensas frentes rugosas y escarpadas sobre el camino, y vio la figura del Rey Darío pisoteando a sus enemigos caídos y la orgullosa lista de sus guerras y conquistas esculpidas sobre la alta cara de los eternos acantilados.

Artabán prosiguió su camino por muchos pasos desolados, abriéndose paso difícilmente sobre las heladas laderas de las montañas, descendiendo por muchas oscuras gargantas, donde el río rugía y corría ante él cual guía salvaje; atravesando muchos valles sonrientes con terrazas de caliza amarillenta, llenos de viñas y de arboles frutales; por en medio de macizos de encinas de Carine y las oscuras puertas de Zagros, de emparedados precipicios hasta la antigua ciudad de Chala, donde los habitantes de Samaría habían quedado en cautiverio hacía ya tanto tiempo; y volviendo a salir por el poderoso portón hasta las colinas circundantes donde vio la imagen del Sumo Sacerdote de los Magos esculpido en la pared de roca, con las manos levantadas como si fuese a bendecir los millares de peregrinos; más allá del peligroso paso del angosto desfiladero, pletórico de uno a otro extremo con huertos de duraznos e higueras, y en el que encontró el río Gyndes que llegaba, espumante, sobre los anchurosos arro-

zales donde los vapores otoñales esparcían sus mortales rocíos, siguiendo por el curso del río, bajo temblonas sombras de álamos y tamarindos, entre las colinas bajas y sobre la planicie del llano donde el camino era tan recto como una flecha sobre los campos de rastrojo y secas praderas; más allá de la ciudad de Ctessifón, donde reinaban los emperadores partos, y de la vasta metrópolis de Selucia construida por Alejandro; mucho más allá de las arremolinadas inundaciones del Tigris y los múltiples canales amarillentos del Eufrates que irrigaban los maizales. Artabán siguió su camino hasta que llegó al anochecer del décimo día bajo las destrozadas paredes de la populosa Babilonia.

Vasda estaba muy cansada y Artabán gustosamente hubiera entrado en la ciudad buscando descanso y alimento para él y para la yegua, pero sabía que le faltaban tres horas de camino hasta el Templo de las Siete Esferas y que debería llegar a ese sitio antes de media noche si es que quería encontrar a sus compañeros aguardándole. Así es que no se detuvo, sino que prosiguió su camino por los campos llenos de rastrojo.

Un bosquecillo de palmeras de dátíl formaban una isla umbrosa en ese mar amarillo pálido. Al entrar en la penumbra, Vasda disminuyó el paso y caminó cautelosamente por la vereda. Ya casi al otro lado del bosquecillo pareció sobrecojerla un aumento de precaución. Olfateaba algún peligro o dificultad; no le era propio huir del peligro, sino estar preparada para encontrarlo sabiamente, conforme toda buena yegua debe hacer. El bosquecillo estaba tan oscuro y silencioso como una tumba; no se movía ni una sola hoja, ni cantaba un solo pájaro. Vasda buscaba su camino delicadamente llevando baja la cabeza y suspirando de vez en cuando con cierta aprehensión. Finalmente exhaló un rápido suspiro de ansiedad y se quedó parada sin moverse, temblándole todos los músculos ante un objeto oscuro que yacía en la penumbra de la última palma.

Artabán desmontó. La escasa luz estelar revelaba la forma de un hombre tirado en el camino. Sus humildes ropas y el perfil de su cara demacrada mostraban que tal vez fuese uno de esos pobres hebreos exiliados que, en gran número, se encontraban por esos lugares. Su piel pálida, seca y amarilla, tenía la señal de las fiebres mortales que emanaban de los pantanos en otoño. El frío de la muerte estaba en su lánguida mano, y conforme Artabán se la soltó, el brazo cayó inerte sobre el pecho inmóvil.

Se apartó con un sentimiento de piedad, abandonando el cuerpo a ese extraño entierro que los Magos consideran el más apropiado: el funeral del desierto, del cual los zopilotes y aves de rapiña se elevan en negras alas dejando tras sí solamente un montón de blancos huesos sobre la arena.

Pero, conforme se dio la vuelta, un suspiro largo y débil se escapó de los labios del hombre. Los dedos morenos y delgados se cerraron convulsivamente en las bastillas del manto del Mago y lo detuvieron.

El corazón de Artabán saltó en su garganta, no con miedo, sino con resentimiento por lo inoportuno del retraso que sufriría.

¿Cómo podría quedarse aquí en la oscuridad auxiliando a un moribundo desconocido? ¿Qué derecho tenía ese infeliz fragmento de vida humana sobre su compasión y su servicio?. Si solamente perdiera una hora, ya no podría llegar a Borsipa a la hora convenida. Sus compañeros pensarían que habría desistido de hacer el viaje. Proseguirían sin él. Se perdería el poder participar en su tan anhelada y ansiada búsqueda.

Pero, si ahora prosiguiera su camino, el hombre moriría con seguridad. En cambio, si se quedaba, tal vez pudiera salvarlo. Su espíritu temblaba y se agitaba por la urgencia de la crisis. ¿Debería arriesgar el gran premio de su divina fe por un

solo acto de caridad humana? ¿Debería abandonar, aunque fuese por unos momentos, la senda de la estrella para poder dar un vaso de agua fría al hebreo moribundo?

"Dios de verdad y de pureza", oraba, "dirígeme por tu santa senda y en el sendero de la sabiduría que sólo Tú conoces".

Entonces, volviéndose hacia el enfermo, aflojó los dedos crispados que le detenían y lo cargó hasta un pequeño montículo al pie de la palma.

Desbarató los pesados pliegues del turbante del enfermo y le abrió la túnica sobre el hundido pecho. Trajo agua de uno de los pequeños canales cercanos y dulcemente le humedeció la frente y la boca. Mezcló una pócima de uno de esos potentes remedios que siempre llevaba en su faja, porque los Magos eran médicos al igual que astrólogos, y poco a poco logró que los labios descoloridos lo pasaran. Hora tras hora trabajó como sólo lo puede hacer un hábil curandero; finalmente, recobró las fuerzas el hombre; se incorporó y miró en su alrededor.

"¿Quién sois vos?" preguntó en la ruda lengua de la región, "¿y por qué me habéis encontrado y devuelto a la vida?"

"Soy Artabán el Mago, de la ciudad de Ecbatana. Me dirijo a Jerusalén en busca de quien ha de nacer Rey de los judíos, el gran Príncipe y Salvador de todos los hombres. No me atrevo a demorar más mi viaje, pues la caravana que ha estado esperándome en el desierto podría partir sin mí. Os dejo todo cuanto me queda de pan y vino y el resto de las hierbas con que os curé. Conforme recobréis las fuerzas, seguramente podréis encontrar a algunos de los judíos que viven en Babilonia".

El judío levantó sus temblorosas manos hacia el cielo solemnemente.

"Que el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob os bendiga y

haga vuestro caritativo peregrinar terminar en paz conforme deseáis. No tengo con qué pagar vuestros cuidados, excepto deciros dónde podría encontrarse el Mesías. Nuestros profetas dijeron que no nacería en Jerusalén sino en Belén de Judá. Que el Señor os lleve con bien hasta allá, ya que habéis tenido piedad de un enfermo".

Hacía ya rato que había pasado la media noche, Artabán cabalgaba de prisa y Vasda, reanimada por el corto descanso, corría ansiosamente por las praderas y cruzaba a nado los canales del río. Con las últimas fuerzas restantes, correteaba sobre el terreno cual si fuese una gacela.

Pero el primer rayo matutino envió su sombra ante ella conforme entraba en la etapa final del viaje. Los ojos de Artabán buscaban ansiosamente el gran montículo de Nimrod y el Templo de las Siete Esferas, pero eran incapaces de descubrir el menor rastro de sus amigos.

Las terrazas multicolores de naranja, oro, rojo, amarillo y verdes, azules y blancas, estrelladas por las convulsiones de la naturaleza y desmoronándose bajo los repetidos asaltos de la violencia humana, brillaban todavía cual maltrecho arco iris en la luz matinal.

Artabán rodeó rápidamente el montículo. Desmontó y trepó a la terraza más alta, volviendo su vista hacia el oeste.

La enorme desolación se extendía hasta el horizonte donde principiaba el desierto. La amargura imperaba en los charcos, y los chacales se escurrían entre la maleza; pero no se divisaba la caravana de los Reyes Magos, ni cerca, ni lejos.

En la orilla de la terraza vio una pilita de ladrillos rotos y bajo ellos un trozo de pergamino. Lo sacó y leyó: "Hemos esperado hasta después de la media noche y no podemos retrasarnos más. Síguenos a través del desierto".

Artabán se sentó en la tierra y se cubrió la cabeza desesperado.

"¿Cómo puedo atravesar el desierto?", se dijo, "sin alimentos y con una yegua extenuada. Debo regresar a Babilonia, donde venderé el zafiro para comprar camellos y provisiones suficientes para el viaje. Tal vez nunca alcance a mis amigos. Sólo el Dios misericordioso sabe si podré llegar a ver al Rey porque me detuve por tener compasión de un enfermo".

TODO SEA POR UN PEQUEÑIN

Se hizo el silencio en el Salón de los Sueños donde yo escuchaba el relato del otro Rey Mago. En compañía del silencio vislumbré, muy vagamente, su figura pasando sobre las áridas ondulaciones del desierto, sentado en lo alto sobre el lomo de un camello, meciéndose constantemente en su deambular hacia adelante, cual barco sobre el oleaje.

La tierra de la muerte extendía su cruel red en derredor. Las desoladoras rocas no tenían más frutos que cardos y espinas. Las oscuras salientes de roca sobresalían por encima de la superficie por doquier, cual osamentas de monstruos desaparecidos. Una cordillera árida e inhóspita quedaba ante él, agrietada por secos canales de antiguos torrentes, cual blancas heridas sobre la faz de la naturaleza. Cambiantes dunas de arena traicionera semejaban tumbas sobre el horizonte. Durante el día, el sol imprimía su calor cual carga intolerable en la trémula atmósfera, no se movía ninguna criatura viviente sobre la muda tierra desfallecida, excepto por pequeños jerbos que se escurrían bajo los resechos arbustos, o por algunas lagartijas que desaparecían por las hendiduras de las rocas. Durante la noche, los chacales merodeaban y ladraban en la distancia, y el león hacía resonar las hondonadas en su hueco rugir, mientras que un marchitante frío nocturno seguía a la fiebre diurna.

Entre el calor y el frío, el Mago seguía siempre adelante sin desviarse o titubear.

De repente divisé los jardines y las huertas de Damasco, regados por los arroyos del Abana y del Parpar con sus taludes encespedados plenos de flores, con sus macizos de mirra y de rosas. Igualmente contemplé las nevadas escarpaduras del Hermón, y los oscuros grupos de cedros y el Valle del Jordán, las azules aguas del Lago de Galilea, la fértil llanura de Esdraelón, las colinas de Efrían, y la montañosa Judea. A través de todos ellos seguí la figura de Artabán que se movía persistentemente hacia adelante, hasta arribar a Belén. Hacía tres días que los Reyes Magos habían llegado a ese lugar y encontrado a María y José con el niño Jesús, depositando a sus pies sus presentes de oro, incienso y mirra.

Se acercó entonces el otro Rey Mago, rendido, pero lleno de esperanza, portando el rubí y la perla para ofrecérselos al niño Rey. "Por fin", pensó, "le encontraré, aunque sea solo, y después que mis compañeros. Este es el sitio del que habían hablado los profetas, según el judío enfermo a quien auxilié, y es aquí donde presenciare el resurgimiento de la gran luz. Debo indagar sobre la visita de los otros Reyes Magos y enterarme a qué casa los dirigió la estrella y a quién presentaron sus tributos".

Parecía que las calles del pueblecito se encontraban desiertas, y Artabán se preguntaba si todos los hombres se habían ido a los potreros de las colinas a traer a sus ovejas. Desde la puerta abierta de una casita de piedra escuchó el canto suave de una mujer. Entró y encontró a una joven madre que arrullaba a su hijito para que se durmiera. Ella le contó que hacía tres días los tres forasteros habían llegado desde el Oriente, y de cómo una estrella les había guiado al lugar donde José de Nazareth se albergaba con su esposa y su hijito recién nacido, y de cómo ellos habían reverenciado al niño y le habían he-

cho muchos y magníficos regalos.

"Los viajeros desaparecieron nuevamente", continuó, "tan misteriosamente como habían llegado. Nosotros no supimos por qué, pero el hombre de Nazareth se llevó al niño y a su madre y se fueron esa misma noche secretamente, rumorándose que se irían muy lejos, hasta Egipto. Desde entonces sucede algo raro en esta villa; algo malo se presiente. Dicen que los soldados romanos están por llegar de Jerusalén para imponernos un nuevo tributo, y los hombres del pueblo se han llevado los rebaños hasta las montañas donde se han escondido para escapar de la contribución".

Artabán escuchaba su suave y tímido hablar, y el niño en brazos de su madre se volvió a mirarlo a la cara y le sonrió, estirando sus rosadas manitas para tratar de tomar el círculo alado de oro que lucía Artabán sobre el pecho. Sintió que su corazón entraba en calor conforme el niño lo tocó. Parecía un saludo de amor y confianza hacia quien había viajado larga, solitaria y perplejamente, luchando con sus propias dudas y temores, y siguiendo una luz velada por las nubes.

"¿No podría ser este niño el Príncipe prometido?" se preguntaba en su interior, conforme tocaba su blanda mejilla. Algunos reyes han nacido en lugares más humildes que éste, y el elegido de las estrellas podría surgir de una choza. No le ha parecido bien al Dios de la sabiduría recompensar mi búsqueda demasiado pronto y tan fácilmente. Quien yo busco se ha ido antes de mi llegada. Tendré ahora que seguir al Rey a Egipto.

La joven madre puso al niño en su cuna y se aprestó a atender al forastero que el destino había traído hasta su casa. Puso ante él la sencilla comida de los campesinos que le ofrecía de buena gana, y viéndose fortalecido tanto física como anímicamente, Artabán la aceptó agradecido. Conforme comía, el niño se fue quedando dormido, murmurando dulcemente en

sueños, mientras una gran paz inundaba el quieto aposento.

De repente, les llegó el sonido de una gran confusión y alboroto en las calles del pueblecito, de gritos y lamentos en las voces de las mujeres y el resonar de trompetas de bronce con el entrechocar de espadas y el grito desesperado: "¡Los soldados!" ¡Los soldados de Herodes! ¡Están matando a nuestros niños!".

La joven madre se puso lívida de terror. Tomó a su hijito en brazos, lo estrechó contra su pecho, y fue a refugiarse al rincón más oscuro de la habitación, cubriéndolo con los pliegues de su vestido para que no fuera a despertar y a llorar.

Pero Artabán rápidamente se acomodó en el umbral de la puerta de entrada. Sus anchos hombros casi llenaban la puerta de uno a otro lado y la punta de su gorro blanco casi tocaba el dintel.

Venían los soldados apresuradamente por la calle; traían las manos ensangrentadas y las espadas escurriendo sangre. Al ver al forastero ataviado con su rara indumentaria, vacilaron un instante sorprendidos. El capitán del grupo se acercó al umbral para hacerlo a un lado, pero Artabán no se movió. Su rostro estaba tan calmado como si estuviera contemplando las estrellas y en sus ojos ardía ese resuelto mirar ante el cual aún los leopardos se encogen y los fieros perros se detienen. Miró al soldado fijamente en silencio durante un instante, y luego dijo en voz queda:

"Estoy solo en este lugar, esperando obsequiar esta joya al prudente capitán que ha de dejarme en paz".

Le mostró el rubí, brillando en la palma de su mano cual si fuese una enorme gota de sangre.

El capitán quedó atónito ante el esplendor de la joya. Se le dilataron las pupilas de los ojos por el deseo, y las duras líneas en derredor de la boca hacían que sus labios se contra-

jeran. Tendió la mano y tomó el rubí.

"¡Sigán de frente!" ordenó a sus hombres, "no hay ningún niño aquí. No hay ruido en la casa"

El alboroto y el entrechocar de las armas siguió calle abajo con la furia desatada de la cacería que arrasa con todos los escondites donde pudiera estar escondido el venadito tembloroso. Artabán volvió a entrar en la casita. Con el rostro vuelto hacia el este oraba:

"¡Dios de la verdad, perdona mi pecado! He mentido para salvar la vida de un niño. Y dos de mis obsequios ya no están en mi poder. He usado en los hombres lo que debería haber gastado en Dios. ¿Seré alguna vez merecedor de ver el rostro del Rey?"

Pero, a su espalda, la mujer sollozaba quedamente de alegría en la penumbra de la habitación. Artabán oyó que le dijo muy suavemente:

"Que el Señor os bendiga y os guarde. Que el Señor haga brillar su rostro ante vos y os colme de cosas buenas. Que el Señor levante su rostro ante vos y os dé la paz, porque habéis salvado la vida de mi hijito".

EN LA SENDA OCULTA DE LA TRISTEZA

Nuevamente volvió a hacerse el silencio en el Salón de los Sueños, más profundo y misterioso que durante el primer intervalo, y comprendí que los años de Artabán pasaban muy rápidamente bajo la quietud de esa neblina, pudiendo tan sólo vislumbrar yo, de vez en cuando, el caudal de su vida que relumbraba a través de las sombras que nublaban su curso.

Lo ví caminando entre la muchedumbre del populoso Egipto, buscando por doquier la familia que había salido de Be-

lén, y encontrando rastros tan tenues bajo los sicomoros de Heliópolis y bajo las murallas de la fortaleza romana en Nueva Babilonia, junto al Nilo, que se desvanecían continuamente ante él, tal cual sucede con las huellas de los pies hechas sobre la dura arena del río que brillan por un momento por la humedad y luego desaparecen.

Lo volví a ver al pie de las pirámides, que elevaban sus afiladas puntas en el intenso resplandor anaranjado del cielo al ponerse el sol, recordándonos que son monumentos inmutables de la gloria perecedera y de la imperecedera esperanza del hombre. Artabán alzó sus ojos hacia la faz de la esfinge y trató de leer el significado en los tranquilos ojos y la sonriente boca. ¿Era en realidad la burla de todo esfuerzo y aspiración, tal como decía Tigranes; el cruel gesto de una adivinanza sin solución, de una búsqueda que siempre fracasará? ¿Es que veía un toque de piedad y de aliento en la sonrisa inescrutable, una promesa de que aún los vencidos lograrían la victoria, y los desilusionados obtendrían un premio, y los ignorantes se volverían sabios, y los ciegos podrían ver, y los viajeros llegar por fin a su meta?.

Después lo volví a ver en una oscura casa de Alejandría, consultando a un rabino judío. Encorvado ante los rollos del pergamino donde se hallaban escritas las profecías de Israel, el venerable hombre, leía en voz alta las tristes palabras que predecían los sufrimientos del Mesías prometido: despreciado y repudiado por los hombres, el hombre de los dolores y conecedor de las congojas.

"Recuerda, hijo mío", le decía fijando sus profundos ojos sobre el rostro de Artabán, "que el Rey que buscas no has de encontrarlo en un palacio, ni entre los ricos y los poderosos. Si la luz del mundo y la gloria de Israel fueran a hacer su aparición con la grandeza del esplendor terrestre, ya hubiera aparecido desde hace mucho, ya que ningún descendiente de

Abraham volverá a igualar el poder que ejercía José en los palacios egipcios, ni la magnificencia de Salomón entronado entre los leones de Jerusalén. La luz que el mundo espera es una nueva luz, la gloria que surgirá del sufrimiento paciente y triunfante. Y el reino que ha de establecerse para siempre, será un nuevo reino, con la realeza de un amor perfecto e in-conquistable.

"No sé cómo acontecerá todo esto, ni cómo los tempestuosos reyes y pueblos de la tierra rendirán homenaje al Mesías. Lo que sí sé, es que quienes lo buscan harán bien si lo buscan entre los pobres y los humildes, entre los afligidos y los oprimidos".

Ví entonces al otro Rey Mago viajando de un sitio a otro buscando entre los dispersos, entre los que pudiera ser posible a la pequeña familia haberse refugiado. Pasó por países donde el hambre se hacía sentir sobre la tierra, y donde los pobres lloraban por pan. Residió entre ciudades azotadas por la peste donde los enfermos languidecían en la amarga compañía de otros que también padecían su irremediable dolencia. Visitó a los oprimidos y a los afligidos en la penumbra de las prisiones subterráneas, así como a los desventurados que vendían en los mercados de esclavos, y a los extenuados remeros de los galeones. En todo este intrincado mundo angustioso, aunque no encontró a quien venerar, encontró a muchos a quienes ayudar. Alimentó a los hambrientos y vistió a los desnudos, curó a los enfermos y confortó a los cautivos. Así pasaron los años, más aprisa que la lanzadera del telar que va de un lado a otro conforme el tejedor la impulsa y el tejido crece y se completa el dibujo.

Parecía casi como si se hubiera olvidado de su búsqueda. Pero una vez lo divisé erguido ante la salida del sol, esperando ante la puerta de una prisión romana. Había sacado del lugar secreto junto a su pecho, donde escondía la perla, la última de sus joyas. Conforme la miraba, un suave lustre, una

tenue luz iridiscente, plena de cambiantes destellos azulados y rosados temblaban sobre la superficie. Parecía haber absorbido los reflejos de los colores del zafiro y del rubí. Así el profundo y secreto propósito de una vida noble reúne en sí los recuerdos de pasadas alegrías y tristezas. Todo cuanto le había ayudado, todo cuanto le había entorpecido, se transformaba mágicamente en su esencia misma. Entre más había sido llevada cerca del calor del corazón palpitante, tanto más luminosa y preciosa se había tornado.

Luego, finalmente, mientras se encontraba pensando acerca de la perla y de su significado, escuché el final de la historia del otro Rey Mago.

UNA PERLA DE GRAN PRECIO

Habían pasado treinta y tres años en la vida de Artabán y era todavía un peregrino que buscaba la luz. Su pelo, que antaño había sido tan oscuro como las barrancas del Zagros, era ahora tan blanco como la nieve invernal que las cubría. Sus ojos, que en un tiempo fulguraban cual flamas candentes, estaban apagados como carbones encendidos entre el rescoldo.

Cansado y extenuado, listo para morir, pero aún buscando al Rey, había venido por última vez a Jerusalén. Había visitado a menudo la Ciudad Santa y había buscado por todas las calles, apretadas casuchas y negras prisiones sin encontrar ni rastro de la familia de Nazarenos que habían huido de Belén hacía tanto tiempo. Pero ahora parecía que debería hacer un último esfuerzo y algo le murmuraba en el corazón que tal vez, por fin, podría alcanzar el éxito.

Era la estación de la Pascua. La ciudad se encontraba atiborrada de forasteros. Los israelitas, diseminados por tierras lejanas de todo el mundo, habían regresado al Templo.

Para la gran fiesta, y en las angostas callejas se escuchaba una confusión de lenguas extrañas durante varios días.

En ese día, en especial, se percibía una agitación particular entre la multitud. El cielo se velaba bajo una tenebrosidad portentosa, y corrientes de emoción parecían chisporrotear entre la muchedumbre, semejando la emoción que sacude al bosque la víspera de una tormenta. Una marea invisible los llevaba a todos en una misma dirección. El martilleo de las sandalias, el suave y pesado sonido de miles de pies descalzos que se movían sobre el empedrado, fluían incesantemente por las calles que iban hacia la puerta de Damasco.

Artabán se unió a un grupo de personas de su propio país, judíos partos, quienes habían venido para guardar la Pascua, y les preguntó cuál era la causa del tumulto, y a dónde se dirigían.

"Vamos", dijeron, "al lugar llamado Gólgota, fuera de las murallas de la ciudad, donde habrá una ejecución. ¿No has oído lo que ha sucedido? Van a crucificar a dos famosos ladrones y a otro llamado Jesús de Nazareth, un hombre que ha hecho muchas cosas maravillosas entre la gente, de modo que lo aman mucho. Pero los sacerdotes y los ancianos han dicho que debe morir porque presumió ser el Hijo de Dios. Pilatos lo ha mandado crucificar porque dijo que era "El Rey de los Judíos".

¡Cuán extrañamente cayeron estas palabras sobre el cansado corazón de Artabán! Durante toda su vida le habían llevado por tierra y por mar, y ahora le llegaban cual mensaje desesperado, oscura y misteriosamente. El Rey había surgido, pero había sido negado y desechado; pronto moriría. Tal vez ya estuviera agonizando. ¿Sería el mismo que había nacido en Belén hacía treinta y tres años y en cuyo nacimiento la estrella había aparecido en el cielo, y de cuya venida habían hablado los profetas?.

El corazón de Artabán latía desacompasadamente, con esa dudosa aprehensión que viene a ser la excitación de la senectud. Pero se dijo a sí mismo: "los caminos de Dios son más extraños que los pensamientos de los hombres, y pudiera ser que encontrara al Rey, por fin, en manos de sus enemigos y que llegara a tiempo para ofrecer mi perla como rescate por Su liberación antes de que muera".

El pobre viejo siguió a la multitud con pasos lentos y dolorosos hacia la puerta de la ciudad de Damasco. Un poco más allá de la puerta de guarnición, un pelotón de soldados macedonios venía por la calle arrastrando a una joven que tenía rotas las vestiduras y el cabello en desorden. El Mago se detuvo y la miró compasivamente. De repente, la cautiva logró soltarse de las manos de sus captores y se arrojó a los pies de Artabán, abrazándose a sus rodillas. La joven había visto el gorro blanco y el círculo alado sobre su pecho.

"Ten piedad de mí", dijo ella, "y sálvame por el amor del Dios de la Pureza. Yo también profeso la verdadera religión conforme la enseñanza de los Magos. Mi padre era un mercader de Partia, pero ha muerto y ahora me han agarrado para venderme como esclava y liquidar así sus deudas. ¡Sálvame de un destino peor que la muerte!"

Artabán tembló.

Era el antiguo conflicto que lo había asaltado entre las palmeras de Babilonia y en la casita de Belén. El conflicto entre la expectación de la fe y el impulso del amor al prójimo. Dos veces, el obsequio que había consagrado a la adoración religiosa había salido de su mano en servicio a la humanidad. Esta era la tercera prueba, la última de todas y su opción sería irrevocable.

¿Era ésta su gran oportunidad, o su última tentación? No podría decirlo. Solamente había una cosa clara en la oscuridad de su mente: era inevitable. Y, ¿no viene lo inevitable de Dios?

Solamente una cosa era cierta en su dividido corazón: el rescatar a esta joven inocente, sería una verdadera obra de amor. Y, ¿no era el amor la luz del corazón?

Sacó la perla de su pecho. Nunca antes se había visto tan luminosa, tan radiante, tan plena de lustre suave y viviente. La depositó en la mano de la joven. "¡He aquí tu rescate, hija mía! Es el último de mis tesoros que había guardado para el Rey".

Conforme hablaba, la oscuridad de los cielos habíase tornado más densa, y la tierra comenzó a temblar convulsivamente semejando el pecho de alguien que lucha con una pena muy grande.

Las paredes de las casas se mecían de un lado para otro. Se desprendieron algunas rocas que caían pesadamente en la calle. Nubes de polvo llenaban el aire. Los soldados huyeron despavoridos bamboleándose cual si estuvieran borrachos. Pero Artabán y la muchacha a quien había salvado, se acurrucaban desamparados bajo las paredes del Pretorio.

¿Qué podía temer? ¿Para qué quería seguir viviendo? Se había desprendido del último tesoro que guardara para obsequiárselo al Rey. Había dicho adiós a la postrera esperanza de poder encontrarlo aún. Su búsqueda había terminado y había sido inútil. Pero aún habiendo aceptado y abrazado ese último pensamiento, le quedaba la paz. No era resignación, tampoco sumisión. Era algo más profundo. Sabía que todo estaba bien, porque día tras día, había hecho lo mejor que había podido hacer. Había sido fiel a la luz que le fue dada. Había buscado obtener más luz, pero no se le había concedido. Si sus propósitos se habían malogrado, era sin duda que así debía ser. No había logrado "la vida perdurable, incorruptible e inmortal". Pero, también sabía que si pudiera volver a vivir su vida terrenal nuevamente, no la podría vivir de distinta forma a como lo había hecho.

Una última sacudida del temblor estremeció la tierra.

Una pesada teja, aflojada del techo cayó y le pegó al anciano en la sien. Quedó tendido, sin respirar, pálido, con su gris cabeza descansando sobre el hombro de la joven mientras que la sangre le corría por la herida. Conforme se inclinaba la doncella sobre él, temiendo que hubiese muerto, se dejó oír una voz en la penumbra, muy pequeña y queda, cual música a distancia, como cuando se logran percibir las notas, pero que se pierden las palabras. La joven se volvió para ver si alguien había hablado desde la ventana encima de ellos, pero no vio a nadie.

Los labios del viejo empezaron a moverse como si fuese a responder, y la doncella escuchó que decía en lengua parta:

"No es eso así, Señor mío, porque ¿cuándo os ví hambriento y os dí de comer? ¿o sediento y os dí de beber? ¿Cuándo os encontré como un forastero y os albergué? ¿O desnudo y os vestí? ¿Cuándo os ví en prisión o enfermo y fui a visitaros? Durante treinta y tres años os he buscado, pero jamás he contemplado vuestro rostro, ni os he ayudado, Rey mío".

Cesó de hablar y nuevamente se dejó oír la dulce voz. Nuevamente la escuchó la joven muy débil y muy lejos, pero ahora parecía comprender las palabras:

"En verdad os digo que mientras lo hayáis hecho al más insignificante de mis hermanos, me lo habéis hecho a mí".

Una radiante calma de maravilla y de alegría iluminó la pálida cara de Artabán, semejante al primer rayo solar que cae sobre un pico nevado en las montañas. Un último aliento de alivio fue exhalado suavemente de entre sus labios.

Su búsqueda había terminado. Sus tesoros habían sido aceptados. Por fin, el otro Rey Mago, logró encontrar al Rey.

EL REY DEL RIO DORADO O LOS HERMANOS NEGROS

Introducción al cuento de Ruskin, por Elizabeth Bowen.

Afortunados son quienes aman los cuentos de hadas. Los que lean *El Rey del Río Dorado*, espero que estén ansiosos de leer otro cuento más. Tal vez tengan sus cuentos favoritos y de tanto que les gustan se los saben casi de memoria. Si es así, habrán notado que no todos los cuentos de hadas son iguales, aunque sí tienen varias similitudes. A menudo encontramos, por ejemplo, que hay tres hermanos de los cuales el más pequeño, modesto, valiente y merecedor es el que encuentra la senda hacia la fortuna. Debe haber una hermosa princesa (cuando menos a menudo, la hay) y será el hermano menor quien conquiste su mano, no sin que antes tenga mucho que padecer para poder alcanzar la victoria, como peligros aterradores, horrorosos monstruos y trampas inimaginables puestas en su camino. Como sabemos, ¡aún el mundo diario de la juventud plena de aventura tiene mucho a que enfrentarse! Pero el héroe de los cuentos de hadas tiene amigos y enemigos superpoderosos. Las hadas buenas le ayudan, las malas trabajan en su contra.

En el *Rey del Río Dorado*, tenemos tres hermanos pero no hay princesa. Los personajes principales no son ni hermosos ni bien vestidos: por el contrario, son decididamente cómicos en apariencia, raros de aspecto, molestos y mandones ancianos. ¿Deberíamos en realidad llamar "Hadas" al señor Viento del Sur-Oeste (que entra al relato en tan tristes condiciones) o al reyezuelo de oro que vive en el horno? Hagámoslo o no, ambos poseen fuertes poderes mágicos que los hacen invaluable amigos y poderosos enemigos. Los únicos verdade-

ros monstruos del cuento, siento decirlo, son dos seres humanos: Schwartz y Hans, los malvados, crueles poseedores de un negro corazón que son hermanos de nuestro joven héroe, Gluck, quien es generoso y rubio. Un terrible fin (que no revelo para no estropear el cuento) les espera. Además, alcanzan este triste fin, no tanto por magia, sino por sus odiosas faltas personales.

El Rey del Río Dorado (al contrario de muchos cuentos de hadas) no sucede en un lugar imaginario. Esta maravillosa región de belleza, peligros y misterio existe en realidad y puede encontrarse en el mapa: Styria, una provincia de Austria que tiene tremendas montañas. ¿Quién sabe? Tal vez pueda usted viajar por ahí alguna vez y ver las nebulosas rocas, los glaciares siniestros y las altas cataratas despidiendo centellos dorados en el atardecer. Además, aún hoy en día, encontramos familias de labradores que viven en apartados valles y que ganan su existencia tal como Schwartz, Hans y Gluck lo hacen al principio del relato (aunque ¡firmemente espero que ya no haya más tipos como Schwartz y Hans!). Las cosas mágicas que pudieran haber ocurrido en lugares de la vida real, los hace para mí, más mágicos aún, ¿y para usted?.

¿Cómo es que John Ruskin llegó a escribir este cuento? Su fama descansa en trabajo de índole totalmente distinta: estudioso, grave, a veces escribió apasionados libros de arte, y ya que era también un idealista y un reformador, escribió también sobre algunos de los problemas de la Inglaterra Victoriana. Sin embargo, estoy segura que el Rey del Río Dorado debe haberle encantado. ¡Unas verdaderas vacaciones para él! Este inglés gozaba con los escenarios naturales tanto como se deleitaba en la pintura y en la arquitectura. Amaba respirar aire puro, lejos de su estudio mal alumbrado, y lo buscaba viajando y escalando montañas. Odiaba lo feo; para él, la fealdad emanaba maldad, en la misma forma que la maldad emana la fealdad. Todo lo malo está personificado en Sch-

wartz y Hans, bajo cuyo toque todo se estropeaba, mientras que para el inocente Gluck, trinaban los pájaros y un valle devastado florecía nuevamente... Sin embargo, no se hagan a la idea de que John Ruskin "predicaba" cuando nos dio El Rey del Río Dorado. Por el contrario: están ustedes por descubrir un relato de aventuras semi-mágico, excitante, con algo de irrealidad y también de sabrosa comedia.

No, no hay princesa. Pero nos despedimos del joven Gluck ya de vuelta en su perdido patrimonio, el Valle del Tesoro, ahora su único dueño, seguros de que le llegará todo lo bueno y que para cuando tome una esposa, será más bella que quien quiera que haya ceñido una corona. Ya que el sabio rey zuelo dorado, habiendo puesto a Gluck a prueba, tuvo a bien concederle para siempre, lo que su corazón deseaba ¡que era mucho, mucho mejor que un río de oro líquido!

1

De cómo el sistema de agricultura de los Hermanos Negros fue interferido por el Señor Viento del Sur-Oeste

En un lugar escondido y montañoso de Styria, había, en tiempos pasados, un valle de lo más sorprendente por su gran fertilidad. Estaba rodeado por todos lados de montañas altas y rocosas que se elevaban en nevados picos de nieves perennes y de las cuales descendían un número de torrentes formando cataratas. Una de estas cataratas caía al oeste sobre un alto escarpado y, cuando el sol ya se había puesto para el mundo en derredor, sumiéndolo en oscuridad, sus rayos todavía brillaban intensamente en esta cascada haciéndola ver como una cascada de oro. Consecuentemente, la gente de los alrededores le llamaba El Río Dorado.

Era extraño que ninguno de estos arroyos cayera al valle. Todos descendían al otro lado de las montañas y serpenteaban a lo lejos por anchas llanuras y ciudades populosas. Pero las nubes eran llevadas constantemente a los picos nevados, y descansaban tan suavemente en círculo sobre el valle que en tiempo de sequía o de calor, cuando todos los campos en su derredor estaban resecos, todavía había lluvia en el vallecito y sus cosechas eran abundantes y sus pastizales altos y sus manzanas tan rojas, sus uvas tan azules, su vino tan rico y su miel tan dulce, que constituía una verdadera maravilla para todo aquel que lo veía, y se le llamaba comúnmente el Valle del Tesoro.

Todo el valle pertenecía a tres hermanos, llamados Schwartz, Hans y Gluck. Schwartz y Hans eran hombres muy feos de cejas abultadas y ojitos pequeños, carentes de brillo, casi siempre entrecerrados de modo que no podía uno ver en ellos, sino que siempre se imaginaba uno que ellos veían muy dentro de uno. Vivían trabajando el Valle del Tesoro, y eran muy buenos agricultores. Mataban todo lo que no les dejaba dinero. Mataron los cuervos porque picaban las frutas; envenenaron los grillos porque se comían las migas en la cocina; ahogaron a las chicharras que solían cantar todo el verano en los limoneros. Exigían mucho a sus sirvientes sin pagarles salario, hasta que ya no podían trabajar más; después reñían con ellos y los despedían sin pagarles.

Hubiera sido muy extraño que con una granja tal y un sistema tal de trabajo no se hubieran hecho muy ricos; y muy ricos se hicieron. Conseguían, por lo general, quedarse con el maíz hasta que éste estaba caro, logrando venderlo al doble de su precio; tenían oro amontonado por el piso, pero nunca se supo que hubieran regalado un sólo centavo, ni un mendrugo de pan a los pobres. Nunca iban a la iglesia, y pagaban sus impuestos a regañadientes. En una palabra, eran de un temperamento cruel y explosivo; ésto motivó que quienes los trataban

les dieran el sobrenombre de los "Hermanos Negros".

El hermano menor, Gluck, era completamente el opuesto tanto en aspecto como en carácter. Tenía apenas 12 años; rubio, de ojos azules y bondadoso con todos los seres vivientes. No estaba de acuerdo con sus hermanos o, mejor dicho, ellos no estaban de acuerdo con él. Generalmente, se le asignaba la honorable tarea de dar vueltas al asador cuando había algo que asar, lo cual no era muy a menudo, ya que en honor a la verdad, sus hermanos eran casi tan frugales como esperaban que los demás lo fueran. Se encargaba también de lustrar el calzado, asear los pisos y hasta de lavar los platos, comiendo ocasionalmente las sobras que en éstos encontraba. Como retribución recibía gran cantidad de azotes que hacían las veces de educación.

Así se sucedieron las cosas durante largo tiempo. Llegó por fin un verano lluvioso y todo se descompuso en la campiña y los alrededores. Apenas si habían segado el forraje cuando las inundaciones lo acarrearón hasta el mar, antes de que pudiera almacenarse. Los viñedos se destrozaron por el grani-zo; al maíz lo mató una plaga negra. Únicamente en el Valle del Tesoro las condiciones eran favorables, ya que había lluvia cuando ésta escaseaba en otros lugares, y sol cuando nadie lo tenía. Acudieron todos los vecinos a comprar maíz y se fueron echando maldiciones contra los hermanos negros, quienes pedían lo que se les antojaba por él, obteniendo el precio pedido debido a la gran necesidad. Los pobres sólo podían mendigar, y varios murieron en las puertas de su granja sin que los Hermanos Negros hicieran el menor caso.

Se aproximaba el helado invierno, cuando un día los hermanos mayores tuvieron que salir, no sin antes reconvenir a Gluck de que cuidara bien del asado y que no le permitiera la entrada a nadie, ni diera caridad a nadie. Llovía a cántaros, y Gluck se sentó muy cerca del fuego, ya que las paredes

de la cocina estaban húmedas y poco confortables. Conforme daba vueltas y más vueltas al asador, la carne fue adquiriendo un rico tono dorado. "Qué lástima", pensaba Gluck, "que mis hermanos nunca inviten a nadie a cenar". Estoy seguro de que teniendo un buen trozo de carnero como éste, les haría bien invitar a alguien a que lo disfrutara con ellos ya que hay tantas personas que no tienen ni un mendrugo de pan duro que cenar".

Cuando así pensaba, escuchó que alguien llamaba a la puerta insistentemente aunque de modo pesado, como si el aldabón hubiera estado atado. Era como si una violenta ráfaga de viento hubiera levantado el aldabón.

"Debe ser el viento" dijo Gluck, "nadie más se atrevería a llamar así a nuestra puerta".

No, no era el viento, puesto que volvió a oír que alguien llamaba como si tuviera prisa y sin temor a las consecuencias. Gluck se acercó a la ventana, la abrió y asomó la cabeza para ver quién tocaba.

Era el caballero más extraordinario que jamás sus ojos vieran. Tenía una larga nariz de color semejante al latón; sus mejillas muy redondas y tan rojas, que inclusive hacían suponer que hubiera estado soplando un fogón durante las últimas cuarenta y ocho horas; sus ojos brillaban alegremente bordeados de largas y sedosas pestañas; sus bigotes se rizaban dos veces como un sacacorchos a cada lado de su boca, y el pelo, que parecía una curiosa mezcla de sal y pimienta, le caía hasta los hombros. Tendría como un metro cuarenta centímetros de estatura y usaba un sombrero puntiagudo, casi tan alto como su poseedor, decorado con una pluma negra de casi un metro de largo. Su jubón se extendía por detrás en dos largas colas como de golondrina, aunque no se le veía bien por estar envuelto en una enorme capa negra muy lustrosa que le hubiera quedado demasiado larga si no hiciera

aire, ya que el viento que corría silbando desde la esquina de la casa, hacía que la capa se elevara desde los hombros de su dueño hasta como tres metros de altura.

Gluck se quedó paralizado por la apariencia singular del visitante, e incapaz de pronunciar palabra hasta que el caballero, después de haber ejecutado otro concierto en el aldabón, se volvió a ver su flotante capa. Al volverse pudo distinguir la rubia cabeza que asomaba a la ventana con ojos y boca abiertos por el asombro.

"Hola", dijo el caballero, "esa no es forma de contestar la puerta; estoy mojado, permíteme entrar".

Para decir verdad, sí estaba mojado el caballero. La pluma del sombrero colgaba entre sus piernas como la cola de un perrito regañado y chorreaba como si fuera un paraguas; de las puntas de los bigotes chorreaba agua en los bolsillos de su jubón, y de los bolsillos volvía a salir agua como si fuera un arroyo.

"Le pido mil perdones, señor", dijo Gluck, "lo siento muchísimo pero no puedo abrirle".

"¿Por qué no puedes?"

"Porque mis hermanos casi me matarían a golpes si lo dejara entrar. ¿Qué es lo que desea, señor?"

"¿Qué es lo que deseo?, respondió petulantemente el viejo caballero, "deseo fuego y donde guarecerme; tú tienes un buen fuego encendido, que baila, crepita y da calor sin que nadie lo disfrute. Déjame pasar aunque sólo sea para calentarme un poco".

Gluck había estado asomado a la ventana tanto tiempo que sabía que hacía un frío desconsolador. Cuando se retiró de la ventana y vio el fuego crepitando alegremente, con enormes lenguas rojizas subiendo por la chimenea, como si se relamiere anticipadamente del rico sabor de la pierna de carnero que

se asaba en él, se le hizo a Gluck cargo de conciencia dejar al pobre viejo mojado fuera de la casa. "Realmente está muy mojado", se dijo Gluck, "le permitiré entrar solamente un cuarto de hora". Corrió a abrir la puerta; y al entrar el viejo caballero entró una ráfaga de viento que sacudió hasta las mismas chimeneas.

"Qué bueno que me dejaste pasar", dijo el hombrecillo "No te preocupes por tus hermanos que yo hablaré con ellos"

"Por favor señor, no haga usted eso", dijo Gluck. "No puedo permitirle quedarse hasta que ellos regresen; le aseguro que casi me matarían".

"Siento oír eso", replicó el visitante, "entonces, ¿cuánto tiempo puedo quedarme?"

"Solamente hasta que esté listo el asado de carnero", respondió Gluck, "y ya está bien dorado".

Entonces el visitante se acercó al fuego.

"Pronto estará usted seco, señor", dijo Gluck, conforme volvía a dar vueltas al asado. Pero el viejo caballero nada que se secaba, sino que escurría agua sobre las mismas brasas hasta que el fuego empezaba a extinguirse. ¡Y la capa! ¡Jamás hubo algo semejante! Cada pliegue parecía un canal.

"Perdonando la molestia, señor", dijo Gluck, observando que el agua corría reluciente como mercurio por todo el piso, "¿no quisiera quitarse la capa?"

"No, gracias".

"¿Tampoco su sombrero?"

"Estoy bien así, gracias".

"Lo siento mucho, pero es que está usted haciendo que se apague el fuego".

"Así tardará más tiempo en asarse la carne", contestó seca-

mente el visitante.

Gluck no sabía qué pensar del comportamiento de su visitante; tenía una mezcla increíble de humildad y superioridad. Continuó dando vueltas al asador durante otros cinco minutos.

"Qué bien se ve esa pierna de carnero", dijo el viejo caballero, "¿No me puedes dar un poquito?"

"Imposible, señor".

"Es que tengo mucha hambre. No he comido nada ni ayer ni hoy. Estoy seguro que tus hermanos no extrañarían una rebanadita.

Hablaba con tal acento de melancolía que Gluck no pudo resistir.

"Me han prometido a mí una rebanada hoy, señor. Se la daré con mucho gusto, pero no podré darle nada más".

"Eres un buen chico", dijo el visitante.

Entonces Gluck se puso a calentar un plato y a afilar el cuchillo. "No me importa si me pegan por hacer esto", pensó. Apenas acababa de cortar una buena tajada del carnero, cuando se oyó que golpeaban fuertemente a la puerta. El viejo caballero se apartó de la lumbre como si de repente ésta se hubiera vuelto demasiado caliente para él. Gluck trató de acomodar la rebanada de carne nuevamente en su lugar y corrió a abrir la puerta.

"¿Por qué nos hiciste esperar en la lluvia?" dijo Schwartz, conforme entraba y tirando el paraguas en la cara de Gluck.

"¡Ay! ¿Por qué nos hiciste esperar, pequeño vagabundo?" dijo Hans dándole un golpe sobre la oreja y disponiéndose a seguir a su hermano a la cocina.

"¿Pero, qué es esto?" dijo Schwartz cuando abrió la puerta.

"Buenas noches", dijo el pequeño caballero, quien, quitándose el sombrero, hacía una inclinación con una rapidez increíble.

"¿Quién es éste?" dijo Schwartz tomando el rodillo y volviéndose contra Gluck con furia.

"En realidad no lo sé, hermano", dijo Gluck aterrizado.

"¿Entonces cómo entró?" gritó Schwartz.

"Querido hermano", dijo Gluck, "es que estaba tan mojado"...

El rodillo descendía ya sobre la cabeza de Gluck; pero de inmediato el viejo caballero interpuso la punta de su sombrero cónico golpeándolo tan fuerte que sacudió agua en todas direcciones. Y lo más raro aún fue que en cuanto el rodillo hizo contacto con el sombrero, éste salió disparado como si se tratara de una paja en un fuerte viento y fue a caer al rincón más apartado de la habitación.

"¿Quién es usted señor?" exigía Schwartz, volteándose contra él.

"¿Cuál es su negocio?" gruñó Hans.

"Soy un pobre viejo, señores", comenzó a decir el visitante muy modestamente. "Ví el fuego por la ventana y he pedido que se me permitiera entrar por un cuarto de hora".

"Tenga la amabilidad de irse ya", dijo Schwartz. "Tenemos ya bastante agua en nuestra cocina, sin necesidad de que se aniegue por completo".

"Hace mucho frío para echar fuera a un viejo, señor. Mire mi pelo gris". Que como ya sabemos, le llegaba hasta los hombros.

"Lo veo", dijo Hans. "Tiene suficiente pelo para cubrirse del frío con sus cabellos".

"Además, tengo muchísima hambre, señores; ¿no pudieran darme algo de comer antes de irme?"

"¡Comida en verdad!" dijo Schwartz. "¿Me imagino que no ha de suponerse usted que no tenemos algo mejor que hacer con nuestra comida que obsequiársela a personas de nariz enrojecida como usted?"

"¿Por qué no vende su pluma del sombrero?" dijo Hans burlescamente. "Salga de aquí".

"Solamente una probadita" dijo el viejo caballero.

"¡Salga de aquí!" rugió Schwartz.

"Por favor, señores".

"¡Largo de aquí!" dijo Schwartz agarrándolo por el cuello. Pero apenas tocó al viejo caballero por el cuello, cuando salió dando volteretas por el aire en seguimiento del rodillo, yendo a caer sobre éste. Con esto, se enfureció Hans y corrió a sacar por la fuerza al visitante, pero apenas lo había tocado cuando salió disparado dando volteretas cayéndose sobre Schwartz y el rodillo y golpeándose la cabeza en la caída, quedando amontonados en el rincón.

Entonces el viejo caballero se revolvió con mucha rapidez en dirección opuesta; continuó girando sobre sí mismo, hasta que su larga capa lo envolvió por completo y calzándose el sombrero de ladito (pues si se lo hubiera puesto derecho hubiera salido por el techo) se retorció los bigotes y dijo con toda tranquilidad:

"Caballeros, os deseo una feliz mañana. A las doce de la noche os volveré a visitar. Después de haberme rehusado toda hospitalidad como acabáis de hacer, no os sorprenderá que ésa sea la última visita que os haga".

"Si vuelvo a sorprenderos por aquí", murmuró Schwartz, saliendo medio asustado del rincón; pero antes de que pudiera terminar de hablar, el visitante había cerrado la puerta tras de sí con estrépito. Al mismo instante cruzó por la ventana una nube en forma de corona que se revolvía y corría por todo el

valle cobrando distintas formas, volteándose una y otra vez en el aire hasta desaparecer entre la lluvia.

"Muy bonito, Gluck, ¡Muy bonito!" dijo Schwartz. "Sírvenos la pierna del carnero. Si alguna vez vuelves a repetir algo semejante... ¡Válgame! ¡La carne ha sido cortada!"

"Acuérdate que ustedes me prometieron una rebanada, hermano", dijo Gluck.

"¿Y te la servías calentita? ¿Y de la parte más doradita? Pasará mucho tiempo antes de que te prometa algo parecido. Sal del cuarto inmediatamente. Esperarás en el sótano hasta que te llame".

Gluck salió tristemente de la cocina. Sus hermanos comieron tanto carnero como pudieron, encerraron lo que sobró bajo llave, y se empezaron a emborrachar después de haber cenado.

¡Era una noche terrible! El viento soplaba y silbaba mientras que llovía a cántaros. Schwartz y Hans aseguraron las ventanas y echaron doble cerrojo en la puerta. Después se fueron a acostar. Por lo general, dormían en la misma habitación. Cuando daban las doce campanadas de la media noche, se despertaron por un estruendo terrible. Se había abierto la puerta de su habitación con tanta fuerza que había sacudido toda la casa.

"¿Qué fue eso?" dijo Schwartz enderezándose en la cama.

"Nada más soy yo" dijo el viejo caballero.

Los hermanos se sentaron en la cama, tratando de ver en la oscuridad. La habitación estaba llena de agua, y a la luz de la luna distinguieron a media pieza un globo de espuma dando vueltas y cabeceando en el agua como un corcho, sobre el cual, recostado como en un cojín de plumas, estaba el viejo caballero con todo y su sombrero. Ahora sí había espacio suficiente para su sombrero, pues el techo había volado por los aires.

Referente a lo que hicieron los Tres Hermanos después de la visita del Señor Viento Sur-Oeste; y de cómo el Pequeño Gluck tuvo una entrevista con el Rey del Río Dorado

La palabra del Señor Viento Sur-Oeste era tan buena como su firma. Después de la última visita ya relatada, ya no existía el Valle del Tesoro; y lo que era peor, tenía tanta influencia con sus parientes, los vientos del Oeste, y la usaba tan bien, que todos ellos adoptaron una conducta similar. Ya nunca llovía en el valle de un año al otro. Aunque todo reverdecía en los valles vecinos, la herencia de los tres hermanos era un desierto. Lo que una vez había sido la tierra más fértil de todo el reino, no era sino arenas. Siendo imposible usar ese desierto para nada, los tres hermanos abandonaron su patrimonio desesperados y se fueron a buscar fortuna, o cuando menos a ganarse la vida en las ciudades. Ya no les quedaba nada de dinero; con lo único que contaban era con unas cuantas piezas de oro después de haber tenido una fortuna malhabida.

"¿Qué tal si nos dedicamos a la orfebrería en oro?" dijo Schwartz a Hans al llegar a una gran ciudad. "Es un buen oficio para sinvergüenzas, ya que podremos mezclar gran cantidad de cobre con el oro sin que nadie se dé cuenta".

A Hans se le hizo muy buena la idea. Alquilaron un horno y se pusieron a trabajar el oro. Sin embargo, había dos circunstancias que afectaron su nuevo oficio: la primera, que a los clientes no les gustó el oro revuelto con el cobre, y la segunda, que en cuanto los hermanos mayores lograban vender algo, dejaban al pequeño Gluck a que cuidara del horno y ellos se iban a emborrachar a la cantina gastándose todo el dinero de la venta. Derritieron todo su oro sin que nunca tuvieran di-

nero para comprar más, hasta que al fin les quedó solo una copa de oro que un tío le había regalado a Gluck. Gluck estaba muy encariñado con el único objeto de valor que había poseído y no hubiera querido deshacerse de su copa, aunque nunca había bebido sino agua y leche en ella. La copa en sí era muy rara. Tenía una asa como corona formada por cabellos dorados, tan finamente trabajados que más parecían de seda que de metal; estos cabellos delicados, bajaban y se confundían con una barba y unos bigotes ejecutados con la misma exquisitez de trabajo que el pelo que rodeaba y decoraba una fiera carita, hecha del oro más rojo imaginable, precisamente en el frente de la copa, y con unos ojos que parecían dominar toda la circunferencia. Era imposible beber de la copa sin que dejara uno de ver la mirada intensa de uno de esos ojos. ¡Schwartz aseguraba que después de haberse bebido diecisiete copas llenas de vino del Rhin, había visto que le guiñaba el ojo! Cuando le llegó el turno a la copa de ser fundida y transformada en cucharas, por poco se le rompe el corazón al pequeño Gluck, pero sus hermanos sólo se burlaron de él y arrojaron la copa en la cruceta para derretirla. Se fueron tambaleando a la cantina, dejando que Gluck se encargara de derretirla y luego vaciarla en pequeños lingotes.

Una vez que se fueron, Gluck echó la última mirada a su querida copa que se fundía. Todo el pelo, la barba y los bigotes ya se habían derretido quedando tan sólo la carita de brillantes ojos que parecían más maliciosos que de costumbre. "Y con sobrada razón" pensó Gluck, "por tratarla así". Sé fue a sentar muy desconsoladamente en el quicio de la ventana para respirar el aire puro de la noche y alejarse del calor del horno. Esta ventana daba directamente a las montañas, que como ya hemos dicho, rodeaban al Valle del Tesoro y especialmente al pico de donde descendía el Río Dorado. El día llegaba a su fin y cuando Gluck se sentó en la ventana, vio los picos de las montañas púrpuras y rojizas con los colores de la puesta del sol y

de entre ellas, las nubes que parecían incendiadas por los colores y el río más brillante que nunca, semejando una columna de oro puro conforme descendía despeñándose por los precipicios, formando una cascada y un arco iris de un lado a otro de la garganta, que perdía y ganaba intensidad en sus colores alternativamente con el movimiento del agua.

"¡Ay!" dijo Gluck en voz alta, después de haber contemplado el paisaje un rato, "si ese río fuera realmente todo de oro, sería maravilloso".

"No, no lo sería, Gluck", dijo una voz metálica cerca de él.

"Dios mío, ¿qué ha sido eso?" exclamó Gluck levantándose de un salto. No hay nadie aquí. Buscó por todo el cuarto, debajo de la mesa y detrás de sí mismo, pero desde luego que no había nadie y se volvió a sentar en el quicio de la ventana. Esta vez ya no habló en voz alta, pero volvió a pensar que sería muy conveniente que el río fuera realmente de oro.

"Desde luego que no, muchacho" dijo la misma voz más fuertemente que la vez anterior.

"¡Dios mío!", dijo Gluck nuevamente, "¿qué es eso?" Buscó y rebuscó por todos los rincones y alacenas y dio una y otra vuelta en medio del cuarto pensando que pudiera haber alguien a sus espaldas, cuando volvió a oír la misma voz. Ahora estaba cantando muy contenta: "Lara-lira-la"; sin palabras, solamente una efervescente melodía, semejante a una olla que hierve. Gluck asomó la cabeza por la ventana. No, no era en la calle, sino que la voz estaba dentro de la habitación y enunciando las notas más rápidamente y más claras cada vez. Subió al piso de arriba y volvió a bajar. "Lara-lira-la". De repente, se le hizo a Gluck que se oía más fuerte cerca del horno. Corrió a abrirlo y sí, parecía que el sonido no solamente salía del horno, sino de la cruceta en que se derretía el oro. La destapó y del susto se fue para atrás, ya que la cruceta era la que estaba cantando. Se fue a parar al rincón más

alejado de la habitación, con las manos en alto y la boca abierta. Se quedó así uno o dos minutos, cuando de repente cesó el canto y una voz clara dijo:

"Hola".

Gluck no contestó.

"Hola Gluck, muchacho mío", dijo la cruceta nuevamente.

Reuniendo todo su valor, Gluck se dirigió a la cruceta, la sacó del horno y miró dentro. El oro se había derretido todo y la superficie llana y brillante parecía un espejo pero, en vez de reflejar la cabeza de Gluck cuando éste se asomó, vio debajo de la superficie plana del oro, la nariz roja y los vivaces ojos de su antiguo amigo de la copa, mil veces más rojos y más definidos de lo que jamás antes lo hubiera visto.

"Anda Gluck, mi buen muchacho" dijo la voz de la cruceta, "estoy listo para ser vaciado".

Pero Gluck estaba demasiado atónito para moverse.

"Que me vacíes ya, te digo", dijo la voz un tanto molesta.

Gluck todavía no podía moverse.

"¿No me vas a vaciar?" dijo la voz fuertemente, "estoy demasiado acalorado".

Haciendo uso de toda su fuerza de voluntad, recobró Gluck el uso de sus extremidades, agarró la cruceta, la ladeó para vaciar el oro, pero en vez de un chorro de oro líquido, salieron primero unas piernitas amarillas muy bonitas, luego la ropa con unos brazos en jarras y, finalmente, la bien conocida cabeza de su amigo de la copa, quedando firmemente constituido sobre el piso, en la figurita de un enanito como de medio metro de alto.

"Eso es" dijo el enano, estirando primero sus piernas y luego sus brazos y sacudiendo la cabeza en todas direcciones y haciendo estos ejercicios como por cinco minutos sin parar,

como si tratara de ver si había quedado bien formado, mientras que Gluck lo contemplaba mudo de asombro. Estaba vestido con un jubón de filigrana de oro, de tan fina hechura que brillaban colores prismáticos como si se tratara de madreperla. Su pelo y su barba descendían en rizos de oro, con tanta delicadeza que era para Gluck difícil saber dónde terminaban, pues parecían desvanecerse en el aire. Los rasgos de la cara, no eran de tanta delicadeza, sino más bien toscos, inclinándose a un color cobrizo e indicando, por su expresión, que su dueño tenía un carácter fuerte y sagaz. Cuando el enano hubo terminado de inspeccionarse, volteó a ver a Gluck con fijeza, contemplándolo durante uno o dos minutos con sus vivaces ojos. "No, no lo sería, amigo Gluck", dijo el hombrecillo.

Era este un modo abrupto e inconexo de iniciar una conversación. Podía suponerse que lo dicho se refiriera a los pensamientos de Gluck, que habían dado por resultado las exclamaciones del duende desde la cruceta; pero sea lo que fuere a lo que se refiriese, Gluck no se sentía con ganas de disputar lo aseverado.

"¿No lo sería, señor?" dijo Gluck suavemente, casi con sumisión.

"No", dijo el enano en conclusión, "no lo sería". Dicho esto, el enano prosiguió a dar dos vueltas de un metro cada una, levantando sus piernas muy alto y bajándolas fuertemente. Esta pausa le permitió a Gluck reponerse un poco, y no viendo motivo de alarma en su diminuto visitante, la curiosidad dominó su azoro, y se atrevió a formular una pregunta con mucha delicadeza.

"Perdone señor," dijo Gluck pausadamente, "¿era usted mi copa?".

Ante lo cual, el hombrecillo se volvió vivamente, caminó derecho a Gluck y se irguió en toda su corta estatura. "Yo", dijo el hombrecillo, "soy el Rey del Río Dorado". Comenzó a dar

dos vueltas más, pero esta vez de dos metros cada una, para permitir que pasara suficiente tiempo para que la consternación producida por esta aseveración en su interlocutor, tuviera tiempo de asimilarse. Después de lo cual, volvió a caminar derecho hacia Gluck, y se quedó quieto, como esperando algún comentario sobre lo que había dicho.

Gluck pensó que sería mejor que dijera algo. "Espero que su Majestad se encuentre bien", dijo Gluck.

"¡Escúchame!" dijo el hombrecillo, sin dignarse contestar la pregunta de Gluck. "Soy el Rey de lo que ustedes los mortales llaman el Río Dorado. La forma bajo la cual me conociste fue debido a la malicia de otro rey más fuerte y de cuyo encantamiento acabas de liberarme. Por lo que he visto de ti y tu conducta hacia tus malvados hermanos, te voy a hacer un favor, atiende entonces a lo que voy a decirte. Para aquel que escale la cumbre de la montaña de la que nace el Río Dorado y deje caer tres gotas de agua bendita en el nacimiento del río, el río se convertirá en un río de oro, únicamente para esa persona. Pero nadie que falle el primer intento, podrá intentarlo por segunda vez. Y si alguien arrojara agua que no fuera bendita en el río, el río lo conquistará y lo convertirá en una negra roca". Después de haber dicho esto, el Rey del Río Dorado, dio la vuelta y deliberadamente entró a las llamas del horno donde era más intenso el fuego. Su figura se volvió roja, blanca, transparente, brillante y una llamarada de luz intensa surgió temblando del fuego y desapareció. El Rey del Río Dorado se había evaporado.

" ¡Ay!" gritó Gluck, corriendo a la chimenea tras de él; "¡Ay, ay, ay! ¡Mi copa, mi copa, mi copa"!

De Cómo el Señor Hans salió de Expedición al Río Dorado y sus Aventuras Ahí

El Rey del Río Dorado apenas acababa de desaparecer como lo relatamos en el capítulo anterior, cuando Hans y Schwartz regresaron tambaleándose de la cantina, completamente borrachos. El descubrir la pérdida total de su última pieza de oro, tuvo el efecto de que se les bajara la borrachera lo suficiente para que, entre los dos, le pegaran a Gluck cada cuarto de hora. Después de hacer esto, se dejaron caer en unas sillas y le pidieron a Gluck una explicación. Gluck les relató lo acontecido, pero, por supuesto, no le creyeron ni una palabra. Volvieron a golpearlo hasta que se les cansaron los brazos y se fueron a acostar. Cuando Gluck repitió lo acontecido a la mañana siguiente y vieron la firmeza con que se aferraba a su relato, al fin le creyeron. Entonces, los hermanos, empezaron a disputar entre ellos quién de los dos sería el primero en ir a probar su suerte, acabando por sacar sus espadas. El ruido de la lucha alarmó a los vecinos quienes, incapaces de separarlos, acabaron por ir a llamar a las autoridades.

En cuanto Hans se dio cuenta de lo que ocurría, se las arregló para escabullirse y esconderse, mientras que a Schwartz lo llevaban ante el juez, quien lo multó por alterar la paz. Pero como la noche anterior se habían gastado todo su dinero en la borrachera, lo metieron en la cárcel por no tener con qué pagar la multa.

Hans se alegró muchísimo ante el desarrollo de los acontecimientos y decidió ponerse en marcha cuanto antes hacia el Río Dorado. No sabía cómo obtener el agua bendita. Se la pidió al sacerdote, pero éste se negó a dársela, por tener tan mala fama. Entonces Hans fue a los servicios vespertinos por primera vez esa tarde, y bajo el pretexto de santiguarse, robó

una copa de agua bendita y regresó triunfante a casa.

A la mañana siguiente, se levantó antes de que despuntara el sol, puso el agua bendita en una botella con tapa, dos botellas de vino y un poco de carne en una cesta, se la echó al hombro; tomó un báculo y echó a andar hacia las montañas.

Para salir del pueblo, tenía que pasar ante la cárcel y se asomó a las ventanas, encontrándose a Schwartz muy desconsolado asomado entre los barrotes.

"Buenos días, hermano", dijo Hans. "¿Tienes algún mensaje para el Rey del Río Dorado?"

Schwartz rechinaba los dientes de rabia, y zarandó los barrotes con todas sus fuerzas; Hans solamente se rió de él, le aconsejó que se pusiera cómodo hasta que él regresara y volviéndose a echar la cesta al hombro, agitó la botella de agua bendita ante la cara de su hermano y echó a andar de excelente humor.

Era una mañana tan hermosa como para hacer la felicidad de cualquiera, aunque no fuera en busca del Río Dorado. Tenues capas de neblina cruzaban el valle, tras de las cuales se levantaban las enormes masas de las montañas. Las faldas de las montañas lucían en una sombra gris pálido que casi se confundía con la neblina, y ascendían gradualmente hasta que recibían la luz del sol, que pintaba de encendidos colores las grietas angulosas y penetraba en rayos horizontales entre las ramas de los pinos. Más arriba se erguían torreones de roca maciza que adquirían un sinnúmero de formas fantásticas, pudiendo apreciarse aquí y allá nieve coloreada por el sol y los abismos semejando la quebrada imagen de los rayos. Todavía más allá, más tenue que la niebla matutina, puro e inalterable, dormía el cielo azul, y los últimos picos cubiertos por nieves eternas.

El Río Dorado, que nacía a mucho menos altura en un pico

desnudo, estaba ahora a la sombra, excepto por el alto rocío que desprendía, subiendo cual humo lento sobre la ondulante línea de la catarata, y que flotaba en tenues nubes acarreado por el viento matinal.

En este objeto estaban fijos los pensamientos y los ojos de Hans. Olvidándose de la distancia que tenía que recorrer, apresuró el paso en forma imprudente, lo que acabó por cansarlo mucho antes de que hubiera remontado las faldas verdes de las montañas. Además, le sorprendió encontrarse un glaciar muy grande y cuya existencia ignoraba, a pesar de conocer mucho esas montañas, y que quedaba entre él y el nacimiento del río.

Se metió en el hielo con la entereza de un montañés. Sin embargo, no creía haber cruzado un glaciar tan extraño y tan difícil en toda su vida. El hielo era muy resbaloso y de sus abismos subían extraños ruidos de agua que corre.

No eran monótonos y suaves, sino cambiantes y estruendosos, semejantes a pasajes de una loca melodía que terminaba en tonos melancólicos o en gritos repentinos, que semejaban voces humanas presas de dolor o de angustia. El hielo estaba roto en miles de trozos de formas confusas, pero ninguna, pensó Hans, en las formas familiares. Parecía que tuvieran expresión, semejando perpetuamente rostros vivientes distorsionados y desdeñosos. Miríadas de sombras engañosas y extrañas luces jugaban y flotaban entre los azulosos picos confundiendo la visión del viajero, mientras que sus oídos se ensordecían y su cabeza se aturdía con el rugir constante de las aguas ocultas.

Estas dolorosas circunstancias aumentaron conforme avanzaba. El hielo se abría y se estrellaba formando nuevos abismos a sus pies. Débiles torres caían con gran estrépito ante él. Aunque a menudo se había enfrentado a estos peligros en los glaciares más peligrosos y durante tormentas y ventiscas, fue

ya con un terror bordeando en pánico que saltó el último abismo y se dejó caer tembloroso y exhausto sobre la parte segura de la montaña.

Se había visto obligado a abandonar su cesto de alimentos por haberse tornado peligroso el llevarlo auestas, y para refrescarse no le quedó más que romper y comer pedazos de hielo. Esto le calmó la sed, y después de una hora de descanso, se repuso su fuerte naturaleza, y acicateado por el indomable espíritu de la avaricia, reanudó su penosa caminata.

El camino subía ahora por un lomo de pelada roca, que no tenía ni una hoja de pasto que amortiguara sus pasos y carente de protuberancia alguna que le diera un poco de sombra que lo protegiera del sol del sur. Pasaba ya medio día y los rayos del sol caían sin piedad sobre el escarpado camino, mientras que toda la atmósfera se encontraba inmóvil y penetrada de calor. Una sed intensa se sumó a la fatiga corporal que ahora le afligía. Miraba repetidas veces el frasco de agua bendita que pendía de su cintura. "Tres gotas son suficientes", pensó al fin. "Por lo menos podré mojarme los labios".

Había abierto el frasco y se lo llevaba a los labios, cuando sus ojos vieron un objeto que yacía en la roca junto a él; le pareció que se movía. Era un perrito, evidentemente en agonía por la sed. Tenía la lengua afuera, las fauces secas y las patas sin vida; se le habían subido las hormigas negras a los bellos y a la garganta. Sus ojitos miraban la botella que Hans tenía en la mano. Hans subió el frasco hasta su boca, bebió e hizo a un lado al perro con el pie. Sin podérselo explicar, pensó que una extraña nube había oscurecido el azul del cielo.

La senda se hacía más pronunciada y más difícil cada vez; y el aire de la montaña, en vez de refrescarlo, parecía que le hacía hervir la sangre. El ruido de las cataratas parecía burlarse de él, ya que estaban tan distantes, y su sed aumentaba por momentos. Pasó otra hora, y nuevamente volvían sus ojos al

frasco en su cintura. Ya estaba medio vacío, pero todavía tenía mucho más de tres gotas. Se detuvo para abrirlo y nuevamente creyó ver que algo se movía frente a él. Era un niño rubio que yacía casi muerto sobre las rocas. Su pecho se veía agitado, sus ojos estaban cerrados y sus labios agrietados y con fiebre por la sed intensa que padecía. Hans lo miró con frialdad, bebió y prosiguió su camino. Una gran nube gris oscureció al sol y serpenteantes sombras se extendieron por los costados de las montañas.

Hans continuó su penosa marcha. El sol se ponía, pero su descenso no parecía calmar la intensidad de sus rayos; el peso del aire enrarecido pesaba sobre su frente y su corazón, pero ya la meta estaba cerca. Avistó la catarata del Río Dorado en su nacimiento, a escasos ciento cincuenta metros encima de él. Hizo una pausa para recobrar el aliento y se dispuso a completar su tarea.

En ese instante, un leve quejido llegó a sus oídos. Dio la vuelta y vio a un anciano de pelo gris acostado en las rocas. Sus ojos estaban hundidos; sus facciones con la palidez de la muerte y con una expresión de desesperación en el rostro. "¡Agua!" suplicaba extendiendo sus brazos hacia Hans. "¡Agua! que me muero de sed" dijo débilmente.

"No tengo agua", replicó Hans y prosiguió su camino. Un relámpago centelleó azulado en forma de espada, sacudiendo los cielos tres veces, después de lo cual quedaron sumidos en sombras. El sol llegaba al ocaso cual esfera de fuego.

El estruendo del Río Dorado aumentaba. Hans se detuvo en la orilla del precipicio por el cual corría. Las aguas ondulantes estaban plenas del rojo atardecer, debatiéndose en las crestas cual lenguas de fuego, y chispazos de luz sanguinolenta brillaban en su espuma. El rugido de la catarata aumentaba sobre los sentidos de Hans, su cerebro no coordinaba muy bien con el estruendo prolongado. Temblando sacó el

frasco de su cinturón y lo arrojó al centro del torrente. Al instante sintió que un frío helado le invadía, se bamboleó, gritó y se cayó. Las aguas se cerraron sobre su grito. El rugir del torrente subió en intensidad durante la noche conforme bordeaban una ROCA NEGRA.

4

De como el señor Schwartz salió de Expedición al Río Dorado y sus aventuras ahí

El pobrecito de Gluck esperaba ansiosamente el regreso de Hans al hogar. Viendo que no regresaba, se angustió mucho y fue a la prisión a contarle a Schwartz lo que sucedía. A Schwartz le dio mucho gusto que los acontecimientos se hubieran presentado así y dijo que seguramente Hans había sido convertido en una roca negra y que entonces el oro sería suyo. Pero Gluck estaba muy triste y lloró toda la noche. A la mañana siguiente, como no había ya nada que comer en la casa, Gluck fue a buscar trabajo con otro fundidor de metales y trabajó tanto, tan bien y tantas horas diarias, que pronto pudo juntar lo suficiente para pagar la multa de su hermano y sacarlo de la prisión. A Schwartz le dio tanto gusto salir de tras de las rejas, que le dijo a Gluck que le daría parte del oro del río, pero Gluck solamente le rogaba que fuera a ver qué desgracia le había sucedido a Hans.

Cuando Schwartz oyó que Hans había robado el agua bendita, pensó que tal vez eso era lo que no le había parecido bien al Rey del Río Dorado y decidió hacer mejor las cosas. Sirviéndose del dinero de Gluck, fue a ver a un mal sacerdote, quien gustosamente le vendió el agua bendita. Pensó Schwartz que así estaría todo bien. Se levantó antes del amanecer y poniendo pan y vino en una cesta y el agua bendita en un frasco, emprendió camino hacia la montaña.

Como su hermano, se sorprendió mucho al ver el glaciar y tuvo mucha dificultad para atravesarlo, aún después de haber abandonado la cesta. Era un día sin nubes pero sin brillantez; había una bruma púrpura suspendida en el cielo, y las colinas se veían achaparradas y tristes. Conforme Schwartz ascendía las sendas rocosas, le acometió la sed, tal como le había pasado a su hermano, y tuvo que llevarse el frasco a los labios para beber. Entonces vio al rubio niño yaciendo junto a él y suplicándole que le diera de beber. "¡Agua, en verdad!" dijo Schwartz, "no tengo ni la mitad de lo que necesito para mí", y prosiguió su camino. Conforme caminaba pensó que los rayos solares se hacían tristes y vio como un banco de nubes surgían del Oeste. Después de haber escalado la montaña durante una hora más, la sed lo invadió nuevamente y de buena gana hubiera bebido, cuando vio al anciano ante su camino y escuchó cómo suplicaba que le dieran agua. "¡Agua, en verdad!" dijo Schwartz, "no tengo ni la mitad de lo que necesito para mí", y prosiguió su camino.

Nuevamente parecía que la luz disminuía ante sus ojos, y al elevar la mirada se quedó atónito al ver que una bruma de color de sangre había cubierto al sol y que la enorme nube negra estaba muy alta y sus orillas se movían inquietas, revolviéndose como olas en el mar, produciendo largas sombras que terminaban directamente encima de la ruta que llevaba Schwartz.

Después de haber caminado otra hora, le acometió la sed nuevamente; y al levantar el frasco a sus labios creyó ver a su hermano Hans yaciendo exhausto ante sí y que al mirarlo extendió los brazos en su dirección y le suplicaba que le diera agua. "Ja, ja", rió Schwartz, "¿conque aquí estás? Recuerdas los barrotes de la prisión, hermano mío. ¡Agua en verdad! ¿Crees que la iba a acarrear hasta aquí para dártela a tí?" Y pasó sobre la figura inerte, pero al pasar sobre él, se le pareció ver una sonrisa burlona en sus labios. Cuando hubo ca-

minado unos metros más, volvió la cabeza y la figura había desaparecido.

Schwartz se sintió sobrecogido por el horror sin saber por qué; pero su sed por el oro prevaleció sobre su temor y apuró el paso. Y el banco de nubes negras subió hasta el cenit y rayos imponentes fulgurando, parecían flotar entre la honda negrura en todos los cielos. Por donde el sol se ponía, se veía a un mismo nivel, como si fuera un lago de sangre, y un viento fuerte arrancó fragmentos carmesí a las nubes esparciéndolas en la oscuridad. Cuando Schwartz por fin llegó a la orilla del Río Dorado, las aguas eran negras como nubes de tormenta y su espuma como fuego. El rugir de la catarata se confundió con el estruendo de los truenos, cuando aventó el frasco en la mitad de las aguas. Al hacerlo, un rayo lo deslumbró y la tierra se desmoronó bajo sus pies, cerrándose las aguas sobre su grito. El estruendo del río fue terrible durante la noche, al despeñarse sobre **DOS ROCAS NEGRAS**.

5

De cómo el Pequeño Gluck salió de Expedición al Río Dorado, y de cómo prosperaron sus aventuras y otras cosas de interés

Cuando Gluck vio que Schwartz tampoco regresaba, se puso muy triste y no supo qué hacer. Carecía de dinero y volvió a trabajar con el fundidor de oro nuevamente, quien lo hacía trabajar mucho por muy poca remuneración. Después de un par de meses se cansó del trato recibido y decidió ir a probar su suerte con el Río Dorado. "El pequeño Rey parecía muy bueno", pensó, "no creo que me convierta en una roca negra". Fue entonces con el Sacerdote, quien le dio el agua bendita en cuanto se la pidió. Puso entonces pan y agua en un cesto y muy de mañana se encaminó hacia las montañas.

Si el glaciar había causado muchas dificultades a sus hermanos, fue veinte veces peor para él, ya que no tenía la corpulencia ni la práctica necesarias para escalar montañas. Tuvo varias caídas graves, perdió su cesto y su pan, y estaba aterrizado de los ruidos raros que se oían bajo el hielo. Se quedó largo rato descansando sobre el pasto, después de encontrarse al otro lado, y comenzó el ascenso en la parte más caliente del día. Después de haber escalado durante una hora, estaba horriblemente sediento, y empezó a beber, como sus hermanos, cuando vio a un anciano que descendía en su dirección, de aspecto muy débil y recargándose en un báculo. "Hijo mío" dijo el anciano, "me siento morir de sed, dame un poco de esa agua". Gluck vio que el anciano estaba pálido y sumamente cansado y le dio el agua. "Por favor no se la acabe toda" dijo Gluck. Pero el anciano bebió largo rato y le entregó el frasco vacío en sus dos terceras partes. Le deseó un buen viaje, y Gluck echó a andar alegremente. Y la senda se hizo más fácil a sus pies, unas cuantas hojitas de pasto aparecieron a su paso y unos cuantos grillos empezaron a cantar junto a él y Gluck pensó que jamás había escuchado un canto más alegre.

Después de haber caminado otra hora, sintió que había aumentado tanto su sed, que se vería obligado a beber nuevamente. Pero, al ir a subir el frasco a su boca, vio a un niño jadeante en el camino, llorando desconsoladamente por la falta de agua. Gluck luchó consigo mismo, decidiendo soportar la sed un rato más, y poniendo el frasco en los labios del niño bebió éste casi toda el agua, excepto unas cuantas gotas. Le regaló entonces una sonrisa y poniéndose de pie corrió ladera abajo. Gluck se quedó mirando como se alejaba hasta que se volvió tan pequeño como una estrella; se dio la vuelta y siguió subiendo. Vio entonces toda clase de olorosas flores creciendo entre las rocas, así como musgos verdes relucientes, con florecitas estrelladas color de rosa, bellas campánulas

más azules que el cielo más azul y lirios blancos translúcidos. Mariposas carmesí y púrpura revoloteaban por doquier, y el cielo enviaba una luz tan pura, que Gluck jamás se había sentido tan feliz en toda su vida.

Después de haber escalado durante otra hora, su sed se había vuelto intolerable, pero cuando vio la botella, vio que sólo quedaban en ella cinco o seis gotas, y no podía arriesgarse a beber. Al irse a sujetar el frasco al cinturón vio a un perrito luchando por respirar, tal y como lo había visto Hans el día que había ido en busca del oro. Gluck se detuvo junto al animalito y luego volteó a ver el Río Dorado, a sólo quinientos metros de él. Recordó las palabras del enano de que "nadie podría tener éxito más que al primer intento" y trató de ignorar al perrito, pero éste se quejaba tristemente y Gluck se detuvo nuevamente. "Pobrecito animalito" dijo Gluck, "ya estará muerto a mi regreso si no lo ayudo ahora."

Los ojos del perrito imploraban piedad, y Gluck sin poder contenerse, dijo: "Al diablo con el Rey y con su Río de Oro". Abriendo el frasco vació la poca agua que en él quedaba en el hocico del perrito.

El perrito se puso de pie. Su cola empezó a desaparecer, sus orejas a crecer y a tomarse rubias y sedosas, su nariz a hacerse roja, y sus ojos muy traviosos. En tres segundos había desaparecido el perrito, y ante él estaba su viejo amigo, el Rey del Río Dorado.

"Gracias", dijo el monarca. "No te asustes, pues todo está muy bien" ya que Gluck daba muestras de estar consternado. "¿Por qué no habías venido antes?" continuó el enano, "en vez de mandarme a tus malvados hermanos y tener que haberlos convertido en rocas. Se convirtieron en unas rocas muy duras y muy negras".

"Por favor", dijo Gluck "¿Cómo pudo ser tan cruel? "

"¿Cruel? dijo el enano, arrojaron agua no bendita en mi cauce, ¿crees que podría tolerar semejante cosa?"

"Ellos obtuvieron el agua de la iglesia señor, quiero decir, Majestad".

"Es muy probable que así lo hicieran, pero, " añadió el enano poniéndose muy serio, "el agua rehusada a los agotados y moribundos deja de ser bendita, aunque haya sido bendecida por todos los santos del cielo; en cambio, el agua que se encuentra como vehículo de la piedad es bendita aunque tenga cadáveres en ella".

Y así diciendo, el enano se agachó a cortar una azucena que crecía a sus pies. En sus hojas había tres claras gotas de rocío que el enano virtió en el frasco que Gluck tenía en la mano.

"Echa esto en el río" dijo el enano, "y baja las montañas hacia el Valle del Tesoro. Que tengas buen viaje".

Conforme hablaba, la figura del enano iba desapareciendo. El juego de colores de su indumentaria se habían tornado en una niebla de colores prismáticos nebulosos; se vio por un instante cubierto con ellos como si tuviera un ancho cinturón de un gran arco iris. Los colores se debilitaron, la bruma se elevó en el aire y el monarca había desaparecido.

Entonces Gluck subió hasta la orilla del Río Dorado y sus aguas eran tan límpidas como el cristal y tan brillantes como el sol. Cuando arrojó las tres gotas de rocío en su cauce, se formó, en donde cayeron, un pequeño remolino por donde descendieron las aguas con musical sonido.

Gluck se quedó observando un rato, muy desilusionado, pues no sólo sus aguas no se habían vuelto de oro, sino que su caudal había disminuido mucho. Sin embargo, obedeció lo que le había dicho su amigo, el enano, y descendió del otro lado de las montañas hacia el Valle del Tesoro; conforme caminaba oía el ruido del agua que se abría paso bajo la tierra.

Y cuando por fin llegó al Valle del Tesoro, se admiró de ver un río semejante al Río Dorado despeñarse de una nueva grieta en las altas rocas y corriendo en innumerables arroyos entre los montones de arena roja.

Vio Gluck cómo brotaba el pasto junto a los nuevos arroyos, y cómo crecían enredaderas entre el suelo humedecido. Frescas flores se abrieron en las riberas, tal como estrellas brotan del cielo cuando cae la noche, y macizos de mirtos y tiernas viñas proyectaban sus sombras en el valle conforme crecían. Entonces el Valle del Tesoro se convirtió en un jardín nuevamente, y su heredad, que se había perdido por la crueldad, había sido recobrada por el amor.

Y se fue Gluck y vivió en el valle, y los pobres jamás se fueron con las manos vacías de sus puertas, y sus graneros se llenaron de maíz y su casa de tesoros. Y para él, conforme la promesa del enano, el río se había convertido en un Río de Oro.

Y hasta la fecha, los habitantes del valle señalan el lugar donde tres gotas de rocío bendito fueron arrojadas en el cauce del río, que cambió su curso bajo tierra para resurgir en el Valle del Tesoro, y todavía pueden verse dos negras rocas, alrededor de las cuales las aguas mugen tristemente a diario a la puesta del sol. A estas rocas se las conoce por el nombre de los HERMANOS NEGROS.

EL BUEN GERARDO

Aventura de un mercader navegante, que compró en el Oriente una reina con doce caballeros

El Emperador Otto construye una catedral y fue informado de las hazañas más grandes del buen Gerardo

Hace mucho tiempo, Alemania fue gobernada por un emperador muy poderoso, superior a todos los otros príncipes por su fuerza y por su dignidad. Su nombre fue Otto y por su barba roja le llamaron "el Emperador rojo". No pensaba en otra cosa sino en la paz y la justicia dentro de su reino, quería mantener el orden y las buenas costumbres y seguir la ley de Dios. A su lado tenía a su esposa Ottegebe; ésta era para él, una compañera querida, que se dedicaba a buenas obras, a toda hora consolaba a los pobres y les ayudaba en todo. Ambos cumplieron con la voluntad de Dios y se amaban el uno al otro.

Un buen día, aconsejó la reina a su esposo que empleara su gran riqueza en la construcción de una obra de amor, para agradar a Dios y servir a los hombres. El rey lo meditó larga y profundamente y, al fin, llegó a la conclusión de fundar un arzobispado, dándole terreno y gente, y protegiéndole por una ciudad con castillo. Destinó que el sitio fuera Magdeburgo, situado en el río Elba donde hoy se levanta una ciudad grande y poderosa.

Muchos príncipes llegaron a este sitio, querían servir con su fuerza y su vida, con su gente y sus bienes a Dios y a la Iglesia, sus hijos fueron consagrados a sacerdotes y canónigos, y el arzobispo mismo fue declarado príncipe con el derecho de tomar parte en las elecciones de los nuevos emperadores. Y para honrar su obra aún más, el emperador declaróse a sí mismo

"servidor" de la fundación, que ha recibido sus poderes como préstamo, y lo mismo hicieron muchos príncipes y condes.

Pronto se conoció el arzobispado en todo el país y todo el mundo dio gracias y honores al emperador. A esto, el emperador fue tan feliz, que su corazón se llenó de orgullo y arrogancia. Se imaginaba: si ya los hombres me aclaman tanto, cuánto mayor será el respeto que me tiene Dios. Nadie en el mundo le ha regalado una obra semejante.

Pensando esto, entró un día a la nueva catedral para orar. Se arrodilló delante del altar y dedicó una oración larga a Dios. Al fin rogó que Dios en la altura se dignara hacerle saber, cuál sería la recompensa para todo esto.

A esto sonó la voz queda de un ángel, que dijo claramente: "Dios en su bondad te ha regalado poderes grandes en este mundo, te ha dado vida, honores y riqueza. Fue muy sabio de parte tuya que hayas dedicado una gran parte de todo esto para honrar a Dios. Por esto, te fueron dados elogios y gloria en el mundo. También en el cielo te fue prevista una silla de honor, pero ésta la has perdido por tu vanidad. Todo lo que has hecho lo has vuelto a perder ante Dios, que la alabanza del mundo sea tu recompensa. Dios no exige hechos de gloria; El no mira sino un corazón limpio que no pregunte por recompensas. Si hubieras actuado tal como lo ha hecho un simple comerciante, que no tiene la dignidad de un príncipe, en verdad, hubieras sido bueno y sabio, y tu nombre sería escrito en el libro de la vida".

A esto, el emperador se asustó mucho y se preguntó a sí mismo: "¿Cómo puede ser que un simple comerciante hubiera servido mejor a Dios que yo? Me gustaría mucho conocer su nombre, para aprender más de sus obras". Pronto respondió la voz: "Te será cumplido tu deseo. El hombre que se ha ganado la recompensa celeste por sus hechos es el buen Gerardo de Colonia, que es tan rico, tan humilde y tan piadoso

que todo el país lo llama "El Bueno". Muy sorprendido preguntó el emperador: "Entonces, ¿qué ha hecho que ha merecido este nombre de honor?". Respondió la voz: "Si quieres saber ésto, ve tú mismo a buscarlo y ruégale que te lo diga". "¿No bastaría a esto un mensajero que vaya hacia su trono?" preguntó el emperador, pero la voz respondió: "Será bueno si él mismo te cuenta algo de su vida, cuando estés a su lado. No va a contar nada a un mensajero, porque es muy modesto. Si le has escuchado, te darás cuenta que él ha servido mejor a Dios que tú." Y la voz del ángel calló.

Pero el emperador se levantó y se fue a su casa callada y pensativamente. Lo que había escuchado no lo dejó en paz y resolvió emprender el viaje hacia Colonia a la mañana siguiente, en forma clandestina, y acompañado únicamente por un séquito pequeño, para encontrar al hombre maravilloso y aprender los hechos de su vida.

Mandó un mensajero al arzobispo de allá para avisarle de su llegada e informarle que quería consultarle un asunto importante. Al obispo le dio mucha alegría el honor de una visita tal y preparó con todo esmero el recibimiento del huésped. Al fin montó a caballo para encontrarlo y saludarlo, acompañado de una multitud de caballeros y ciudadanos. Sonaron todas las campanas de la ciudad y todos los habitantes saludaron con mucha alegría.

Cuando llegaron a la casa del obispo, éste preguntó al emperador en forma muy modesta por qué había llegado tan de momento y con un séquito tan pequeño, y en qué le podía servir él. Respondió el emperador: "Me trajo una pena y le quiero pedir su consejo. Pero necesito a sus ciudadanos, a los cuales quiero consultar y usted, señor Obispo, me puede ayudar. Llame a todos sus ciudadanos que se reúnan mañana en los patios de su casa, a la hora cuando suenen las campanas. Pero que lleguen todos, pobres y ricos, jóvenes y viejos.

El obispo prometió inmediatamente que seguiría las órdenes, mandó mensajeros a todas las partes de la ciudad para anunciar a los ciudadanos la voluntad del emperador. A esto, todos se asombraron y se prepararon para el siguiente día, buscaron sus mejores trajes para aparecer en forma digna ante el emperador. Mientras tanto, el obispo ofreció a su huésped las mejores comidas y bebidas; después todos se acostaron.

Al siguiente día, después de la misa de madrugada, sonaron todas las campanas del palacio episcopal. A eso, los ciudadanos se presentaron en el gran patio, caminaron en forma digna, sin afán ni empujones, primero los viejos, después los jóvenes; formados en filas saludaron al emperador muy respetuosamente. Este estaba sentado en una silla elevada y dio gracias a todos. A su lado, pero un poco más abajo, estaba sentado el obispo y saludaba también a los que habían llegado. En su interior, el emperador pensaba en el hombre por el cual había llegado, y con los ojos buscaba a uno que sobresaliera por su porte en la multitud. Pronto vio a un hombre alto, ya de años, con una presencia muy digna, de cabello y barba gris, de vestido rojo-escarlata y de abrigo blanco, adornado con cebellina y armiño, llevaba argollas preciosas en su mano y piedras muy valiosas brillaban en la hebilla de su cinturón. A este hombre todos brindaron una devoción especial, se levantaron delante de él, cuando pasó las filas, saludando respetuosamente.

El emperador se dirigió hacia el obispo y le preguntó en voz baja, quién era este hombre, que parecía ser tan digno de honores. Respondió el obispo: "Ese, en verdad, es un hombre bueno y de muchas virtudes, que desde la infancia ha conservado su corazón limpio y a quien nunca sigue alguna fama mala. Todo el mundo le llama El buen Gerardo y justamente es honrado en todas partes". El emperador escuchó esto con alegría y dijo: "Ya antes me hablaron de él y me alegro verle". Se levantó y dirigió la palabra a la asamblea: "Señores, llegué

a esta ciudad para pedirles un consejo, es un asunto que me causa mucho pesar". A esto, todos le prometieron que con gusto le servirían. Siguió el emperador: "Entonces preguntaré primero a uno de ustedes, antes que me dirija a todos. ¿Están ustedes de acuerdo con esto?". Se declararon dispuestos y el emperador se dirigió al Buen Gerardo y le pidió apartarse para una conferencia. Pero Gerardo estaba muy asustado, se negó a ésto y dijo: "Señor Emperador, yo no soy tan sabio como para que me sea posible darle consejos acerca de problemas del Imperio", pero el emperador no se dejó impresionar de ningún modo por lo que había dicho Gerardo, sino que condujo a éste hacia una sala separada, le hizo entrar y cerró las puertas.

El se sentó, le pidió al mercader que se sentara a su lado, sin hacer caso a las resistencias humildes de éste, Gerardo tenía que sentarse a su lado. Después, el emperador dijo así: "Querido Gerardo, toma en cuenta el hecho de que yo llegué expresamente para verte a tí". Muy asustado respondió éste: "Eso no me parece justo, porque yo no lo merezco. Si de veras quiere oír mi consejo, ¿por qué no me mandó un mensajero? Yo hubiera hecho enseguida el viaje hacia su trono". "Pero es así que yo he llegado por tí" exclamó el emperador "y te ruego que me respondas fielmente a mi pregunta: ¿Por qué te llaman el "Buen Gerardo?" ¿Qué es lo que has hecho que mereces este nombre?" "Oh, Señor" respondió Gerardo, les gusta a los hombres dar apodos a los que tienen que tratar con frecuencia, eso es lo que me ha pasado. No le puedo decir por qué precisamente me llaman "Bueno", porque no he hecho nada tan importante para que merezca este nombre de honor. No he hecho sino muy poco bueno, hasta cuando tenía la voluntad de hacerlo, casi en todos los casos estaba, o demasiado débil o demasiado perezoso, para hacer lo que quería hacer. He dado pan seco y vestidos viejos a los pobres que llegaban a mi puerta, mis oraciones eran breves y, a veces, los

olvidé del todo. En realidad, este sobrenombre no me parece bien". "No" respondió el emperador "a mí no me parece bien esta respuesta; tienes que explicarme más cosas. Sé que has hecho cosas grandes en honor de Dios, cuéntame de esto". "Hazme favor de perdonarme." Rogó éste, en forma muy modesta, pero el emperador no cedió, y, al fin, le ordenó en forma severa, hacerlo. El hombre piadoso, adentro, en su corazón, mandó ésta oración a Dios: "Oh Señor, mi Dios, ¿tengo que obedecer la orden del emperador y contar sobre lo que tal vez he hecho de bueno? Perdóname si ahora cuento cosas bajo la presión del emperador, no me satisface darme gloria a mí mismo". Y se arrodilló de tal modo que se humilló delante del emperador y delante de Dios, pidió que se le perdone esta culpa (y al emperador ofreció un regalo de mil ducados para que lo libere del deber de contarle esto).

El emperador se maravillaba mucho y se dio cuenta que este sencillo comerciante, ante Dios, era más puro y más piadoso que él mismo, con todo su poder y en toda su magnificencia.

Pero aumentó su deseo de saber lo que Gerardo no quería contar. Volvió a rogarle que le contara de su vida y de sus hechos y, al fin, el hombre modesto cedió y empezó su relato.

El Buen Gerardo contó al Emperador de una compra rara en el país de los paganos

Mi padre era un mercader, igual que yo, y cuando murió se pusieron tristes todos los que lo habían conocido como hombre honrado y piadoso. Por medio de su inteligencia, había ganado en la vida muchos bienes y yo, como hijo único, me quedé con todo. Era tan rico que me hubiera alcanzado para toda mi vida. Sin embargo, hice el esfuerzo de ganar más riqueza, no para mí mismo, pero para mi hijo querido, que me había regalado Dios y quien creció, a gran placer mío, y es un

muchacho inteligente y piadoso. Yo tenía el deseo que más tarde lo llamaran "Gerardo rico", igual que habían llamado a mi padre. Por eso, quería hacer un gran viaje de negocios para hacer más ganancias.

Cedí a mi hijo una gran parte de mi fortuna, con la cual podía vivir cómodamente. Tomé cincuenta mil ducados para comprar mercancía que prometía buenas ganancias en países lejanos y paganos; preparé un buque, compré lo suficiente de comidas y bebidas y tomé a mi servicio buenos marineros. También busqué un escribiente clerical, que tenía los deberes de celebrarnos los servicios divinos y tener mis libros de cuentas.

Cuando todo estaba preparado partí y llegué a Prusia, Livonia y Rusia, donde cambié pieles de cibellina por mi mercancía. De allá viajé al país de los Sarracenos y llegué hasta Damasco y Nínive, donde compré telas preciosas, de las cuales esperaba grandes ganancias. Hasta allí todo iba bien, según mis deseos, de modo que dí vuelta a mi buque y muy contento emprendí el viaje de regreso. Ese fue el punto cuando cambió mi suerte.

Se levantó una tormenta terrible y, durante doce días y doce noches, nuestro buque quedó a merced de las olas furiosas, nos pareció que había llegado el fin de nuestros días. Al fin, al décimo tercer día, cedió la tempestad y vimos una montaña alta y desconocida a la cual tratamos de llegar para hallar un lugar de descanso. Acercándonos descubrimos una bahía donde podíamos entrar. Estábamos seguros, pero no sabíamos dónde estábamos.

Mandé a un hombre subir a la montaña para investigar la clase de país que se encontraba detrás. Cuando regresó, nos informó que detrás de la montaña había un país grande y al parecer bien cultivado y que, todavía en nuestro lado de la montaña, no lejos de nuestro sitio, en el borde del mar, se

podía ver una ciudad, bien fortificada, con torres altas de un tamaño más o menos como nuestra buena Colonia. Un lado lo bañaba el mar, por el otro pasaba un río grande y navegable. Altos muros estaban contruidos alrededor de la ciudad para darle protección. Entran a la ciudad tres vías anchas y se veían numerosos comerciantes, carros con sus caballos y camellos con sus mercancías en viaje a este centro. Dijo el marinero que nunca en su vida había visto tal remolino de vida y agitación en una ciudad.

Después de haber oído esto, resolví enseguida viajar hacia ese lugar y pedí al marinero la dirección y el camino. Encontramos todo según el informe del hombre. Los habitantes de la ciudad eran paganos, pero nos saludaron amablemente, de modo que pronto perdimos todo el miedo y recuperamos el ánimo después de todos los peligros pasados. Pero yo eché ojo a una persona para confiarle el buque y que nos pudiera brindar escolta segura, amparo y ayuda en este país desconocido. Pronto ví a un hombre alto y muy respetable, acompañado por sus servidores y caballeros, que siguió su camino en forma tranquila mientras todos aquellos que estaban en su camino, le cedían el paso en forma muy respetuosa. Esto me enseñó que el hombre tenía que ser un príncipe poderoso de esa tierra. Quería pedir la ayuda de éste y con tal intención me acerqué y me incliné con respeto. Muy cortésmente me agradeció, pero de pronto se dio cuenta de que yo no entendía sus palabras. En ésto me preguntó si tal vez dominaba el francés, y cuando yo lo afirmé; ya que conozco bien este país y su idioma, me preguntó en francés cual era mi país, de dónde había llegado y con qué intención. Dije ser un comerciante, llegado de Alemania con la intención de brindar al mercado de esta ciudad de tanta fama, mi mercancía.

Cuando este hombre se enteró de esto, y también de que era cristiano, me dijo: "Me alegro mucho de que usted haya venido de tan lejos. Les prometo que dentro de esta ciudad no

les ocurrirá daños ni corporales ni en sus bienes. Tampoco les cobraré aquí impuestos para todo lo que quieran comprar o vender.

En realidad, en honor suyo inauguré para todos los cristianos un puerto aquí, cerca de esta ciudad, para que les sirva de plaza de mercado. Recibí este puerto prestado de las manos de mi superior, el Rey de Marruecos, y todos los buques que allá anclan sin permiso previo mío, llegan a ser míos. También lo de aquí me lo ha dejado a mí y a mis hijos. Ahora bien, busque un albergue que le parezca bien, allí puede vivir sin alquiler, como en lo suyo y todo el tiempo de la feria".

Yo estaba muy contento, le dí las gracias y uno de los servidores me indicó el camino. Con mucha alegría dí gracias al buen señor y me dejé conducir por los servidores de éste al mejor albergue de la ciudad. Allá me arreglaron un apartamento según mi deseo. Allá también me dieron el nombre del príncipe bondadoso, el cual llamaron el hombre benigno. El tenía el cargo de reinar sobre la ciudad y especialmente sobre el castillo. Se llamaba Castelgunt. Dí gracias a Dios, porque me había dejado encontrar en tierra ajena a este hombre. Pronto fuimos tan buenos amigos, que mutuamente nos llamamos con el "tú" de hermanos.

Un buen día, Stranmur me pidió que le enseñara la mercancía que tenía a la venta. Me dio gusto hacerlo, y él se maravillaba mucho por su belleza y valor. Me dijo: "Mercancía de tanto valor no hemos visto por aquí nunca en posesión de un solo comerciante. Aquí no hay nadie quien pudiera comprar todo esto fuera de mi persona. Si tú quieres, te enseño mis tesoros, tal vez te gustaría hacer unos cambios. Es así que aquí los míos no valen mucho, pero en tu país son de mucho valor". Le contesté: "Me gusta hacer una buena ganancia con mercancía adquirida honradamente". "Yo he ganado mis tesoros en forma honrada" me contestó, "y si por aquí tuvieran

el valor que tienen en tu país, tú no me los podrías pagar".

Cuando el buen señor me llevó a su depósito, yo creí que me iba a enseñar grandes riquezas en oro y plata, pero no fue así; no tenía ni bienes ni tesoros. Encontré allí guardada pobreza y riqueza al mismo tiempo: Vi doce caballeros, siempre dos atados el uno al otro por medio de cadenas fuertes, de tal manera que casi no podían moverse. Todos eran jóvenes, ninguno tenía más de treinta años, y les estaba saliendo la primera barba en los rostros nobles y pálidos, marcados de pesadillas en vez de alegrías. No se encontraban más tesoros en ese cuarto, pero a mí me conmovieron mucho estos hombres bellos con su expresión de paciencia muda; todavía hoy me acuerdo de ellos con frecuencia.

Después, mi huésped me tomó por la mano y me condujo a otro cuarto. Tampoco encontré allí ningún tesoro, pero sí otra clase de emergencia: Doce nobles hombres viejos, de aproximadamente setenta años, de pelo y barba blancos y de rostro pálido se encontraban atados en el suelo. Este aspecto dolía aún más que el de los jóvenes, porque los jóvenes podían tener todavía algo de esperanza, mientras que los viejos se encontraban ante una muerte próxima.

Meditando todavía todo esto, mi compañero me condujo a un tercer aposento. Lo que se me presentó allí me conmovió lo más hondo: Allí estaban sentadas quince mujeres, graciosas y bellas, pero sus rostros tristes alcanzaron a borrar este aspecto bello. Una de ellas sobrepasaba a todas en belleza y dignidad, lo que me llenó de admiración y tristeza.

Luego Stranmur me acompañó a otro sitio y me preguntó: "Después de haber visto todos mis tesoros, ¿quieres comprarlos?" Respondí asombrado: "Cuáles tesoros, yo no he visto sino hombres pobres y miserables". "A éstos me refiero" dijo él "valen cien mil marcos en rescate, por lo menos. Los parientes lo pagarán seguramente, si supieran adónde están". Aho-

ra le pregunté por detalles de estos desafortunados y él me informó así: "¿Conoces Inglaterra?". "Sí, la conozco bien", le dije. "De éste país vienen todos éstos caballeros. Salieron de allí con su joven rey Guillermo, para acompañar desde Noruega a su joven novia Irena, hija del rey Raymundo. Acabas de verla entre las quince damas nobles, y seguramente la conociste por ser la más bella de ellas.

Todos juntos fueron desviados por tormentas grandes y habían llegado hasta aquel puerto que tú conoces y que me pertenece. Así que son mi justa propiedad. El rey joven no se encuentra entre ellos, él viajaba con unos compañeros en otro barco, fueron separados de ellos por la tormenta y no han vuelto a reunirse con el resto. Si el novio vive todavía, seguro está dispuesto a pagar una suma elevada de rescate, pero si murió, el rey Raymundo igualmente pagará por la hija y sus damas. ¿Quieres arriesgar este canje? El doble premio está seguro en Inglaterra y en Noruega, países que son más familiares a tí que a mí. Pero, en cambio, tendrías que dejarme toda la mercancía que tienes en tu barco, de otra forma no se puede hacer el trato".

Nunca había hecho un trato así y en ese momento no sabía qué responder. Por eso le pedí una tregua para pensar hasta el día siguiente, con la cual el príncipe se declaró conforme. Pensativo regresé a mi albergue, considerando todos los lados del asunto, pero no encontré ninguna solución. Tendría que cerrar yo esta venta rara e incierta, o tendría que abandonar a esta pobre gente a su suerte. Medité hasta más de medianoche. Después rogué a Dios que me condujera por el camino correcto y me dormí.

En esto, tuve la sensación de que un ángel me llamaba dos veces por mi nombre: "Gerardo, Gerardo, despiértate, no duermas más! Tu duda es injusticia contra Dios. Cuando caminaba todavía en la tierra, dijo Cristo, el hijo de Dios: "Lo

que ustedes hacen por un pobre en nombre mío, lo hacen por mí" Aléjate del pensamiento de que tu obra buena no tendría sentido. Ninguna buena obra, hecha pensando en Dios, está perdida. Según los sentimientos por los cuales tú salvas a estos pobres, en este sentido tú serás premiado. Lo harás por plata y recibirás plata, lo harás por honores y recibirás honores; pero si lo haces por amor a Dios y a las leyes de El, El te regalará la corona de la vida!"

Cuando el ángel terminó, yo sentía vibrar todavía el sonido de su voz en mi corazón, pero cuando me desperté por completo y lo buscaba, el ángel había desaparecido. Le mandé un saludo con todo mi corazón, agradeciéndole a Dios, quien me había mandado un mensaje claro. Después me levanté, mandé llegar a mi escribiente para decir misa y rogar a Dios por su bendición.

Me puse en camino a buscar a Stranmur. Este vino a mi encuentro, me saludó alegremente y me preguntó enseguida por la resolución de mi noche. Le dí la respuesta en forma cuidadosa: "Si yo hubiera determinado hacer la compra, no sé todavía si a ellos les gustaría ésto. Primero le preguntaré a los presos acerca de su opinión, después veremos". Me respondió: "Gustosamente te dejo hablar con ellos". Pero yo solicité: "Entonces, líbralos de sus cadenas, que sean libres en nuestro primer encuentro y puedan tomar una decisión libre". Me respondió: "En presencia de ningún otro hombre los libraría, fuera de mi amo y de tí, ya que te tengo gran confianza".

Le dí las gracias y me dejé conducir por el sirviente hacia los prisioneros, los cuales enseguida fueron librados de las cadenas. También les dieron permiso de verse unos a los otros, por primera vez en mucho tiempo de separación. Para todos, esto causó mucha alegría. Se abrazaron llorando de alegría y de pena. Después de un tiempo les dirigí la palabra y los saludé en su propio idioma, que era el inglés. Se dirigieron ha-

cia mí con sorpresa y alegría, diciéndome: "Agradecido sea Dios, nos ha mandado a un hombre que conoce nuestro país y nuestro idioma. Lo saludamos y le agradecemos cordialmente. Por favor díganos: ¿Es usted cristiano?. Cuando yo les afirmé ésto, aún se aumentó la alegría, me acogieron aún más cordialmente. Juntos nos quejamos por sus penas.

Pero luego les dije: "Señores, siento sus penas como si fuesen mías y deseo terminarlas. Escuchen: Partí de mi casa como comerciante con el fin de buscar ricas ganancias en países lejanos. Compré por el valor de cincuenta mil marcos mercancías ricas y deliciosas en países paganos, que traje a la feria de este país. El príncipe de esta ciudad me recibió bien honrándome mucho. Vio toda mi mercancía, la examinó y después me propuso un canje. Me enseñó lo que me daría a cambio de todos mis bienes. ¡Son ustedes con sus estimadas señoras! Ahora me daría placer librarlos a todos de su prisión, pero primero quiero saber si esto les agradaría y que ustedes no se sintieran humillados. "Si aceptan mi propuesta, yo daré todos mis bienes por la libertad de ustedes, con la condición de que ustedes me pagarán la pérdida que sufro con ésto".

Apenas terminé, se levantaron los caballeros jóvenes y viejos y se arrodillaron ante mí exclamando: "Misericordia, misericordia, buen señor. Por la muerte del hijo de Dios, muerto por nosotros, sea un cristiano verdadero y ayúdenos a volver a nuestros países. Entre todos le juramos que le reponemos el doble de lo que ahora gasta por nosotros, ni contando el rescate que pagará el padre y el novio para la joven reina". Mucho me dolía ver a los nobles caballeros así arrodillados y les rogué que se levantaran y me acompañaran a ver a la reina. Quería hacerle a ella la misma propuesta. Me dijeron los caballeros que ella, sin duda, estaría igualmente contenta.

Ibamos juntos a ver a las nobles señoras, que se maravillaron mucho por nuestra llegada y recibieron a los caballeros

con lágrimas de alegría y de duelo. Primero saludé a la reina con todo respeto, después encargué a un caballero viejo que hablara en mi lugar. Pero éste dijo que yo era tan sabio y tan bien educado, que bien podía hablar por mí mismo. Lo hice con palabras parecidas a las que había dicho a los caballeros, terminando con las palabras: Si convienen en reponerme los bienes que doy por ustedes, con todo placer los conduciré gustosamente de aquí y los llevaré a Inglaterra, que no está lejos de mi país. También llevarán una buena vida conmigo, les ofreceré lo posible. Esperaremos hasta averiguar si vive todavía el joven rey y adónde vive".

Entonces se levantó la joven reina, quería darme las gracias arrodillándose. Pero esto yo no lo admití y le rogué que se sentara. Ella me rogó con lágrimas en los ojos que, en el nombre de la Virgen María los ayudara, llamándome por los nombres "buen padre" y "querido consolador", mandado por Dios mismo. "Con gusto le seguiré a mi país y no habrá duda que mi padre y mi novio pagarán el rescate por mí. Pero si ambos hubieran muerto, Dios mismo me lo pagará". Y exclamó: "Únicamente El ahora nos ayuda, ya que desde hace mucho tiempo estamos sufriendo estas penas sin ninguna culpa", y lloró tanto que la pena de ella me conmovió mucho. Traté de consolarla y dije: "Querida señora, deje de llorar; esté contenta. Demos gracias a Dios, quien me ha dado la fortuna, con la cual puedo poner fin a sus penas. No esperaré un solo día más". Con éstas palabras, todos se alegraron.

Busqué enseguida al dueño del castillo, quien me preguntó: "¿Qué resuelves?" "Con mucho gusto cierro el canje", le respondí, "pero dime si existe todavía la fortuna que trajeron los prisioneros". "La hemos guardado bien", me aseguró, "a esto no le falta ni un centavo". "Te ruego entonces que les sea devuelto todo lo que trajeron, con embarcación y equipo. Para mí y los míos te pido lo que necesito de víveres para el viaje de regreso. Si me quieres dar ésto, te dejaré todos los bienes que he traído".

Con esto, el príncipe estaba de acuerdo. Mencionó bien mi cuidado y cerramos el negocio. Me entregó a todos los prisioneros y yo le entregué toda mi mercancía. Después mandó traer todos los bienes de ellos y, en realidad, no les faltaba nada. Con esto fue cargada la embarcación de ellos, pero la mía estaba vacía. Después cargaron piedras y arena para usarlos de peso para mi embarcación, de modo que no bailara demasiado sobre las olas. Además equiparon bien mi buque con comidas y bebidas.

Todo el mundo observaba esto sonriendo y con lágrimas, de tal modo que también conmovió a los paganos que estaban en el lugar, que aclamaron especialmente a la joven reina. Nos quedamos una noche más, fue preparado un baño para cada uno y después de esto los hombres parecieron más vigorosos y las mujeres más bellas con sus vestidos nuevos, sobre todo la joven reina.

Se hicieron las últimas preparaciones para la salida en la mañana siguiente. Mandé decir misa para mis huéspedes, que tanto tiempo no la habían oído. Pedimos a Dios que nos concediera un buen viaje de regreso. Después tomamos un alegre desayuno. En esto llegó el señor del castillo saludándonos amablemente. Se nos acercó y nos ofreció a cada uno una última copa y después le dijimos adiós. El nos recomendó al amparo de nuestro Dios y pidió la ayuda de todos los suyos Palas y Juno, Machmut y Mercurio, Thetis y Neptuno y, sobre todo, la ayuda del Dios de los Aires Aeolus, pidiéndole para nosotros vientos suaves y buen viaje. Me dio de recuerdo un regalo de mucho valor y me aseguró que, a partir de ese día y para honrar mi recuerdo, recibirá bien a cada cristiano que llegara. Nos abrazamos muy conmovidos, ambos estábamos contentos con nuestro trato; él por las futuras ganancias que le traerían mis bienes, y yo confiaba en Dios, quien me ampararía de la pobreza.

Se pusieron las velas y volaban las embarcaciones, amparadas por el Hijo de Dios en quien confiamos. Viajamos doce días y doce noches, hasta llegar al sitio donde nos había desviado la tormenta en el viaje de ida. De allá viajamos un tiempo más, hasta el día cuando aparecieron alturas conocidas por nosotros. Pregunté al timonel si él conocía esta costa y respondió: "Sí, la conozco bien, por aquí se abren dos caminos en el agua: uno conduce a Utrecht en Holanda, y el otro a Inglaterra." Mandé buscar el próximo puerto, ordené bajar las anclas e hice dividir nuestra provisión en dos partes, una para los que querían viajar a Inglaterra y la otra para nosotros. Todos los caballeros eran de Inglaterra, únicamente la reina joven y dos de sus damas eran de Noruega. Los caballeros noruegos que habían acompañado a la reina, viajaban con el joven rey y habían desaparecido, probablemente muertos en el mar.

Subí a bordo de mi buque a la novia del rey con sus dos damas, y las otras doce fueron a bordo del buque de los caballeros ingleses. Dije a estos: "Mis queridos caballeros, aquí se apartan nuestros caminos. Regresen a su país y no se olviden de todo el servicio que les he prestado. A su futura reina la llevo conmigo, la trataré como se debe, hasta que el novio o el padre la reclamen".

Pero con esto los caballeros no estaban de acuerdo y me rogaron: "Buen señor, llévanos contigo hasta que te hayamos devuelto tus bienes", pero yo pensé: Dios mismo me garantiza por ellos y les dije: "Vayan en el nombre de Dios, su país y sus bienes están tan lejos, no pueden pagar el rescate pronto. Su palabra es mi garantía. Demasiado tiempo han estado presos y yo no quiero prolongarles este tiempo, para mí esto sería una pena. No hagan esperar más a sus amigos, que los han esperado con pena. Cuando llegue mi mensajero, pueden pensar en la recompensa; antes no. Si su joven rey vive todavía y pregunta por la novia, díganle que yo la mantendré

en forma digna de una reina.

Agradecidos, los caballeros se arrodillaron delante de mí y dijeron: "Dios te recompense por tu bondad, nosotros no lo podemos hacer, aunque tuviéramos diez reinos. Que Dios te ampare siempre y que termine tu vida algún día sin sufrimientos".

Nos abrazamos, y después cada buque tomó su rumbo: ellos hacia Inglaterra y el mío hacia la desembocadura del río Rhin, que nos condujo hasta Colonia, mi ciudad natal. Mandé a mis amigos un mensajero para avisar mi llegada y que regresaba a mi ciudad, alegre y más rico que nunca. Mandé decir a mi mujer que traía bienes más grandes de los que todos los comerciantes jamás habían traído a casa. Todos ellos se pusieron muy contentos y fueron muchos los que acompañaron a mi esposa y a mi hijo para recibirnos con mucha alegría.

Todos miraron muy curiosos hacia mi barco para ver el cargamento valioso. Pero como no descargaron sino piedras y arena, se les notaba el desengaño en los rostros. Pero yo, tranquilamente entré y después salí, llevando de la mano mi bien más valioso y buscando a mi mujer. Ella me saludó cordialmente y me preguntó enseguida: "Querido Gerardo, ¿dónde está la gran riqueza que ganaste y de la cual nos has mandado informar? Yo me había alegrado tanto, pero no veo nada" Contesté yo: "El premio más precioso, que conseguí en este viaje, es la noble dama que conduzco aquí".

Mi mujer creía que yo me estaba burlando de ella y cuando le aseguré que eso era toda la verdad, me preguntó ansiosamente: "¿En qué forma has ganado a esta mujer joven y qué ganancia te promete?" A ella y a mi hijo informé acerca de mis aventuras en el país de los paganos, cómo llegó a mi mano la reina joven que traje para tenerla como huésped en mi casa, hasta que sus parientes llegaran para llevarla a su casa. Mi mujer tenía algunas dudas, pero mi hijo alegremente exclamó: "Sabe Dios, querido padre, que has hecho bien libran-

do a los pobres prisioneros, y por eso has dado tu dinero. Todavía tenemos lo suficiente para no tener que sufrir necesidades. Alabado sea el señor Cristo, quien te dejó regresar sano y salvo. Saludamos a la noble dama y a sus damas muy cordialmente".

También mi esposa, mientras tanto, se acercó a las recién llegadas con su cordial saludo de bienvenida, quienes se mostraron muy felices por esto. Lo que los demás pensaban y hablaban no me importó gran cosa, ya que se hablaba mucho sobre este raro canje. Yo estaba muy feliz por el buen término del viaje.

Gerardo introduce a la infortunada novia del rey a su casa Y quiere casarla con su hijo

Llevé a las mujeres a mi casa y a las habitaciones que les había destinado, ordenando que fueran equipadas con todo lo necesario, tapetes y todo con lujo. También les dejé suministrar vestidos valiosos que mucho les agradaban. Después mandé llegar a las hijas de unos amigos que les sirvieron de compañía. También éstas recibieron bonitos vestidos de mis manos.

La joven reina se alegraba tanto que jugaba mucho con ellas, cantaba y les enseñaba trabajos de mucho arte. A su deseo le mandaba gran cantidad de telas de seda e hilo dorado. De esto ella elaboró trajes preciosos con sus cinturones, adornados con perlas y piedras preciosas y bordaba manteles y alfombras de muchos colores, mejores que los mas bellos vistos en nuestra tierra. Todo esto me regalaba a mí, yo me alegraba mucho con ellos y vendiéndolos me quedaba mucha ganancia. En los ratos libres, nos sentábamos juntos charlando. No me alegraba únicamente su inteligencia, sino aún más su belleza y lo puro de su alma, tal que el corazón me brincaba cuanto la veía.

Todo lo que me llegó a mano en este tiempo me resultó bien y si una y otra vez las preocupaciones del negocio me hicieron mostrar una cara triste, enseguida cambié de ánimo cuando la ví. Y lo mismo le pasó a todos los que entraron en contacto con ella: Siempre se fueron con el ánimo alegre. Tenía que decirme: Si hubiera regresado con la riqueza más grande del mundo, ésta no me hubiera traído ni la mitad de la alegría que me da este ser puro e infantil, con su gran belleza.

La señora querida ya vivía más de un año en mi casa sin que se hubiera oído nada de parte del padre o del novio. Tampoco llegó noticia de los amigos en Inglaterra, y yo tenía miedo de que el rey joven hubiera muerto y también el rey de Noruega; de otro modo, uno de ellos hubiera mandado un mensajero para averiguar algo de la suerte de la joven reina.

Yo tenía muchos pensamientos acerca de todo esto, ya que observé también, que la joven novia con frecuencia se ponía triste. Especialmente cuando se mencionó el nombre de su novio, no pudo contener las lágrimas. El amor le estaba anclando en el corazón. Me pregunté a mí mismo: "¿Qué hacer?" He librado a la niña de la triste prisión - cómo puedo salvarla de esta tristeza; cómo puede vivir feliz según su alta posición. Yo no puedo equiparla en forma digna para un hombre de su categoría, a eso no alcanzan todos mis bienes. Es más posible que viviera como rica esposa de un comerciante, si algún día yo faltó. Porque yo dudo mucho que su futuro esposo viva todavía y toda esperanza me parece falsa.

Al fin tomé la resolución de hablar con ella sobre su futuro. La busqué y empecé de tal manera: "Querida mujer, ¿quiere escucharme? tengo que hablar con usted seriamente" Enseguida ella estuvo de acuerdo y yo continué: "¿me perdona que yo le dirija estas palabras según mi fiel preocupación por usted, noble dama? Considere su suerte pasada, que me fue posible cambiarla en parte. Ahora está usted libre pero totalmente so-

la en el mundo. No puedo creer que ni su padre ni su esposo vivan todavía. ¿Qué será de usted cuando algún día yo me haya ido? Tengo que pensar en esto día y noche. Así que yo le propongo entrar a nuestra vida de comerciantes, que la protegerá de todo sufrimiento y le asegurará una vida digna. Usted conoce a mi hijo, que es comerciante honrado y respetado, y honra mi nombre. Usted podría determinarse a darle su mano a él en matrimonio, eso me libraría a mí de mucha preocupación. Usted sabrá que mi hijo la quiere mucho."

Después de pensarlo un rato ella respondió: "Tu propuesta es justa y estoy dispuesta a hacerlo, ya que te debo la libertad y la vida. Tu hijo me parece el mejor de todos los jóvenes, digno de toda felicidad. Únicamente te ruego esto: déjame todavía el tiempo de un año para efectuar el matrimonio. Si lo quiere Dios y mi novio vive todavía, volverá dentro de este tiempo. Si esto no ocurre, tengo que considerarlo muerto y cumpliré tu deseo".

Mucho le agradecí esta respuesta inteligente y consideré con gusto esta tregua. Me despedí con alegría, pero noté que ella estaba triste y no le era posible olvidar al novio perdido.

Pasó el año y no llegó ninguna noticia, ni del joven ni del viejo rey. Le declaro con franqueza que esto no me fue desagradable, ya que tenía la esperanza de asegurar a la querida niña, a quien no quería echar de menos, y retenerla para siempre en mi casa.

En el día en que se cumplió el tiempo previsto me dirigí nuevamente a la habitación de ella y le dije: "Querida niña, seguramente sabe usted, porque estoy aquí: Se cumplió el año que fijamos de espera. ¿Qué opina usted acerca del asunto?"

Me dijo que ella se consideraba obligada a cumplir mi voluntad. Con esto me alegraba yo mucho, ya que me parecía recibir la felicidad más grande. Sin perder tiempo, fui al palacio del arzobispo, quien me recibió en forma amable. A su

pregunta le conté cómo me había ido con los prisioneros y, sobre todo, con la joven reina, que ahora quería dar en matrimonio a mi hijo. Para dar este paso, le rogaba su consejo y su ayuda. Con ello el arzobispo se alegró mucho y dijo: "Visiblemente Dios te ha bendecido y te ha regalado una felicidad más grande que a ningún otro hombre. Gustosamente yo haré todo para aumentarlo todavía. Elevaré a tu hijo a caballero y recibirá un escudo para que pueda tener con honor a la hija del rey en matrimonio". Agradecí mucho a este alto señor su gentileza y le rogué coronar mi felicidad pidiendo que tomara parte en la fiesta de la boda, que sería en la próxima fiesta de Pentecostés. ¡Será usted el huésped de honor!. El prometió que iría, así que yo me despedí con alegría.

Enseguida salí a caballo para repartir las invitaciones de la boda a todos los terratenientes. Todos aceptaron este honor a mí y a mi hijo. Cerca de trescientos condes, caballeros y nobles prometieron su asistencia. De vuelta a la ciudad, invité también a todos los ciudadanos con sus señoras a ser mis huéspedes en este día de honor nuestro y todos dijeron que sí.

En mi patio mandé instalar muchas hileras de asientos y colocar barandas para los juegos de combates que tendrían lugar en honor de mi hijo. También compré buenos caballos y vestidos bonitos para él y sus hombres.

Apenas pude esperar el día de la fiesta y mucho me alegraba su amanecer. Pronto empezaron a llegar los invitados de los campos. Mi hijo con sus hombres, todos vestidos de fiesta, montaron sus caballos e iban a encontrarlos hasta las puertas de la ciudad, para saludarlos con respeto y conducirlos hacia la casa. También los ciudadanos llegaron en procesiones muy alegres, con flautas e instrumentos de cuerda y con sus esposas con vestidos de fiesta a su lado. Por último, se presentó el arzobispo con su séquito de sacerdotes, y todos se sentaron para comer alegremente. Empezó una conversa-

ción viva entre los altos señores, todos mencionaron a mi hijo en forma de aprecio y se alegraban por el honor que tuvo.

Después de que todos habíamos oído misa, yo conduje a la novia ante el arzobispo, donde mi hijo la estaba esperando. El honorable príncipe de la iglesia los casó en forma muy solemne y recibieron su bendición. Todos los huéspedes admiraron a la bonita pareja y les deseaban buena suerte y bienestar. Después de esto, todos subieron al sitio de la tribuna festiva y los juegos se desarrollaron en forma espléndida, con fuerte sonido de cornetas. También el arzobispo tomó parte, estaba sentado al lado de la joven señora en el puesto de honor. Yo y mi hijo pasamos siempre entre los invitados y nos preocupamos que no faltara nada y que todos tuvieran suficiente comida y bebida.

El banquete terminó por la noche, para el joven marido empezó la "noche sagrada": era la última, antes de su día de honor, en la cual sería caballero. Unicamente después de esto podía llevarse a su joven esposa. Pasó la noche sin dormir, orando, esperando impacientemente que se terminara de cumplir su felicidad.

En la mañana de Pentecostés, todos íbamos a asistir a la misa mayor, la señora joven vestía trajes tan magníficos que ninguna reina hubiera tenido vergüenza de usarlos. Vestido y sobretodo estaba hecho de terciopelo y seda, adornados con piel de armiño, el cinturón, hebillas y los anillos eran de oro puro, adornando a esta mujer joven y noble. Pero su adorno más bello fue su rostro puro y brillante. Y mi hijo se presentó en rico terciopelo verde con mantilla roja. También los doce jóvenes que iban a recibir el nombramiento de caballeros con él, estaban vestidos en los mismos colores.

Después de la misa, todos se pusieron delante del arzobispo. Este bendijo las espadas que ellos le presentaron, y los caballeros nobles se las pusieron. Delante del portón de la igle-

sia estaban los caballos, los cuales montaron. Salieron bajo el sonido alegre de los tambores, flautas y violines, mientras el arzobispo acompañó a la joven señora y su séquito al patio, adonde ella montó un caballo noble, lujosamente adornado, para asistir a los juegos de combate.

Empezó el torneo de los caballeros más jóvenes, se levantó mucho ruido de espadas, escudos y lanzas, de gritos de combate y de los cascos de los caballos. Todos los jóvenes combatientes querían lucir sus habilidades delante de las damas, inflamados por el aplauso y las coronas de honor, destinadas al vencedor.

Después del torneo, todos volvieron a sus asientos, separados por sus posiciones sociales. Los escuderos llevaban agua para lavar las manos, después, los sirvientes trajeron ricas comidas y bebidas, y los escuderos llenaron una y otra vez las copas, que dieron vuelta con conversaciones alegres y cantos.

Todo esto iluminaba el sol brillante de Pentecostés, alrededor floreaba la naturaleza con toda su belleza, propia del mes de mayo. Todos los rostros brillaban de felicidad y alegría, dí gracias a Dios, que nos había concedido todo esto, cuando caminé por las hileras para ofrecer a los altos invitados la bebida de honor.

En esto, ví a un hombre triste y solitario reclinado en una columna; estaba vestido en forma pobre, con un saco viejo sobre su camisa sucia. Miraba con ojos opacos que estaban en un rostro pálido, pero a pesar de su barba desordenada y sucia, ví que era muy joven. Sus piernas y brazos quemados de sol estaban llenos de vigor, y toda su apariencia demostraba que era un hombre noble y de valor, pero ensombrecido de penas y mala suerte. Su aspecto me conmovió en tal forma, que me paré un tiempo a su lado para observarlo; me interesaba. ¿Qué será lo que este desdichado busca entre todos los felices aquí reunidos?.

Ahora, el hombre buscaba la vista de la señora joven y en esto se le vinieron las lágrimas; clandestinamente se las secaba pero siempre de nuevo buscaba con los ojos la vista de la señora. Este aspecto me cortó el alma. Me le acerqué y le dirigí la palabra en forma amable: "¡Dios le ampare querido peregrino! ¿Por qué está usted tan triste?" A esto me dijo: "De ningún modo, mi buen señor, estoy bastante contento". "No diga esto, veo su pesadilla. Diga, ¿ya ha comido?" "Sí". "Pero, ¿dónde?" "En ninguna parte, pero estoy más que lleno. En verdad, no quiero comer". Le pregunté: "¿Alguien de nosotros le ha hecho un mal?" Pero él lo negó: "Puede ser que hace mucho tiempo, ahora ya no".

A esto le dije: "No podemos tratar el asunto aquí, sígame a mi habitación". Primero él no quería, pero después me siguió. Ya llegado a mi cuarto le rogué: "En el nombre de Dios, dígame la verdad, ¿quién es usted?" El respondió con mucha pena: "Señor, soy un hombre desafortunado, sin ninguna alegría, mi destino son penas, pobreza y mala suerte. No me importa mucho la riqueza ni la vida misma, soy el hombre más miserable de la tierra".

Luego le pregunté en forma directa: "Dígame, buen hombre, ¿por qué le da tanta pena mirar a la joven señora? Lo he visto en su rostro. ¿Por qué está usted tan triste?. Le ruego en el nombre de Dios, que me lo diga! Lo que sea, le prometo que no tendrá daños por decírmelo, sino provecho y alegría". A esto dijo el peregrino: "Bueno, me arriesgaré, aún si pongo en peligro mi vida. Pero mis días están tan llenos de penas, que la muerte me será bienvenida. Me libraría. Así quiero contestar a usted y darle mi nombre, venga lo que tiene que venir.

Mi nombre es Guillermo y soy el heredero del reino de Inglaterra. Murió mi padre cuando estaba joven todavía y los nobles del país me eligieron rey a mí. Ellos me formaron y educaron. Nos llegó la nueva que el rey de Noruega tenía

una hija joven y muy bella. Los nobles me aconsejaron tomarla como esposa. Mandé mis mensajeros para que la conocieran. Cuando ellos regresaron, me contaron maravillas de la belleza de ella y me informaron que el rey me había aceptado como novio. Lleno de alegría, alisté el viaje para conocer a la novia con un grupo de caballeros distinguidos: Doce hombres dignos de sesenta años y doce caballeros valientes alrededor de treinta. Con éstos llevé doce señoritas nobles para hacer compañía a la futura reina.

Con este grupo de gente alegre crucé el mar para llegar a Noruega. Allá nos recibieron amablemente y nos alojaron. Después de un tiempo corto en que nos habíamos amistado, el rey me trajo a su joven hija Irena y me la dio por novia. Pero fijamos que la boda se celebraría en Inglaterra, junto con mi investidura, la cual no había recibido hasta entonces por ser demasiado joven. Únicamente después de esto, la joven dama sería mi verdadera esposa. El rey destinaba dos damas nobles para que la acompañaran.

A todo dí mi visto bueno con gusto, y se alistó un segundo buque, dotado con un grupo de nobles caballeros noruegos. Entregué la novia al amparo de mis caballeros ingleses y de las catorce damas jóvenes, y yo mismo regresé junto con los noruegos a mi país. Las costumbres exigían la separación antes de la boda.

No me gustó esta separación y me despedí con pena de mi futura esposa, como si hubiera presentado una desgracia.

Unos días después de la partida encontramos un tiempo tempestuoso que separaba los dos buques, de modo que no podíamos vernos. Fuimos llevados por la merced de las olas y sin timón, hasta que chocamos con una roca. Nuestro buque se hizo pedazos y todos mis caballeros y marineros perecieron ante mis ojos en el mar.

Yo me había agarrado a un bote pequeño y con esto llegué a

una costa ajena; salvando únicamente la vida. Pero ¿dónde había quedado mi querida novia? No logré saber nada de ella, aún cuando pregunté y la busqué en todas partes. Viajé más de tres años, sin interesarme por mi país ni por mi corona. Ahora, hoy he encontrado a mi esposa, pero al mismo tiempo perdí mi última esperanza, mi desgracia es más grande que nunca. La volví a encontrar y la perdí en el mismo momento para siempre. Pero la volví a ver con vida sana y salva, por esto doy gracias a Dios y por esto daría gustosamente mi vida. Porque ver a mi querida esposa sin poderla hacer mía, me quita toda fuerza y alegría. Es por esto que usted me vio llorando, ahora sabe todo, haga conmigo lo que tenga que hacer".

Muy conmovido le pregunté: "¿Dígame, todo lo que me cuenta es verdad?" "Sí, buen señor, tanta verdad como que Cristo me ayudará. Me ha cargado con esta suerte, tengo que soportarla. El destina a cada uno lo suyo: a su hijo la alegría más grande del corazón, a mí el más alto pesar". Traté de darle consuelo: "Deje de lamentarse, es visible que Dios ha hecho maravillas con usted. Escapó de una muerte casi segura y encontró el camino hasta nosotros. Ahora confíe en la bondad de la Providencia".

Cuando el joven príncipe se había calmado un poquito, me alejé, rogándole que me esperara un tiempo. Mandé llegar con afán a algunos sastres de la ciudad y les ordené que hicieran en el acto vestidos bellos y dignos para mi huésped con toda la rapidez posible. Lo prometieron y lo hicieron. Mientras tanto, mandé preparar el baño para el señor, después mandé vestirlo a la manera de un rey y me acerqué al arzobispo, que todavía estaba sentado a la mesa. Le dije en voz baja:

"Querido señor, le ruego que deje de comer y beber, porque acaba de llegar un huésped de alta categoría, que quiere co-

mer en compañía suya". A esto me dijo con asombro: "¿Quién será, querido Gerardo?". "Un huésped mandado por Dios. Es el joven rey de Inglaterra, Guillermo". "¿Es broma suya, o es cierto? ¿De dónde viene? ¿dónde está? ¿Vino solo o acompañado?". "Está en mi casa, allá le mandé vestirse en forma de rey. Llegó como un pobre peregrino solitario, observó la fiesta y lloró viendo a la joven señora. Esto me maravillaba y le llevé conmigo y le obligué a darme su nombre y posición. El me contó todo lo que le había pasado después de su viaje y todo combina bien con lo que he conocido por la joven señora. Y ya que Dios le ha salvado tan maravillosamente y le ha conducido hacia nosotros, pido el consejo de usted, qué tengo que hacer por él, en el cual se ha probado la bendición de Dios. Ayúdeme a convencer a mi hijo, que devuelva a su joven esposa pues tiene el derecho verdadero. Lo considerará como deshonor hacerlo así, pero hágale entender que sería una deshonor si actuara en otra forma.

El arzobispo me lo prometió y se mostró contento con mi resolución, dijo que ésta me la había inspirado el Espíritu Santo mismo. Que le trajera a mi hijo y que ambos le habláramos. Enseguida se lo traje; los tres nos apartamos un poquito de los invitados, el arzobispo se dirigió a mí diciendo: "Empieza tú, porque es cosa tuya. Cuando haya escuchado su respuesta, hablaré yo".

Así empecé: "Querido hijo, te ruego no negarme lo que te voy a pedir de todo corazón" y él me respondió: "Querido padre, soy servidor tuyo". Ahora le recordé nuevamente los hechos maravillosos que nos habían traído a la joven dama, que todos queremos tanto. Terminé en forma seria: "Ahora, Dios nos ha mandado de vuelta al esposo de ella, a él, a quien fue prometido. Dios nos lo mandó para examinarnos. Tenemos que escoger si queremos tratar a este caballero en forma buena o en forma mala, ya que la alta dama está en nuestro poder, pero, ¡qué nos pasará si empleáramos este poder! Humi-

llándonos ante Dios, pensando en su bondad y su justicia, devolveremos a este señor su esposa, que de veras es suya. Es el único camino por el cual podemos lograr que Dios nos apruebe en el día del último juicio.

A esto mi hijo quedó sin palabra y muy pensativo. Ahora el arzobispo le dirigió la palabra, diciendo: "Querido joven Gerardo, ahora escúchame y lo que te manda Dios por medio de mi boca:

"Cuando el orgullo de Lucifer hizo caer el décimo grado de los espíritus celestiales, Dios quería ponerle de nuevo en su puesto. Creó a Adán y le instaló en el paraíso, junto con su mujer Eva, a quien formó de una costilla de él. De modo que éstos son dos almas, pero únicamente una vida y un cuerpo. Según la voluntad de Dios, así tienen que vivir los hombres que forman la unión en el matrimonio. Durante su estancia en la tierra están unidos por un lazo divino. Así nos enseña el mensajero de Dios, San Pablo: Lo que Dios ha unido, el hombre no tiene que separarlo. ¿De dónde nos viene el derecho de separar lo que Dios ya ha destinado el uno para el otro? ¿Qué vas a decir en el día del último juicio a Dios, si El te pregunta por la mujer del otro, la que tú has tomado injustamente, ya que tú conoces Su ley". El arzobispo terminó así.

Alzó los ojos mi hijo y nos preguntó: "¿Qué me exigen ustedes? ¿Quieren que renuncie a mi esposa?" "Sí" contestó el arzobispo con voz firme"; si tú te interesas por la gracia de Dios". "¿Y no hay otro camino para ganar ésta?" "¡Seguro que no, si respetas el derecho del otro!" A esto, al joven le brotaron las lágrimas: "¿Qué es este derecho! ¿Acaso es justo que me quiten mi mujer, puede exigir Dios con justicia que deje a una mujer que me trae tanta alegría y honor, para llevar después una vida de pena sin amor?"

Ahora yo dije: "Tranquilízate, hijo mío, y piensa: entre más grande sea el sacrificio del amor, que tú ofreces en el nombre

de Cristo, tu vida será por esto más rica en amor y más poderosa de corazón, alumbrado por SU luz!" Mi hijo bajó la cabeza un momento, después dijo en voz baja: "Padre, quiero seguir tu consejo y cargar con este sacrificio. En el nombre de Dios, devuelvo esta mujer a su marido, a pesar que me duele mucho el corazón". Después terminó con voz firme: "¡Eso está hecho! Pero ahora quiero conocer al hombre que ha de recibirla - yo se la dejo en el nombre de Cristo".

Me alegré de todo corazón por su buena resolución, y también el obispo estaba alegremente conmovido, se nos llenaron los ojos de lágrimas. Después, el sacerdote regresó a la mesa, nosotros íbamos a buscar al joven rey. Encontramos a éste, vestido en trajes preciosos de terciopelo y seda, adornados con pieles valiosas y perlas. El sobretodo era tan largo que tenían que llevárselo, sus pies estaban calzados con calzado de seda; su pecho estaba adornado con un rubí grande, brillante y rojo. El cabello tan cano que casi parecía blanco, estaba correctamente cortado y bien peinado, su rostro brillaba en forma pálida, transluciendo la pena de los años pasados. Pero lucía e iluminaba su fina formación y su virtud de hombre.

Mi hijo lo encontró, lo saludó y le dijo: "En el nombre de Dios sea bienvenido en nuestro país". El señor le agradeció amablemente, se sentaron y comenzaron la conversación en el curso de la cual el uno expresó la pena de su corazón y el otro se dio cuenta del cumplimiento de sus más altas esperanzas. Entonces mandé a mi servidumbre preparar una nueva comida y traer un caballo magnífico para el rey. Brillante en su nueva felicidad, montaba entre nosotros dos para llegar al banquete festivo. Todos los invitados, caballeros y damas, miraban hacia el nuevo y noble huésped. El uno al otro preguntaban quién era el nuevo desconocido.

Nos acercamos al arzobispo y le pedí que hiciera lugar para

el que vino tan tarde. Mientras él hizo lugar, el rey caminó por las hileras de asientos y se sentó al lado de la joven reina. Ella me preguntó muy extrañada: quién era el caballero de su lado: "Querida señora, dije - ¿no lo reconoce? ¡Es el rey de Inglaterra, su marido!" Con lágrimas en los ojos me respondió: "¿Por qué se burla de mí, padre? ¡Así no me has tratado nunca hasta ahora. Deja esto. Miró al que se encontraba a su lado, de modo que tampoco éste podía contener las lágrimas y exclamó: "Si de veras no me puedes reconocer, ¡mira este anillo en mi mano! Me lo has dado en el día de nuestra partida, como yo te he dado el anillo que todavía llevas hoy. Me habías prometido no dejarlo nunca y acordarte de mí. Eso me prometiste en aquel día, cuando tuvimos que separarnos con tanto dolor. ¿No te acuerdas?"

La joven mujer estaba conmovida y muy inquieta. Una vez lo miraba reconociéndolo, y otra, se llenaba de dudas - acercó el rostro al suyo para ver mejor y él se inclinó hacia ella. En esto venció la fidelidad de tantos años que brillaba en sus ojos y al fin dijo la esposa: "¡En verdad, eres tú! ¡Que feliz soy de volver a verte! Mil veces bienvenido querido hombre!" Entonces, la venció la alegría y cayó desmayada, la bella cabeza en las rodillas de su marido. Como en sueños dijo palabras tiernas. El la sostuvo con amor y cariño y le hablaba para consolarla: "¡Regresa a tí misma, alégrate conmigo y olvida toda la pena! Estamos nuevamente unidos y lo estaremos para siempre". La besó con ternura para despertarla. La mujer débil despertó poco a poco, le pareció que soñaba, cuando se encontró en los brazos de él, pero entonces se dio cuenta que todo era realidad y lloró por última vez, pero esta vez de felicidad. Ambos dieron muchas gracias a Dios por haberse encontrado y yo también me alegraba mucho, ya que en ellos se confirmaba una vez más el valor del amor y de la felicidad. Todos los allí reunidos felicitaban al joven rey y a su esposa.

Y yo dí gracias a Dios, quien, en su bondad, me había rega-

lado tantos bienes que me fue posible ayudar a esta pareja. Lo he hecho felizmente y con todo mi corazón.

Mientras, los caballeros se habían preparado para nuevos torneos que ocupaban todo el resto del día, interrumpidos de vez en cuando por danzas alegres. En el curso de esto, yo busqué al rey y a su esposa para decirles: "Según sus propias palabras, el rey, padre de su esposa, ha ordenado que la boda no sea celebrada antes de que usted haya recibido la dignidad de caballero. Le ofrezco mi casa hasta que haya recibido ésta, después celebrará su boda". El joven rey aceptó gustosamente y me honró mucho. Así terminó ese día.

La mañana siguiente todos iban a oír misa; después recibieron, los que habían llegado como escuderos nobles, la dignidad de caballero por manos del arzobispo. Después de esto, el arzobispo juntó las manos de la pareja y pidió del cielo que bendijera esta unión. La pareja salió de la Iglesia ante el júbilo de todos los allí reunidos. A esto siguieron nuevamente torneos y un banquete grande y lujoso, con muchas felicitaciones y brindis, todos se alegraban por la fiesta que continuó hasta bien entrada la noche.

Me pareció que el único desdichado en esta fiesta fue mi hijo, quien había perdido toda felicidad, pero se dominó y cargó su suerte con dignidad. Al fin, todos se despidieron y buscaron el reposo.

Temprano, al día siguiente, el joven rey llevó a su esposa su regalo de bodas: el derecho de reinar en conjunto con él sobre su reino, más ricas haciendas y fincas, pero el más bello de todos sus regalos, fue su corazón lleno de amor, su rectitud, su fuerza y valor de hombre joven.

Después de la misa matinal, empezó la despedida. Todos los que habían embellecido esta fiesta recibieron rica recompensa, junto con toda la gente pobre que habían llegado para ver la fiesta. Acompañamos a todos los huéspedes hasta las puer-

tas de la ciudad. Allá el rey nos dio las gracias, prometiendo a cada uno, que quien llegue a sus tierras en busca de ayuda, la recibirá en forma amplia. También el séquito nos dio las gracias, prometiendo a la vez fidelidad a su rey.

Yo regresé a mi casa junto con el joven rey. El me dijo: "Querido padre, ya que tú nos has hecho tanto bien hasta ahora, completa esto y dame un consejo. Dime, ¿qué debo hacer en el futuro, según mi situación actual? De mi país me ha llegado la noticia de que algunos de mis súbditos se han rebelado contra mí para quitarme mi reino. El reino está en desorden por causa de mi larga ausencia. Parte de mi tierra está dominada por los rebeldes. Si yo no regreso pronto, corro el peligro de perderlo todo. Pero me aseguran que la mejor gente de allá todavía está de mi parte y me ayudarán fielmente".

A esto respondí: "Querido señor, si las cosas son así, no nos demoremos más, alistaremos enseguida un buque, con todo lo necesario, con gente de valor que yo contrataré, para que usted pueda regresar a su tierra poderoso y con honor".

A esto el rey recuperó el ánimo y me dio las gracias por mi ayuda. Informó a la reina, mientras yo me ocupé de los preparativos. Pronto habíamos conseguido el buque y las armas, vestidos, alimentos y todos los utensilios necesarios. Después confié todos mis bienes a mis amigos, también conduje a mi esposa a la casa de ellos para que la cuidaran y protegieran. Encomendé mi vida al amparo de Dios. Mis amigos nos acompañaron hasta el puerto, donde nos despedimos con lágrimas en los ojos; le dolía mucho a mi esposa tener que separarse de la joven reina, a quien quería tanto, y también ella se separó con lágrimas. Igualmente las damas de ella estaban muy tristes por tener que dejar a las compañeras.

Gerardo ganó y devolvió al joven rey de Inglaterra la corona y el poder sobre el País

Cuando el buque emprendió el viaje en el Río Rhin, todos los que quedaron detrás nos despidieron aclamándonos a mí, a mi hijo y a la joven pareja, con gritos de despedida y de buenos deseos para el viaje. Bajamos hasta llegar al mar, cruzándolo hasta que llegamos a la desembocadura de un río llamado Támesis y seguimos éste hasta llegar al puerto cerca de Londres. Al fin anclamos en la arena de este puerto. Rogué al joven rey que se quedara en el buque, mientras yo con mis hombres emprendía el viaje a Londres para tratar de saber algo acerca de la situación actual. Me prometió esperarme allá. Acercándonos a la ciudad, llegamos primero a una plaza grande, llena de toldos. También la ciudad estaba llena de huéspedes extranjeros, de modo que nosotros no encontramos ninguna posada. Todas las calles estaban llenas de gente y ruidos, de modo que teníamos dificultad para abrirnos paso hasta un albergue, del cual yo conocía al dueño desde hacía mucho tiempo. Al fin llegamos a tener hospedaje cómodo y tranquilo. A él le pregunté qué tendrían que hacer los extranjeros numerosos, ¿sería un torneo u otra fiesta?

Respondió él: "Nada de esto, sino algo mucho más importante: Una reunión de los terratenientes y nobles que han de tratar acerca del orden en el país. El rey Guillermo ha muerto, en todas partes del reino domina el desorden y la inseguridad, cada dueño pequeño quiere jugar a rey. Quieren poner fin a la desgracia, que ocurre en todas partes y reponerlo por lo justo y por un hombre que haga el bien.

Están buscando a un nuevo rey que pueda llevar el país nuevamente a la paz y a la dignidad. Si lo encuentran, obedecerán con gusto. Pero (así siguió), hace tanto tiempo que lo están buscando sin llegar a un resultado; que hasta han llega-

do a pelear y hacerse la guerra los unos a los otros. Al fin llegaron a elegir a 24 príncipes; entre los cuales elegirán. Tres arzobispos los ayudarán en esta faena, éstos acaban de llegar al palacio del rey". Así terminó el hostelero, pero yo le pregunté con afán: "¿Todo esto es verídico?" Y habiendo recibido su afirmación, llamé a mis hombres para presentarme en compañía del hostelero en el palacio. Este estaba lleno de caballeros y nobles. Yo me había vestido con trajes elegantes y por esto todos me saludaron cortésmente, como si hubiera sido yo uno de ellos. Les dí las gracias y les pregunté dónde estaban llevando el consejo los príncipes. Me hicieron entrar, me saludaron y me ofrecieron su asiento. Pero, ¿quiénes eran los 24 príncipes? A grata sorpresa mía, eran los 24 caballeros nobles que, hace tiempo, había yo librado con mis bienes en el país de los paganos. Pero ellos no esperaban verme en este lugar, también estaban muy cambiados con los vestidos elegantes, noté en las miradas cierto asombro y el intento de recordar al desconocido.

Me levanté y les dije: "Queridos señores, tengan la bondad de explicarme, de qué se trata aquí. No son raros los casos que un hombre inocente ha dado un buen consejo en una situación apurada. Puede que yo les sea de alguna utilidad". A esto uno de los señores dijo: "Buena falta nos hace un buen consejo". Entonces me contó del viaje de su joven rey Guillermo, para traer a su futura esposa desde Noruega y del penoso viaje de regreso en el cual había perecido. "Todos nosotros junto con la joven reina estuvimos en prisión en el país de unos paganos; de esto nos libró un buen hombre y nos mandó de regreso a nuestro país. Pero a la princesa la llevó a su casa, allá la entregaría a su novio. La novia todavía se encuentra con él, pero el novio murió".

"Por esta difícil situación del país, nos hemos reunido para buscar y elegir un nuevo rey, uno que nos convenga a todos. Pero no tenemos éxito, porque a cada uno que nos proponen,

se le encuentra alguna cosa que no conviene. El uno, no es bastante bueno; el otro es demasiado dócil y blandito; otro, demasiado avaro, o no tiene suficientes bienes ni tierras. Otros de nacimiento y nobleza no tienen suficiente dignidad para ser rey, así que tenemos muchos problemas para elegir un rey."

Después de escuchar este informe, ví a muchos caballeros secándose los ojos; durante todos los años no habían olvidado al rey. Les respondí: "Bueno señores, yo les podía señalar a un caballero, tan rico en disciplinas y virtudes, que bien es digno de llevar la corona en este país".

En esto intervino uno de los nobles, rogándome: "Por favor, ¿por qué no nos explica usted primero de dónde viene y cuál es su nombre?. Nos ha dado una palabra de esperanza. Si la cumple, ¡bendito sea el día de su llegada!"

No pude contenerme más y dije: "¿Saben quién soy? Soy un comerciante sencillo de Colonia, llegado a su país, me llamo Gerardo"

Todos se levantaron, me abrazaron y exclamaron: "¡Querido padre, Dios mismo te ha mandado como rey. Ningún otro llevará la corona de este país"

Quería darles la causa real de mi viaje, pero de tanta alegría ni me dejaron decir una palabra. Me levantaron en hombros, me cargaron hacia los demás señores, quienes me recibieron con júbilo, me sentaron en el trono y me adornaron con la corona.

Llegó la multitud que estaba esperando afuera para honrarme. Tenía dificultad para calmar la alegría y hacerme oír. Cuando, al fin, todos quedaron callados y escuchando con respeto, les dije: "No les puedo agradecer lo suficiente por el gran honor y la buena voluntad que me han demostrado. Pero soy demasiado humilde para este honor, señores. Sin embargo, he encontrado a un hombre a quien luce la corona

mucho más que a mí. Les juro que no hay quien sea más digno que él".

Pero respondieron: ¡Desde la pérdida de nuestro rey no conocemos a ninguno que sea tan digno del mando, como lo es usted, a quien debemos nuestras vidas. Nada alcanza para recompensárselo!"

Ahora dije en voz alta, solemnemente: "¡Estoy contento de poder hacer algo de bien, ustedes me han dado tantas bondades como ninguno ha recibido hasta hoy. Ahora me pertenece la corona y el país! Pero yo les cedo con gusto a su joven rey Guillermo, a quien pertenece justamente".

Todos volvieron a la tristeza y se lamentaron: "Qué será de nosotros, ya que éste murió. El no volverá nunca".

Les dije: "Tranquílícense; él se encuentra sano y salvo. No fue sino esta mañana cuando me separé de él y de su esposa Irena y todos estaban bien de salud. ¡Se los juro en nombre de Cristo! Están muy cerca de aquí en un puerto, al cual hemos llegado. Pronto, buscadle allá para saludarlo a él y a la joven reina".

Se formó un tumulto de alegría y gritos para que trajeran caballos y caballeros, pronto se había formado una alegre procesión de caballeros y peatones. Mientras tanto, había mandado un mensajero al rey para informarle. Para entonces, habían partido el rey y la reina para encontrarnos. Al encontrarnos, estalló un júbilo inmenso con saludos y abrazos, muchos ojos se humedecieron. Todos nosotros regresamos a Londres. Llegando a la ciudad, encontramos a todos los ciudadanos con sus señoras, con sus mejores vestidos y la ciudadanía nos invitó a una gran fiesta.

Después, la procesión siguió hasta el palacio del arzobispo. El Obispo salió a nuestro encuentro, junto con dos obispos más y con todos sus sacerdotes, vestidos con los trajes más

pomposos, cantando himnos y cargando, entre todos, el tabernáculo sagrado. Con el repique de las campanas y el júbilo del pueblo, todo se unió a un sonido poderoso que se podía oír en todos los rincones de la ciudad.

Después fueron coronados en forma muy solemne, en la iglesia central de la ciudad, la joven pareja. Todos los príncipes allí presentes, con alegría ofrecieron su lealtad y su obediencia al joven rey. Después de esto, el rey despidió a los caballeros porque al día siguiente él quería abrir el primer consejo. La reina y sus damas se fueron a su propio palacio, que se encontraba cerca del lugar. Todos los señores de la ciudad llegaron allí en con sus vestidos festivos, para saludarla cordialmente y ofrecer como regalos joyas y vestidos preciosos. Fueron recibidos con alegría y la reina les agradecía mucho los regalos admirables. Pasaban la noche con juegos alegres, banquetes y bailes. Pero al mismo tiempo, el rey se había juntado con algunos de los príncipes viejos para considerar el bien del país, después de tanto tiempo incierto.

Al día siguiente, pidió que llegaran los príncipes y caballeros de todo el país. Solemnemente les otorgó el joven rey nuevamente sus comarcas y sus bienes, a cada uno le confirmó su posesión. A la vez, ellos juraban mantener la fidelidad y la paz, bajo represalias severas para el que no cumpliera esto. El rey consultó acerca de sus opiniones, sobre aquellos que durante su ausencia habían tomado poder injustamente y que habían robado parte del país. Le aconsejaron que se les mandara un mensaje diciendo que en seis semanas tendrían que comparecer ante él para confesar los hechos y recibir su juicio.

El rey lo hizo así, pero al mismo tiempo mandó mensajeros por todo el país para invitar a todo el mundo, sus súbditos, caballeros y servidores, junto con los parientes de su esposa, para que tomaran parte en una fiesta grande que se llevaría a cabo al mismo tiempo. El mensaje llegó a todas partes: A

Gales, Comwall y Escocia llegaron los mensajeros para entregar las invitaciones a los reyes de estos países y todos aceptaron. Pero más se alegraba la joven pareja por el viaje anunciado del rey de Noruega, el padre de la reina, que no había oído de la suerte de su hija sino recientemente, debido al desorden en Inglaterra. Hubo mucha expectativa con esta fiesta; ningún caballero en todo el país quería perdersela.

El buen Gerardo interrumpió su relato, diciendo: Yo mismo asistí a todos los preparativos de esta fiesta, a la llegada de los invitados, los saludos del rey, los alojamientos en un sinnúmero de toldos, más la fiesta misma. A su pedido, yo tenía que quedarme para asistir. Excepcionalmente pomposa fue la llegada del rey Raymundo de Noruega, con su séquito de mil caballeros. Cuando anunciaron que estaba por llegar, el rey y la reina montaron a su encuentro, hasta el sitio adonde estaban erigidos sus toldos, que ocuparon mucho espacio. Con mucha alegría abrazó la hija al padre, quien por tanto tiempo la había echado de menos, ¡en qué forma conmovida besó el rey a su hija casi perdida!

Al lado de la alegría y el júbilo también se veían caras tristes; eran los que habían perdido sus parientes o amigos en el buque del joven rey, del cual él fue el único que pudo salvarse. Pero aparte de esto, continuó Gerardo, cuando pasé por la gran ciudad de los toldos con todos, sus privados para cada uno de los príncipes, en todas partes se hizo notar el espíritu festivo, un sinnúmero de banderas y banderitas ondularon sobre los toldos en los cuales escudos de la más gran variedad indicaban la diferencia de los huéspedes. Desde el tiempo del gran rey de los Ingleses, Arturo, no se habían visto juntos tantos príncipes y nobles. De todas partes se oyeron cantos y música de instrumentos de cuerda, de flautas y violines, se vieron danzas alegres, se escucharon los gritos de los torneos, acompañados del ruido de tambores y cornetas.

Ni la oscuridad pudo poner fin a esta alegría; en todas partes se habían encendido faroles y lámparas que cambiaron la noche en un día claro. Se oyeron dulces cantos de amor y valientes himnos de héroes, los cuales escucharon desde sus ventanas las nobles señoras y señoritas. Se notó un movimiento eterno, saludos y gritos alegres entre los invitados, palabras de broma entre los viejos y los jóvenes y, entre bebidas frescas en las casas y en los sótanos, fueron cambiadas conversaciones alegres y cantos de broma; muchas amistades viejas fueron renovadas, y muchas nuevas cerradas.

Al día siguiente, los héroes se ocupaban nuevamente con los torneos, uno contra uno o en grupos, y recibieron como vencedores, premios valiosos de manos del rey o de las damas. En el gran banquete, después, ordenó el rey que yo me sentara al lado de la reina, y que mi hijo tomara asiento a su propio lado, honores que hasta entonces ciertamente no han recibido jamás miembros de mi clase de comerciante. Ocurrió que, en el momento cuando todo el mundo ya estaba para levantarse, se acercaron al lugar del rey unos príncipes: éstos eran los que habían cometido los crímenes contra el orden del país y que habían llegado a la orden del rey para justificarse. Se arrodillaron ante él, tristes y conscientes de su culpa, rogándole clemencia. Todos los presentes se sentían conmovidos del arrepentimiento de ellos y pidieron al rey que los perdonara, ¡pero sin resultado! El rey mantuvo su juicio severo que los crímenes merezcan la muerte, pero nos fue posible convencerlo de que les perdonara sus vidas y ordenó que salieran todos del país y que no volvieran nunca. Enseguida juraron ellos someterse a esto, pero muchos se quedaron muy tristes, también sus familiares y su gente, pensando en los tiempos tristes que ya habían pasado fuera de su país.

Después de que ellos se habían retirado, todos muy tristes, el rey se dedicó a un asunto más alegre, junto con sus amigos consideró la forma en la cual me reembolsaría los bienes que

yo había dado para la liberación de ellos. Todos convinieron en regalarme la dignidad y los bienes de un duque. Se referían a Kent, situado en el sur de Inglaterra. El rey comunicó esto en forma solemne recordando una vez más los hechos y la forma en que él había perdido todo: país, corona, amigos y esposa y cómo había recuperado todo, y cómo yo había sacrificado la felicidad de mi propio hijo para poder devolverle su mujer. "Y al fin" dijo, "renunció en su gran amor y humildad al dominio sobre este país a favor mío. No podré pagar nunca su bondad, ¡que Dios lo bendiga! Lo que yo puedo hacer es reponerle su sacrificio en bienes terrestres, y lo haré: Reciba aquí los cincuenta mil ducados que ha pagado de rescate por mi esposa y por mis amigos. Además, quiero darte el poderío sobre el país de Kent, más doce veces lo que has pagado por nosotros. Y, además, lo que te guste en mi país, te lo daré, tan pronto como tú lo pidas. Siempre tú y tu querido hijo serán lo más cercano a mi trono, como mis mejores consejeros."

Dije yo a esto: "Querido señor, usted me ha honrado demasiado, nunca le podré dar suficientes gracias por esto. Pero únicamente un príncipe puede gobernar sobre el país de un duque, de nacimiento yo no tengo esta posición. Cuántos condes y señores nobles merecen más la dignidad de gobernar sobre Kent. ¿Quieres que yo tenga que mandar sobre estos nobles? ¡por esto ellos se sentirían humillados y postergados! Si usted, querido señor, me quieres pagar de veras lo que he hecho, prométame hacerlo según mi propia voluntad".

"Todo lo que tú quieras y desees, querido padre".

"Así, le ruego por favor: conceda de nuevo a los caballeros, quienes por juicio severo suyo tienen que salir del país, clemencia. Déjelos usted vivir en paz y amistad en el país, sin castigo ni humillación. Si usted actúa así, de veras me ha regalado lo suficiente en poderes y honores, no le pediré nada nunca más"

"También esto sea según tu deseo. No mantendré ninguna ira hacia los malhechores, los vuelvo a querer tal como antes; tendrán permiso de quedarse en el país. ¡Pero tú me aceptarás ahora el departamento de Kent!" y cuando me negué a esto, me pidió que lo aceptase para mi hijo. Pero éste dijo únicamente: "Lo que ha decidido mi padre también lo decido yo, únicamente si acepta mi padre yo lo acepto también".

Por último, el rey me ofreció la comarca de Londres con todos sus bienes y sus entradas. Esto me alegraba mucho y acepté todo lo que me fue ofrecido, todos los bienes terrestres y todos los honores. En mi corazón ofrecí todo esto, al Dios que se había por su parte ofrecido en sacrificio: ¡a Jesús Cristo!

Dije: "Querido señor, todas estas cosas son demasiado elevadas para mí. He reconstituido un cierto número de nobles de esta ciudad en las dignidades que les son propias. De ningún modo es justo, que uno solo de ellos se encuentre bajo mi mando y tenga que servirme.!" Ya que el rey se dio cuenta que yo no quería aceptar de modo alguno los honores ofrecidos, me ofreció en reemplazo lo triple en plata y mercancía, y yo le prometí aceptar antes de mi regreso a mi país algo de oro y plata; a eso se alegraba el rey y también la reina, al fin, se mostró contenta.

Se me acercaron los caballeros que antes estaban expatriados, y a quienes yo había recuperado a la buena voluntad del rey, se arrodillaron ante mí y me dijeron, con lágrimas de alegría en los ojos: "Buen padre, a todos nosotros Dios ha probado su merced por medio de tu persona. ¡Alabado sea el día de tu nacimiento! ¡Que Dios te ampare y prepare para tí la eterna felicidad bajo sus ángeles!" Me besaron las manos y los pies, a pesar que traté de negarme; al fin, me dejaron. Por todo esto había ganado la buena voluntad de todo el pueblo, de modo que adonde llegué, todo el mundo me saludaba con respeto. Fue únicamente después de esto, que también estos

caballeros se prepararon para tomar parte en las fiestas con alegría.

La gran fiesta duró tres días, durante los cuales todos los pobres fueron regalados en forma abundante y a los caballeros nobles fueron otorgadas nuevas tierras, haciendas y derechos, junto con preciosidades de distintas clases.

Pasó este tiempo y los nobles invitados se despidieron para regresar a sus casas. La reina se despidió muy tristemente de su padre, el Rey Raymundo, quien me juró amistad eterna. Un gran número de los huéspedes también me dieron las gracias, especialmente los parientes del joven rey me prometieron recordarme y prestarme cualquier ayuda en caso de necesitarla.

También yo pensaba en la despedida. A pesar de que el rey no quería oír nada de esto, yo empecé a preparar el viaje. Mandé reparar mi buque, lo mandaron anclar a un sitio cercano, y el rey lo hizo cargar en abundancia con comida y bebida.

Llegó nuestro día de partida y el rey mandó llegar a todos los caballeros por mí librados para despedirme y para insistirme otra vez que dejara que me devolvieran mis bienes: me pidió la reina muy cordialmente que yo llevara un regalo suyo a mi mujer, a su "madre querida" como dijo ella. Le dije que sí, si me daba permiso de escogerlo yo mismo. Mandaron por joyas, hechas de oro, piedras preciosas y plata en tal cantidad, que su valor parecía diez veces más de lo que yo había sacrificado por ellos. Yo dije: "De todo esto me llevaré tanto que sea lo suficiente para mí y para ella" y me escogí una hebilla y un anillo para mi mujer - para honrar a los que me lo ofrecieron, pero no más. Por eso ellos se mostraron muy tristes.

El rey y la reina montaron sus caballos y me acompañaron hasta adonde anclaba mi buque. Allá el rey me dirigió nuevamente la palabra, diciéndome: "Nuestra separación me duele

mucho. Mi querido Gerardo, has hecho por mí lo que apenas un padre haría por su propio hijo. Tú eres para mí como un padre nuevo y yo esperaba que viviéramos juntos hasta el fin de nuestros días. Ahora quieres separarte de aquí. Para retenerme, con gusto hubiera sacrificado todos mis bienes. Cuando te veo, todas mis preocupaciones se alejan, tú, hombre bendecido que nació para ayudar al prójimo". A esto respondí: "Sabe Dios cuánto me duele a mí también esta separación. Con cuánto gusto me quedaría con ustedes en este país. Si les he hecho el bien, por poco que sea, esto me alegra el corazón. Que el Hijo de Dios los bendiga siempre a ustedes y a sus hechos". Nos abrazamos y nos besamos, todos llorando.

Después, mi hijo y yo subimos al buque que se alejaba lentamente de la costa. El rey y la reina quedaron tanto tiempo en la orilla que alcanzábamos a verlos, mandándonos el último adiós. Así me fuí. Después, cada tanto, me llegaron noticias de la vida del rey, de la manera digna y gloriosa en la cual él gobernaba su país, en paz y justicia, de modo que se hacía respetar en todas partes.

A mi regreso a la patria, todos mis amigos me recibieron muy cordialmente. Mis hechos parecían a la gente mucho más grandes de lo que son, por esto me llaman "El bueno". Pero yo no tengo ningún derecho a este nombre, en realidad no soy bueno, sino un pobre pecador. Más de lo que he contado, mi emperador, no he hecho. Si uno lo quiere llamar "bueno" - está bien. Que Dios quiera que en el futuro le pueda servir en mejor forma, borrando así el pecado de buscar gloria, contando a usted todo esto.

El Emperador tomó con el corazón el relato del buen Gerardo

Ya mientras el buen Gerardo estaba narrando, el emperador se había dado cuenta, cuánto había pecado él mismo con su ansia de gloria, y sintió una vergüenza ardiente comparando su propia arrogancia con la bondad y la humildad de aquel simple comerciante.

Al fin dijo: "Querido Gerardo y con toda la razón llamado: ¡Gerardo bueno! Te ha parecido pecado narrarme tu historia. ¡Por Dios que no!, con esto me has hecho más el bien que si me la hubieras ocultado. Que yo tuviera tu modo de pensar; me hace mucha falta. Tus hechos superan cien veces mi obra débil hacia Dios: He ordenado hombres, condes y príncipes para servir a mi institución - tú has librado una multitud de ellos y los has conducido a la libertad, únicamente en honor a Dios. Has escogido una reina noble de esposa para tu hijo, pero cuando la suerte mandó a su verdadero y primer esposo, tú y tu hijo la devolvieron enseguida en el nombre de Cristo. Después te dejó la corona y las comarcas, la gloria y los honores terrestres a cambio de tu salvación eterna. Por favor ¡ruega a Dios que perdone mis grandes pecados y que me bendiga también por los buenos hechos tuyos!"

A esto respondió el buen Gerardo: "Dios, por nosotros se hizo hombre y nos conduce por su camino, y durante nuestra corta vida terrestre nos olvidamos de El y de su reino. Pero es únicamente allá donde hay fuerza y alegría eterna". A esto dijeron: "Amén" ambos, el emperador y el mercader.

Después se levantaron y se dirigieron al patio, donde los ciudadanos quedaron esperando, muy impacientes, para saber por qué duró tanto esta conversación. El emperador se dirigió amablemente hacia ellos, diciendo: "¡Queridos ciudadanos! Su buen conciudadano Gerardo conoce ahora el fin de

este viaje. Crean a él lo que les quiere comunicar al respecto. Si él no les dice nada, dejen las cosas así, lo hace según mi voluntad. Yo les ruego ahora, que conserven la fidelidad hacia mi persona y hacia el país, tal como lo han hecho hasta ahora. ¡Dios se los pagará, como paga a todos los que fielmente sirven a sus superiores!"

Con gusto lo prometieron los ciudadanos y se despidieron cortésmente del emperador en el orden como habían llegado.

También el emperador se despidió en forma cortés del arzobispo y emprendió viaje de regreso a su ciudad Magdeburgo. Allá confesó su pecado a los sacerdotes y se sometió a penitencias por su orgullo.

Pero con el fin de que también otros puedan aprovechar de su transformación, el mismo emperador contó estos hechos a su secretario, que tenía que anotar todo esto para el provecho de futuras generaciones. De esto salió un libro que llegó a nuestras manos, para que nos sirva de recuerdo y de alegría a jóvenes y adultos.

Uno de los principios de la educación Waldorf consiste en no fatigar prematuramente las fuerzas vitales en el niño.

Esto se logra acompañando el desarrollo de la fantasía imaginativa, para que sea luego el soporte sobre el que madure el intelecto en la etapa evolutiva correspondiente.

Las narraciones y leyendas apropiadas persiguen esta meta, convirtiéndose en alimento saludable en el período de la niñez.



ANTROPOSÓFICA

www.editorialantroposofica.com

ISBN 987-9066-53-7



9 789879 066539